



EL PODER DEL
AMOR

SAMANTHA
PARKER

EL PODER

DEL

Amor

ESTA ES UNA OBRA DE FICCION. LOS NOMBRES, PERSONAJES, Y SUCEOS QUE APARECEN SON PRODUCTO DE LA IMAGINACION DE LA AUTORA O BIEN SE USAN EN EL MARCO DE FICCION. CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD ES PURA COINCIDENCIA

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. QUEDA PROHIBIDA, SIN AUTORIZACION ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT CUALQUIER REPRODUCCION.

INDICE

<i>JOANNA</i>	<i>7</i>
<i>ELLEN</i>	<i>45</i>
<i>RICHARD</i>	<i>81</i>
<i>JUNTOS DE NUEVO</i>	<i>110</i>
<i>EL ROPERO</i> <i>115</i>	
<i>NUEVA VIDA</i>	<i>160</i>
<i>EL PAQUETE</i>	<i>195</i>
<i>HOLA MIAMI</i>	<i>236</i>

JOANNA

El sol empezaba a entrar por la ventana de su habitación, Ken y Joanna aún permanecían dormidos en la cama, abrazados después de haber hecho el amor una y otra vez, cuando ella se despertó mirándolo con tanto amor.

-Kenny, ¿Estas despierto?-le preguntó Joanna en voz baja.

-No –dijo el sonriendo sin abrir los ojos.

-¿Entonces de qué te ríes? –le preguntó ella riendo mientras se echaba sobre él. -¿Sabes qué día es hoy?

-Creo que es miércoles

-¿Nada más? –le preguntó mirándolo fijamente.

-¿Día 15?

-¿No recuerdas qué día es hoy? –le preguntó Joanna muy seria.

-Claro que lo recuerdo, Hoy hace dos años que cometí la mayor locura de mi vida –dijo sin poder contener la risa –La mejor decisión que he tomado en mi vida –dijo mirándola con tanto amor, besándola apasionadamente.

-¿De verdad lo piensas?

-Lo mejor que he hecho en mi vida ha sido casarme contigo, tú eres la mejor.

-Tú sí eres el mejor –le dijo ella abrazándolo mientras miraba sus profundos ojos azules. –Nadie daba un céntimo por lo nuestro.

-Pues todos los que apostaban en nuestra contra estaban equivocados, esta noche lo celebraremos, tengo una reserva en ese restaurante nuevo del que me hablaste y luego iremos a bailar a un lugar romántico, de esos que te gustan.

-Eres un encanto–le dijo Joanna besándolo –Entonces esta noche te daré mi regalo, te quiero.

-No más que yo, el único regalo que quiero es que estés conmigo –le dijo Ken mientras se incorporaba sentándose en la cama con la intención de vestirse para ir a

trabajar, mientras Joanna de rodillas abrazada a su espalda empezaba a besarle en el cuello.

-No sigas haciéndome eso o llegaré tarde a trabajar -le dijo Ken complacido con los besos de su esposa aunque con intención de levantarse mientras Joanna le retenía abrazado.

-Puedes llegar tarde, ser el jefe de la empresa te da ciertos privilegios -le dijo Joanna mientras empezaba a hacerle caricias con la lengua por la espalda de Ken.

-Me haces cosquillas -le dijo Ken empezando a reír -No me hagas eso.-¿Esto está mejor? -le dijo Joanna cogiendo con su mano el miembro de su esposo.

-A la porra la reunión con el alcalde -dijo Ken dándose la vuelta y echándose sobre su mujer mientras le daba un apasionado beso

Después de hacer el amor de nuevo, Ken, que permanecía abrazado a su mujer, se dio la vuelta en la cama para encender un pitillo.

-Cariño, no puedes pararte a eso, tienes una reunión con el alcalde -le dijo Joanna que parecía haber recobrado la sensatez.

-Qué más da, que se ocupe Tom, él está al tanto de todo, de todas formas no llegaría a tiempo aunque quisiera.

-Pero tú eres el jefe, tienes que estar al frente -le dijo Joanna mientras le empujaba con sus manos invitándole a levantarse.

-De verdad que no hay quien te entienda -le dijo Ken mientras empezaba a vestirse.

-¿Sabes que el otro día por la noche cuando nos quedamos en casa de mi madre, mamá, nos oyó?-le dijo Joanna qué aún estaba desnuda en la cama.

-¿Nos oyó haciendo el amor?-le preguntó Ken algo preocupado mientras se disponía a abrocharse la camisa.

-Haciendo el amor no, tonto, eso nos oírás siempre – le dijo Joanna divertida.

-Cómo eres tan escandalosa – le dijo Ken –Podrías chillar un poquito menos.

-Es que tú me pones a cien y no lo puedo evitar, pero no es eso.

-¿Entonces qué? –le preguntó Ken.

-Cuando estuvimos peleando por el mando de la televisión –dijo Joanna, que desnuda abrazaba con cariño a su esposo por la espalda dificultándole hacerse el nudo de la corbata.

-A quien se le ocurre disgustarse por el mando de la televisión –dijo Ken.

-Pero después te lo di para qué vieras el fútbol –le dijo Joanna en tono meloso.

-Si, después de haber estado chillando como una loca.

-Pues mi madre pensó que nos peleábamos en serio –le dijo Joanna que le retocaba el nudo de la corbata y le ahuecaba un poco la bonita melena negra de Ken.

-No me importa lo que piense tu madre, sino lo que pienses tú –dijo Ken.

-Gracias por quedarte un poco y hacerme sentir lo maravilloso del amor –le dijo cariñosa al oído, tras lo cual cogió el maletín de Ken poniéndoselo en la mano.

-Gracias cariño, me voy ya, no puedo pararme más –le dijo Ken algo apresurado abriendo la puerta.

-¡Kenny! -le llamó la atención Joanna mientras él salía por la puerta. -¿Así me vas a dejar? –le dijo haciéndole una posturita a su marido completamente desnuda.

-Estás loca –le dijo Ken riéndose –Recuerda qué quedamos a las siete en el restaurante –le comentó mientras se marchaba.

Cuando Ken llegó a su oficina, le estaba esperando Jared, su antiguo socio en la empresa.

-¡Caramba que sorpresa, Jared, creía que ya estarías en Bahreín ¿Lo has

pensado mejor y te quedas con nosotros? –le dijo Ken a su amigo al que estimaba desde que eran compañeros en la facultad de arquitectura.

-Mi avión sale esta tarde, solo he venido a despedirme de mi buen amigo, pero al llegar, tu secretaria me dijo que estarías en una reunión con el alcalde ¿Qué haces aquí?–le dijo Jared extrañado de verlo faltar a una cita tan importante.

-Me ha surgido un tema urgente que he tenido que atender sin demora.

-¿Y lo has dejado solucionado? –preguntó Jared preocupado.

-Bueno tendré que insistir más veces en el tema, pero creo que voy por buen camino –le dijo Ken recordando los momentos que acababa de pasar con su mujer, mientras se acercaba a una mesa para ojear unos planos.

-Bueno, me voy, le das un beso a Joanna de mi parte –comentó Jared.

-¿Estás seguro de lo que vas a hacer? –le preguntó Ken esperando convencerlo para que se quedase.

-Tú sabes que mi mayor sueño es construir un rascacielos, y hacer este hotel de lujo de noventa y tres plantas en Bahrein, es la oportunidad que estaba buscando.

-Sí, pero para eso no tenías que desprenderte de tus acciones en la compañía, podías seguir siendo socio.

-Un trabajo nuevo, una vida nueva, tú sabes que yo soy así, gracias por comprarme mis acciones de la compañía, sé que te has tenido que hipotecar para ello.

-No iba a dejar que Mcgregor Corporación te presionara para comprarte tus acciones a mitad de precio.

-Gracias, eres un amigo –dijo Jared al tiempo que se abrió la puerta de la oficina entrando Tom, el subdirector de la compañía, que había acudido a la reunión con el alcalde en lugar de Ken.

-Gracias a Dios que has venido a la oficina –dijo Tom al verlo.

-¿Cómo ha ido la reunión? –le preguntó Ken.

-Fatal, el alcalde se disgustó muchísimo al comprobar que no habías

acudido, yo le dije que estabas con cuarenta de fiebre y que en realidad no te podías levantar de la cama.

-Muy bien dicho –Dijo Ken.

-Pero me dijo que si para las tres de la tarde, en que volvería a reanudarse la reunión, no estabas allí, que podíamos olvidarnos del proyecto.

-No te preocupes, estaré –dijo Ken sonriendo.

-Veo que el trabajo en la compañía sigue tan vertiginoso como siempre, ya no te entretengo más –le dijo Jared extendiéndole la mano a Ken para despedirse, estrechándola Ken en el acto, dándole un cariñoso abrazo.

-Recuerda que aquí siempre tienes un amigo –le dijo Ken.

-No os olvidaré, ni a ti ni a Joanna, os tendré presentes cada día.

La reunión con el alcalde había terminado antes de lo esperado, por lo que después de soltar algunos documentos en la oficina, se dirigió caminando despacio hacia el restaurante donde había quedado con Joanna, al cual llegó poco antes de las siete.

-Perdone, tengo una reserva para dos, a las siete –le dijo Ken al camarero al llegar.

¿A nombre de quién? –le preguntó el camarero.

-Señor y señora Adams –respondió Ken.

-Ah, sí, su mesa es aquella que esta junto a la ventana –dijo el camarero acompañándolo hacia ella, donde Ken se sentó mirando su reloj, observando que faltaban un par de minutos para las siete.

Después de esperar diez minutos, Ken estaba un poco impaciente, Joanna solía ser puntual, y era la primera vez que había quedado con ella y llegaba tarde, seguramente se habría encontrado con alguna amiga en una tienda viendo ropa y se le habría ido el santo al cielo, y él estaba impaciente por verla llegar y darle el regalo de aniversario que le tenía preparado, una llave que tenía guardada en una pequeña cajita y que era la llave de la casa que entre los dos habían diseñado y que él había construido en aquel bonito lugar, con un gran jardín con muchos árboles, para crear la numerosa familia que los dos deseaban, no teniendo Joanna ni idea del regalo que le iba a hacer su marido, pues él se había encargado de mantener el

secreto hasta tenerla terminada para entregársela.

-¿Le sirvo unos aperitivos mientras espera a su esposa? –le preguntó el camarero que había acudido a la mesa.

-No gracias, mi esposa está al llegar.

-Le traeré unas aceitunas rellenas, obsequio de la casa mientras llega –le dijo el camarero intentando ser amable.

-Gracias –dijo Ken que no dejaba de mirar su reloj, cogiendo nuevamente su teléfono para llamarla al móvil, saliendo nuevamente el mensaje de que ese número de teléfono estaba apagado o fuera de cobertura, por lo que llamó nuevamente a su casa sin que nadie cogiera el teléfono. Seguramente vendría de camino se dijo para sí intentando tranquilizarse a sí mismo, de buena gana encendería un cigarrillo si no estuviera prohibido en el restaurante. Momentos después ya sin poderse controlar salió a la puerta a fumar un cigarro, avisando al camarero que él seguía en su mesa. Tras diez minutos más esperando en la puerta, mirando de un lado a otro de la calle por si apareciera su mujer, Ken, sin saber que hacer, entró de nuevo, sentándose en su mesa absorto y con cara de preocupación, sin saber qué hacer, cuando el camarero volvió a acudir.

-Perdone señor, pero hay clientes esperando para comer y no podemos reservar por más tiempo esta mesa si no va usted a comer.

-Sí, comprendo –balbuceo Ken sin saber muy bien lo que decía, saliendo rápidamente del restaurante como empujado por un resorte y dirigiéndose rápidamente al aparcamiento de su empresa,

donde tenía el coche aparcado. A lo largo de la avenida empezó a andar a toda velocidad sin dejar de darle vueltas a la cabeza, pensando en lo que podía haberle pasado a su mujer, algo malo, pensó aterrorizado, porque si no, ella lo habría llamado para avisarlo, a Joanna no se le podría olvidar una cita tan importante como esta para los dos, en la que iban a celebrar su segundo aniversario de boda, así sin darse cuenta empezó a correr, tratando de esquivar a las personas con las que se cruzaba en la acera, bajándose de la acera para correr con todas sus ganas por la avenida, hasta llegar al aparcamiento y montar en su coche, para dirigirse a su casa esperando verla allí. Se podía haber caído y haberse accidentado sin poder llegar al teléfono o podía haber sufrido un desmayo o un accidente...no

paraba de darle vueltas a la mente pensando en lo que podría haberle pasado, mientras conducía el coche saltándose los semáforos, intentando llegar lo más rápido posible.

Tres horas antes, Jared había acudido a casa de Ken, tocando el timbre varias veces, hasta que acudió Joanna que salió de la ducha al oír el timbre, poniéndose una pequeña bata roja para mirar por la mirilla antes de abrir al comprobar que se trataba de Jared, el antiguo socio de Ken y amigo de los dos.

-Hola Jared -le saludó Joanna al abrir la puerta con ese aire tan alegre como siempre –Te informo que Ken no está, está en una reunión con el alcalde -le dijo Joanna

-No venía a hablar con Ken, sino contigo, ¿Puedo pasar?

-Pasa, estás en tu casa y cierra la puerta cuando entres –le dijo Joanna dándole la espalda mientras entraba hacia dentro, mientras Jared se fijaba en lo corta que era esa bata que dejaba mostrar el esplendor de sus maravillosos muslos.

-Si te esperas un poco me visto y hablamos –le dijo Joanna invitándole a sentarse en el sofá del salón, hasta que saliera.

-¿No me vas a poner un whisky mientras espero? –le dijo Jared dirigiendo hacia ella sus lascivas miradas.

-Por supuesto –le dijo ella rectificando su dirección y disponiéndose a echarle whisky en un vaso.- ¿Con hielo o seco?

-Seco – le respondió Jared mirándola con irrefrenable deseo.

-Aquí tienes –le dijo a Jared dándole el vaso mientras él sin poderlo evitar dirigió su mirada descaradamente hacia el amplio escote de Joanna, la cual se percató al instante tratando de cubrirse un poco con su mano. Era una sensación extraña, porque Jared era un buen amigo que nunca la había mirado así, lo que la hacía sentirse molesta, dirigiéndose al cuarto de baño para vestirse.

Jared tomo el whisky y se lo bebió de un trago, saliendo tras ella hacia el baño, encontrándose la puerta cerrada, por lo que silenciosamente, muy despacito, la entreabrió dejando abierta una pequeña rendija por la que podía ver mediante el espejo, como Joanna terminaba de secarse con una toalla, las piernas, el cuerpo, el pecho, cuando Joanna al mirar el reflejo de la puerta en el espejo,

vio una rendija abierta y algo que se movió rápidamente al verse descubierto. Joanna cerró la puerta de inmediato echándole el cerrojo y pasando a secarse el pelo con el secador.

Mientras tanto Jared la estaba esperando en el salón, cuando la vio salir ya vestida, con su preciosa melena pelirroja, y sus bonitos ojos verdes.

-Creo que deberías marcharte –le dijo Joanna con voz firme –Ken no está aquí y no le agradecería ver que estoy asolas con un hombre.

-¿Qué es, que le tienes miedo? –le dijo Jared.

-Yo no le tengo miedo a mi marido, sino respeto, y por el respeto que le tengo te invito a que te marches –le dijo Joanna indicándole la puerta -Y si quieres hablar con él te diriges a la oficina.

-Yo no he venido a hablar con él, sino contigo.

-¿Y qué quieres?

-Yo me voy a ir a Bahrein.

-Lo sé

-Quiero que vengas conmigo como mi esposa y dejes a tu marido.

-¿Qué? –Preguntó Joanna sin poder creer lo que acababa de escuchar – ¡Tú estás loco, fuera de aquí! -le gritó Joanna dirigiéndose hacia la puerta.

-No lo has entendido –le dijo Jared sujetándola –O vienes como mi esposa o vendrás como mi esclava.

-¡Suéltame cerdo! -le gritó ella intentando zafarse de sus fuertes manos sin conseguirlo.

-En esos países la esclavitud está permitida, y cuando nos recoja el príncipe Aldeladid en su avión privado, tú vendrás conmigo por las buenas o por las malas.

-¡Estás loco!, ¡Suéltame! -seguía gritando Joanna mientras Jared comenzaba a manosearla para abusar de ella, intentando poseerla.

Joanna logró escabullirse de sus brazos y avanzar unos pasos hasta la puerta, pero fue alcanzada por Jared, que tirándola al suelo se colocó sobre ella inmovilizándola, abriéndole la blusa de un tirón, dejando al descubierto sus pechos.

-¡Tú serás mía!, ¿Te enteras?, ¡Nadie te tocará, sino yo! -dijo Jared, mientras Joanna desesperada intentaba defenderse, agarrando una figura que estaba en el suelo dándole con ella en la cabeza, aturdiéndolo un poco y aprovechando para levantarse, y darle con el pie de metal de una lámpara cerca de la nuca, haciendo caer de bruces a Jared, al tiempo que ella aprovechaba para escapar

corriendo, montándose en su coche que estaba aparcado junto a la puerta, intentando arrancar con la llave sin conseguirlo a la primera, lo que la puso aún más nerviosa, sobre todo al ver salir corriendo de bloque de apartamentos a Jared. Cuando por fin logro arrancar el coche alejándose de allí a toda velocidad, mientras Jared le gritaba corriendo hacia ella.

-¡Joanna te quiero!, ¡Somos el uno para el otro!, ¡Nuestro amor debe triunfar! - le gritó Jared, tras lo cual se dirigió a su coche para seguirla.

Joanna, que había salido precipitadamente, circulaba por la carretera mirando por el retrovisor, observando que nadie la seguía, lo que la hizo respirar con más tranquilidad, cuando de repente vio por el retrovisor el coche de Jared que se acercaba por detrás tocando el claxon para que parara, lo que la hizo ponerse aún más nerviosa, mientras intentaba adelantar a una camioneta más lenta que circulaba delante de ella, pero al pasar al carril contrario se encontró con un camión que venía de frente, dando un volantazo hacia la izquierda, sacando el coche de la calzada, y pisando fuertemente el freno, chocando finalmente contra un árbol.

Ken llegó apresurado a su casa, tan angustiado que apenas si recordaba en qué bolsillo tenía las llaves. Cuando logró por fin abrir la puerta llamó a su esposa en voz alta, buscándola por el apartamento.

-¡Joanna cariño!, ¿Dónde estás? –gritaba Ken mientras se dirigía a las habitaciones, comprobando que no había nadie, cuando de pronto le dio un vuelco el corazón, aún no había mirado en el baño ¿Y si había tenido un accidente?, ¿Y si se había golpeado la cabeza al caer?, rápidamente entro en el cuarto de baño desesperado por encontrarla, encontrándoselo igualmente vacío. Estaba tan

angustiado, que no se había percatado hasta ahora de la figurita de porcelana rota en el suelo, ni de la lámpara tirada en el salón, lo que le causó extrañeza y le dio más preocupación si cabe. Ken intentaba en vano calmarse a sí mismo, pensando que su mujer estaría en casa de su madre, sí, eso podría ser, quizás su suegra se había puesto enferma y tuvo que salir a cuidarla, pensó mientras cogía el teléfono y marcaba el número de la madre de Joanna.

-¿Diga? –contestó su suegra al otro lado de la línea.

-Abby, soy yo –le dijo Ken -¿Está Joanna contigo?

-¿No está contigo? –le preguntó Abby extrañada.

-No –dijo Ken -¿Entonces no ha ido por ahí?

-¿Cómo va a venir por aquí, si me dijo que había quedado contigo en un restaurante para celebrar vuestro aniversario?

-Bueno, entonces estará con una amiga –le dijo Ken desorientado intentando darse a sí mismo una respuesta.

-Mira Ken me estas asustando ¿Es que no sabes dónde está mi hija?, ¿Es que se ha perdido o ha tenido un accidente?.

-No sé, no sé dónde está –dijo Ken apesadumbrado llevándose una mano a la cabeza. -Seguramente habrá quedado con una amiga –le dijo a su suegra intentando tranquilizarla –Abby, ya te llamaré cuando sepa algo – le dijo colgando el teléfono. - ¿Dónde puede estar?, ¿Jo dónde estás?, se preguntó a sí mismo intentando conseguir una respuesta, cuando se acordó de la agenda con los números de teléfono que Joanna guardaba en un cajón y se dispuso a llamar a sus amigas.

Tras llamar a todas las amigas de Joanna ninguna le supo dar razón de ella.- No puede ser –se dijo a sí mismo con gran preocupación llevándose las manos a la cabeza –Ha podido tener un accidente de coche o un secuestro –pensó dirigiéndose al aparcamiento y comprobando que faltaba el coche de Joanna, por lo que se dirigió a su coche para hacer el mismo recorrido que habría hecho su mujer para ver si veía algún accidente antes de dirigirse a los hospitales a preguntar por ella. Cuando su móvil, al que había puesto en manos libres empezó a sonar.

-Ken, estoy llamando a mi hija y no me contesta al móvil ¿Sabes ya algo de ella? –le preguntó su suegra angustiada.

-No, aun no –le respondió Ken.

-Voy para tu casa –le dijo Abby.

-No estoy en ella.

-¿Pues dónde estás?

-Estoy buscándola –le dijo Ken, que no quería decirle que se dirigía a preguntar por su hija al hospital para no alarmarla más. –Abby, te llamaré en cuanto sepa algo.

Ken se recorrió los hospitales más próximos de Nueva York, preguntando si había entrado en ellos herida su mujer, sin lograr encontrarla y en algunos incluso lo bajaron hasta la morgue, donde acababa de entrar una mujer joven, blanca y pelirroja que acababa de fallecer en un accidente. Ken, que había tratado de ser fuerte en cada momento sentía ahora que las fuerzas le flaqueaban, cuando le mostraron por fin a una mujer que al quitarle la sabana pudo comprobar con alivio que no era su esposa, sintiéndose en ese momento desfallecer, que ya no podía más, y en una habitación vacía junto a la morgue del hospital, se fue a un rincón con ganas de llorar y de vomitar, sin conseguir ninguna de las dos cosas, decidiendo acto seguido dirigirse a la comisaría de policía a poner una denuncia por la desaparición de su esposa.

Joanna, que se había golpeado fuertemente la cabeza en el accidente, se encontraba inconsciente en el coche, cuando Jared que había aparcado su coche en el arcén de la carretera, se aproximó hacia ella corriendo.

-¡Cariño!, ¡Cariño!, ¿Qué te ha pasado? –gritaba Jared mientras se acercaba al coche de Joanna, viéndola inconsciente con la cara algo ensangrentada sobre el volante, sin que se hubiera activado en este caso el airbag de seguridad.

-¿Pero qué has hecho?, solo tenías que esperarme –dijo Jared mientras que los conductores del camión y de la furgoneta se aproximaban corriendo al ver el accidente.

-Hay que llamar a urgencias –dijo el conductor de la camioneta con el móvil en la mano tras comprobar el pulso en el cuello de Joanna.

-Ya he llamado yo –dijo Jared secamente mintiéndole a los dos hombres,

mientras se disponía a coger a Joanna en brazos, hablándole, aunque ella seguía inconsciente.

-¡No la toque! -le dijo el camionero -Puede tener lesiones en la columna, podría dejarla inválida, espere que venga la ambulancia.

-Usted no se meta en esto, soy su marido ¡apártese! -le dijo Jared de malos modos mientras cogía en brazos a Joanna empujando al camionero para que se apartara.

-¡Eh oiga!, ¿A usted nadie le ha enseñado modales, amigo? porque yo se los puedo enseñar -le dijo el camionero disgustado.

-Déjalo -le dijo el otro conductor intentando tranquilizarlo -Después del accidente habrá perdido un poco la cabeza.

-Pues que le metan en un manicomio -terminó diciendo el camionero mientras Jared ponía en el asiento de su coche a Joanna que permanecía desmayada.

-¿Ves cariño, lo que has conseguido por huir de mí?, tienes la cara manchada de sangre -le dijo Jared limpiándola un poco con un pañuelo, y poniendo el coche en marcha rumbo nuevamente a la casa de Joanna. -Si vamos a vivir juntos, tienes que coger algo de ropa, por lo menos hasta que salgamos y podamos comprar ropa a tu gusto, ya verás lo felices que vamos a ser juntos, más que con el imbécil de tu marido, al que he odiado desde siempre, él no te merece.

Tras aparcar junto al garaje de Ken y Joanna, Jared registró el bolso que llevaba Joanna para coger las llaves del apartamento y de la cochera que Ken, que Joanna tenían en el sótano del edificio, donde metió el coche, encontrando también el móvil de Joanna, el cual apagó de inmediato, para que ella no recibiera llamadas.

-Tú no te muevas, ¿Vale?, ya mismo vengo -le dijo a Joanna que permanecía sin sentido. -Aunque mejor te ataré un poco, no quiero que te levantes y te vayas a caer -le dijo sacando una cuerda del maletero del coche con la cual ató a Joanna al asiento. Una vez dentro del apartamento, Jared se dispuso a llenar una maleta con la ropa que Joanna tenía en el armario -Y unos zapatos -dijo introduciendo varios pares en la maleta -Y unos zapatos de tacón, para cuando vayamos de fiesta, y lápiz de labios, cremas y perfume, quiero que estés guapa -dijo trayendo del cuarto de

baño una bolsa de cosméticos que vacio dentro de la maleta. Y lo más importante ropa interior, seguro que conmigo te gustará estar más sexy que con el estúpido de Ken –Dijo registrando en los cajones y cogiendo las prendas que le parecían más provocativas, tras lo cual cogió la

maleta para marcharse, cuando se acordó de algo que lo hizo volver hacia atrás.

-Se me olvidaba, esto, ya no lo necesitaras –dijo poniendo sobre la mesita de noche, el anillo de casada que le había quitado a Joanna del dedo.

Sobre las tres de la madrugada, justamente cuando Ken entraba en comisaria volvió a recibir una llamada de la madre de Joanna.

-Ken, ¿Sabes ya donde está mi hija?, ¿Por qué no me has llamado?, ¿Dónde estás?.

-Aún no sé nada, ahora estoy entrando en comisaría –le respondió Ken.

-¿En comisaría?, ¿Que le has hecho a mi hija?, ¿Por qué no me contesta al teléfono? -le dijo Abby histérica.

-Abby, no sé dónde está Joanna –le dijo Ken apesadumbrado mientras la mujer colgaba el teléfono precipitadamente. Lo último que necesitaba en este momento eran las palabras histéricas de Abby.

-Buenas noches –le dijo Ken a un agente que estaba sentado en la recepción de la comisaría, terminando de rellenar un cuadrante.

-Buenas noches –le dijo el agente al cabo de un rato.- ¿Qué desea?

-Vengo a denunciar la desaparición de mi esposa –le dijo Ken angustiado, al que esos segundos que estaba perdiendo el agente le parecían horas.

-¿Cuántos días hace que falta del domicilio? –le preguntó el agente.

-¿Días? –Exclamó Ken extrañado –Desde las siete de la tarde no sé nada de ella –le dijo Ken, lo que provocó la risa del agente ante el malestar de Ken.

-Hasta que no pasen al menos cuarenta y ocho horas la policía no puede dar

a una persona por desaparecida. ¿Sabe la cantidad de gente que desaparece solo en la ciudad de Nueva York cada día y que salieron de su domicilio por propia voluntad? Quizás su mujer tiene por ahí...una aventura –le dijo el agente haciendo una insinuación que levanto la indignación de Ken que cogió al agente del pecho completamente alterado.

-No sé qué clase de puta será su mujer, pero mi mujer es decente y la han secuestrado, y usted está obligado a ayudarme –le dijo Ken mientras lo mantenía cogido por la camisa, lo que provocó la reacción de los demás agentes que lo inmovilizaron de inmediato.

-Amigo, así no va a arreglar usted nada – le dijo el agente de recepción mientras los demás policías se disponían a ponerle las esposas por agresión a la autoridad, cuando entró en la comisaria la madre de Joanna, que al verlo esposado y tumbado en el suelo se dirigió a él llorando mientras gritaba.

-¡Asesino, asesino!, ¿Dónde está Joanna?, ¿Qué has hecho con mi hija? – gritaba Abby llamando la atención con sus gritos del teniente Ramírez que pasaba por allí en ese instante.

-Yo no he matado a nadie señora, solo la estoy buscando –le dijo Ken desde el suelo.

-¿Qué es lo que ocurre aquí? –Preguntó el teniente muy serio con aire de autoridad, informándose de la situación y llevando a Ken y a Abby a su despacho donde escuchó las explicaciones que dio cada uno.-Esto ya no será necesario –le dijo el teniente Ramírez a Ken quitándole las esposas.

-¿Pero es que lo va a dejar libre? –Preguntó Abby extrañada –Tiene que interrogarlo hasta que diga dónde está mi hija.

-Señora, su hija solo falta de su domicilio unas horas, no la podemos dar por desaparecida todavía.

-Pero ella no se habría ido sin avisarme –dijo Abby nerviosa.

-Es cierto teniente, mi esposa no ha desaparecido por sí sola. Hoy se cumplía nuestro segundo aniversario de boda y habíamos

quedado para celebrarlo en un restaurante, sé que ella no faltaría a la cita a

menos que algo o alguien se lo hubiera impedido.

-¿En su matrimonio os lleváis bien? –le preguntó el teniente a Ken.

-Sí –dijo Ken rotundo –Mi esposa y yo nos queremos mucho.

-Pues vaya tranquilo a su casa que seguramente ella le estará esperando allí –le dijo el teniente.

-El otro día los oí como discutían a voces desde su habitación, así que no se llevan también –comentó Abby.

-¿Por qué que discutían?

-Por el mando a distancia de la televisión- dijo Ken.

-Mire –dijo el teniente esbozando una sonrisa –No podemos perder más tiempo con esto, sin pruebas no podemos abrir un expediente, y hasta las cuarenta y ocho horas no podemos denunciar la desaparición de Joanna. ¿Han notado si falta algo en la casa, objetos de valor, documentación, ropa o algo?

-No teniente, no he tenido tiempo –dijo Ken cayendo en la cuenta de que no se había percatado de nada de eso.

-Mire, le voy a dar mi número de teléfono, y si encuentra algo sospechoso, llámeme, pregunte por el teniente Ramírez.

Jared llevó a Joanna hasta su vivienda, una casa unifamiliar que había alquilado unos días antes en un bonito barrio residencial en las afueras de Nueva York. Acostando en la cama a Joanna que permanecía inconsciente, disponiéndose a limpiarle los restos de sangre que le habían estado saliendo por una herida que tenía en la cabeza, no sin antes llamar por teléfono a una grúa para que recogiera el coche de Joanna y lo llevaran hasta el garaje particular que disponían en aquel domicilio. Jared, que no se planteaba en ningún momento el estado de salud en el que Joanna había quedado después del accidente, se disponía a desinfectarle la herida y tapársela con un apósito estéril, sin preguntarse ni siquiera si la joven había sufrido alguna fractura, o si tenía una hemorragia interna, o si su vida corría peligro.

-Ahora debes de ponerte cómoda, te voy a quitar la ropa que llevas puesta y te pondré algo para que descanses a gusto –le dijo mientras se disponía a quitarle la

blusa y los pantalones dejando ver unas bonitas braguitas-tanga blancas que Joanna se puso pensando en la celebración de su aniversario con Ken.-Cariño no sabes lo que me alegro de que te pusieras tan guapa para mí –le dijo mientras ponía sus manos sobre los muslos de la joven. Porque a partir de ahora, nadie tocara tu cuerpo sino mis manos. Pero ahora debes descansar –le dijo disponiéndose a quitarle el bonito sujetador de encaje, quedando al descubierto sus bonitos pechos, reprimiendo Jared sus irresistibles deseos de poseerla. –Así estarás más cómoda para dormir –le dijo Jared llevándose el sujetador y la ropa que le había quitado y poniéndole un bonito camisón de seda, color fucsia

semitransparente que había cogido del armario de Joanna. –Así estarás más cómoda –le dijo –Ahora voy a salir a la farmacia un par de minutos, pero no te preocupes, te voy a sujetar a la cama para que estés aquí cuando yo vuelva –dijo atándola a la cama mientras le daba un beso en los labios.-¡Vamos a ser tan felices!, desde ahora no existirá nadie ni nada más que tú y yo, juntos para siempre –le dijo saliendo de la casa y dejando a Joanna inconsciente e inmóvil atada a la cama.

Ken completamente abatido por el escaso apoyo que había recibido por parte de la policía, se dirigió hacia su casa con su suegra que había insistido en acompañarle. Aunque habían intentado comunicar por teléfono con Joanna sin conseguirlo, cuando abrieron la puerta de la vivienda, albergaban en su corazón la esperanza de verla allí como siempre y que todo esto que había pasado no fuese sino una horrible pesadilla.

-¡Joanna!, ¡Joanna!, ¿Dónde estás? –dijo Abby al entrar esperando una respuesta inútil, pues nadie contestó a su llamada. Ken, después de volver a mirar en las habitaciones, se quedó con un tremendo nudo en la garganta que apenas si le dejaba hablar.

-¿Qué has hecho con mi hija? –le dijo su suegra un tanto histérica.

-Señora, yo no le he hecho nada a Joanna, yo amo a su hija, y solo la estoy buscando, y si quiere hacer algo útil, dedíquese a ayudarme a ver si hay algo de valor que falte en la casa.

Abby se dirigió como un resorte hacia donde su hija guardaba las joyas, pues sabía que tenía varias joyas de gran valor, herencia de la familia, y que ella misma

le había regalado a su hija, más las joyas que Ken le había ido regalado, comprobando que aparentemente no faltaba ninguna.

Ken observó como en una mesita del salón había un vaso con restos de whisky, lo que le extrañó, porque ni él ni Joanna bebían whisky, dirigiéndose hacia su dormitorio, donde abrió el armario, viendo que faltaba bastante ropa de ella. A Ken le dio un vuelco el corazón, pensando que Jo le había abandonado. Miró en el altillo del armario y comprobó que faltaba una maleta, la que normalmente utilizaban cuando salían de viaje. –No podía ser, Joanna lo amaba, ella no podía haberlo dejado así –pensó mientras se dejaba caer sin fuerzas sentándose sobre la cama abatido.–Esto no podía estar pasando, Joanna jamás le hubiera hecho esto –pensó cuando vio sobre la mesita de noche el anillo de casada de Joanna.

–Las joyas están todas, creo que no falta ninguna –le dijo Abby entrando en la habitación.

–Yo si he encontrado algo –le dijo Ken apenas sin habla.

–¿Qué has encontrado? –le preguntó Abby al entrar en el dormitorio.

–Falta la ropa de Jo y una maleta –le dijo Ken sentado en la cama, mientras dos lagrimas corrían por su cara. –Y ahí ha dejado su anillo de casada –le dijo dirigiendo su mirada hacia la mesilla sobre la que estaba el anillo.

–Lo siento Ken, perdona las cosas que te he dicho –le dijo Abby intentando consolarlo.

–No tiene importancia –dijo Ken sin apenas fuerza en la voz.

–Esto no es propio de mi hija, ¿Cómo se ha marchado sin decírmelo? –Se preguntó Abby –¿Qué le has hecho tú para que ella tuviera que huir de esa manera?

–Señora, lo último que necesito ahora es una cacatúa como usted detrás de mi oreja, ya ha visto que su hija no está aquí, así que márchese y dedíquese a buscarla como estoy haciendo yo –le dijo Ken acompañando a su suegra hasta la puerta de la calle.

–Esto no va a quedar así –le dijo Abby mientras salía fuera del apartamento – Voy a llamar a mi abogado.

–Llame a quien le salga de las narices –dijo Ken cerrando la puerta y

apoyando su frente sobre ella, quedando un momento inmóvil, sin saber que pensar, con una enorme angustia, solo tenía ganas de llorar, sin poder conseguirlo -¿Por qué?, ¿Dios mío, por qué? –se preguntaba una y otra vez golpeando con su puño la pared junto a la puerta.

Cuando Joanna volvió en sí, estaba totalmente desorientada y abatida, con el cuerpo dolorido y un fuerte dolor de cabeza, abriendo los ojos lentamente sin saber dónde estaba, ni lo que hacía ella allí, pareciéndole todo extraño, aquel techo, la lámpara, los muebles, ¿Y qué hacía ella en aquel lugar? -se preguntó cuándo se dio cuenta de que no podía moverse, al estar atada a la cama.

-Oiga, ¿Hay alguien ahí? –Preguntó Joanna esperando una respuesta –Por favor desátame, no me puedo mover, ¿Me escucha alguien? –dijo Joanna alzando la voz sin obtener respuesta. Tras un rato, la angustia y el nerviosismo de Joanna eran visibles, tratando de moverse y desembarazarse de sus ataduras sin conseguirlo. - ¡Socorro!, ¡Socorro!, ¡Desátenme de aquí! -gritaba Joanna desde la cama, cuando Jared entro en la vivienda, oyendo los gritos de la muchacha, lo que le hizo dirigirse hacia la habitación donde estaba ella.

-No grites, aquí no te puede escuchar nadie más que yo, y yo no estoy sordo.

-Desátame por favor –le dijo Joanna mirándolo fijamente a la cara -¿Quién es usted?, ¿Por qué me tiene amarrada?

-¿No me conoces? –Le preguntó Jared incrédulo -¿No sabes quién soy?

-No, por favor, ¿Quién es?,¿Qué hago yo aquí?

Jared se llenó de felicidad, ni en sueños había imaginado una situación tan favorable, era evidente que Joanna tras el accidente había perdido la memoria.

-Cariño, soy yo, tu esposo Richard

-¿Richard? –Preguntó Joanna con un gesto de extrañeza –No te recuerdo.

-Es normal, cariño, has sufrido un accidente, ya lo dijo el médico, que era probable que el golpe hubiera afectado a tu memoria.

-¿Un accidente?, ¿De qué? –le preguntó Joanna escéptica.

-De coche –le dijo Jared soltando sus manos –Te golpeaste muy fuerte en la cabeza, te hiciste una pequeña herida, ¿No recuerdas?

-Por eso me duele tanto la cabeza que parece que me va a estallar –dijo Joanna llevándose la mano ya libre a su cabeza y comprobando que tenía una compresa de tela en la frente con un esparadrapo –¿Por qué me has atado? –le preguntó extrañada.

-Tenía que salir a comprar unas cosas a la farmacia –le dijo Jared enseñándole la bolsa con los medicamentos –El médico dijo que no te movieras de la cama, que te podías marear y caerte si intentabas levantarte.

Ken, después de estar andando varias horas por el piso, de habitación en habitación, sin saber ni lo que pensar, ni lo que hacer, sin poder darle explicación a lo que estaba pasando, le parecía imposible que Joanna lo hubiera dejado de esta manera. La misma Joanna que lo despertó en la mañana alegre, ilusionada con la celebración de su aniversario, la que deseaba hacer el amor una y otra vez con él, tan sincera y apasionada, no podía estar pensando en abandonarlo, cuando le repetía una y otra vez, lo mucho que lo amaba, cuando habían planeado crear una familia juntos, cuando todo en su vida iba bien. Se querían locamente, la pasión que sentían el uno por el otro no había disminuido, es más había crecido, al igual que su amor. Sus sentimientos eran cada vez más profundos, más fuertes, pensaba Ken, lo que le hizo llegar a la conclusión, de que ella no podía haberle abandonado por su voluntad, y menos así, sin despedirse, sin una explicación, sin decirle ni siquiera adiós. La única razón que encontraba era que la habían secuestrado, y cada vez estaba más seguro de eso. Joanna en este momento podía estar en peligro, y él debía de acudir de inmediato a la policía.

Tampoco a Abby le cuadraba la reacción de su hija, Joanna nunca huiría de esa manera, ¿Cómo iba a abandonar a ese hombre que era su marido, cuando hace apenas dos días le había dicho a ella lo feliz que era con Ken y lo mucho que lo amaba, lo mucho que deseaba tener un hijo con él, pensó mientras recordaba las palabras de su hija –Ken, es el mejor en todo, el mejor amigo, el mejor amor que he podido encontrar, y como amante ni te lo imaginas –le había dicho Joanna riendo feliz.

-¡Joanna que soy tu madre! –le había dicho ella viendo la cara de felicidad de su hija.

-Si no quieres saber, no preguntes –le había contestado su hija sin dejar de reír. Joanna era una mujer enamorada y feliz con Ken, ¿Qué le habría ocurrido?

Jared estaba contento, las cosas le estaban saliendo mejor de lo que él pensaba, cavilaba feliz mientras cogía algunos productos de los que había comprado en la farmacia disponiéndose a curar a Joanna.

-Ellen, cariño, siéntate en la cama, que te voy a curar esa herida.

-¿Yo soy Ellen? –preguntó ella con extrañeza.

-Sí, ¿No recuerdas?, eres Ellen Foster –le dijo mientras le quitaba el apósito de la herida para desinfectarla –Al casarte conmigo cogiste mi apellido.

-¿Cuánto llevamos casados? –le preguntó Joanna.

-Dos años, y han sido los más felices de nuestras vidas.

-¡Ay! -se quejó Joanna –Escuece mucho.

-Solo un poquito, pero tenemos que echarle alcohol para que desinfecte la herida, y luego te pondré esta venda.

-Perdona que te haga tantas preguntas Richard, pero es como si todo fuese nuevo para mí, no recuerdo nada, ni recuerdo el accidente, ni recuerdo por qué no me curaron en el hospital y lo tienes que hacer tú, ni recuerdo que hago aquí en esta habitación –dijo Joanna llorando.

-En el hospital te curaron y te vendaron la herida, pero me dijeron que si te manchabas la venda de sangre, te la volvieran a cambiar.

-Pero es que ni siquiera recuerdo quien soy yo.

-Eh, eh, Ellen, cariño no llores, no hace falta recordar nada –le dijo Jared estrechándola contra su pecho –Solo tienes que recordar que te quiero –le dijo

mirándola fijamente a los ojos –Y que tú me quieres –le dijo aproximándose a ella casi hasta rozar sus labios –Y que vamos a ser siempre felices los dos juntos –le dijo Jared mientras con una mano sostenía la cabeza de ella para unir sus labios en un beso, al tiempo que la joven automáticamente se separó de él para esquivarlo y evitar que la besara, lo que enojó a Jared, que trataba de ocultar su malestar.-Ellen, cariño, ¿Pero qué haces, huyes de mí?, soy tu marido, nos casamos para amarnos.

-Richard, perdona, pero no te conozco, yo no puedo besar a alguien a quien no conozco, por favor, dame tiempo, perdóname.

-Te daré todo el tiempo del mundo –le dijo Jared dándole un beso en la mejilla –Conmigo estarás segura –le dijo mientras le vendaba la herida.

-Tengo que hacer pipí, y tengo ganas de vomitar –dijo Joanna intentando levantarse.

-Espera, no te levantes sola, yo te ayudare –le dijo Jared intentando ayudarla a levantarse.

-Gracias, pero puedo ir yo sola -le dijo ella apartándolo, levantándose de la cama y sufriendo un fuerte mareo que casi la hace caer, sujetándola Jared entre sus brazos.

-¿Lo ves cariño?, el médico nos dijo que permanecieras unos días en reposo, no puedes levantarte tú sola, venga, yo te ayudaré –le dijo Jared.

-Sí, creo que será mejor –dijo ella mientras él la conducía hacia el baño.

-Agárrate a mí, que yo te subiré el camisón y te bajare las braguitas, no te vayas a caer –le dijo Jared con ansias libidinosas.

-Gracias Richard, pero eso sí puedo hacerlo, y me pondría muy nerviosa si entras conmigo.

-No tendrás vergüenza de mí después de que te he visto tantas veces desnuda, Ellen, soy tu marido.

-Seguramente, pero yo no te recuerdo, por favor, espera fuera –le dijo Joanna mientras Jared salía del baño para esperarla, intentando ver por la rendija de la puerta el reflejo de su desnudez en el espejo como hizo en el apartamento de ella y de Ken.

Tras salir Joanna del baño, Jared la acompañó hasta la cama.

-¿Estás bien, cariño? –le preguntó Jared al ver la expresión de malestar que la joven tenía en la cara.

-No, estoy fatal –dijo ella –La cabeza me duele tanto que parece que me va a estallar de un momento a otro, deberíamos ir a urgencias.

-¿Para qué?, Si ya hemos ido y el médico, nos dijo que no te preocuparas, que si te dolía la cabeza te tomaras un paracetamol y un somnífero para que pases bien la noche –le dijo Jared acostándola en la cama y arropándola un poco, mientras le daba un vaso de leche caliente con un analgésico y un somnífero. –Eso es Ellen –le dijo tras ver como la joven se tomaba las pastillas –Ya verás que bien vas a dormir esta noche –le dijo dándole un beso en la mejilla, tras lo cual salió de la habitación, pensando en la suerte que había tenido con que Joanna se accidentara, con que ella perdiera la memoria, aunque sabía que la memoria la podía recuperar en cualquier momento, confiando en que fuera después de que él la sacara del país.

Sobre las cinco de la madrugada, Ken se encontraba sentado en el sofá de su apartamento, fumando un cigarro tras otro desesperado, sin saber qué hacer, la angustia que albergaba inundaba todo su cuerpo sin parar de darle vueltas a la cabeza intentando buscar una solución a lo sucedido, pensando que solo estaba viviendo una pesadilla horrible, y que pronto sonaría el despertador para ir a trabajar despertando en su dormitorio, y que Joanna estaría allí a su lado en la cama como siempre entre sus brazos, y que jamás se iría de su lado. Inconscientemente cogió el teléfono, sin ni siquiera pensar lo que hacía, marcó el número de teléfono de su hermano Ben, que era un chico de veinticuatro años, que estudiaba Ingeniería en Los Ángeles, y que en esos momentos se encontraba plácidamente dormido en su cama cuando sonó el teléfono, lo que le hizo despertar no de muy buen humor, pero asustado, temiéndose que esa llamada a horas tan intempestivas, fuera para darle la noticia de una desgracia.

-Sí, ¿Dígame? –dijo Ben sin obtener respuesta del otro lado de la línea. –Sí, dígame –volvió a repetir, esta vez de peor humor, creyendo que se trataba de una broma pesada de sus compañeros de clase.

-Benny –dijo una voz débil al otro lado de la línea, que semejaba a la voz de

su hermano.

-¿Ken, eres tú?, ¿Qué ha pasado? –le preguntó Ben temiéndose lo peor.

-Benny, perdona que te llame....pero no sé qué hacer, y no se con quien hablar –le dijo Ken con la voz entrecortada, que apenas le salía del cuerpo.

-Escúchame Ken, ¿Qué ha pasado? –Le preguntó Ben intuyendo una desgracia.

-Joanna ha desaparecido –le dijo Ken con un nudo en la garganta sin poder llorar –La he buscado por todas partes, y no sé dónde está.

-¿La has buscado en el hospital?, por si hubiera tenido un accidente –le preguntó Ben realmente preocupado pues sabía lo mucho que su hermano amaba a Joanna, lo mucho que esos dos seres se querían.

-Me he recorrido todos los hospitales, incluso en uno me bajaron a identificar a un cadáver, que gracias a Dios no era ella.

-Tranquilo Ken, ¿Has ido a la policía?

-La policía no pude iniciar la búsqueda de una persona desaparecida hasta pasadas cuarenta y ocho horas.

-No desesperes Ken, veras como aparece, y si no nosotros la encontraremos. Voy a coger el primer vuelo para Nueva York, y vamos a remover cielo y tierra hasta encontrarla.

-Gracias Benny, pero tú no puedes perder el curso ahora, este es tu último año de carrera.

-Bah, solo me quedan dos parciales, y esos los puedo aprobar en septiembre, pero ahora lo más importante es encontrar a Joanna como sea y entre los dos lo

vamos a conseguir.

-No sé, su ropa falta del armario, y una maleta, y ha dejado su anillo de casada en la mesilla, creo que me ha dejado.

-Joanna –dijo Ben por teléfono simulando una sonrisa para tranquilizar a su hermano.-Eso es imposible, ella está loca por ti. Jo jamás te dejaría. Mira, no te preocupes, que dentro de unas horas estaré allí, y ya verás como todo se soluciona.

-Muchas gracias Benny, gracias por escucharme –le dijo Ken colgando el teléfono.

Aunque Ben era más pequeño que Ken, al ser el único hermano que tenía, y al estar siempre muy unidos, Ken confiaba en él más que en nadie, y aunque era Ken el que siempre afrontaba las situaciones difíciles con calma y serenidad, en esta ocasión la situación lo sobrepasaba. Ben nunca había visto a su hermano tan

hundido, y él tenía que darle ánimos y ayudarle a afrontar la situación, aunque no sabía cómo iban a solucionar este problema.

ELLEN

Tras colgar el teléfono, Ben se quedó realmente preocupado por la situación que estaba atravesando su hermano, mientras se disponía a hacer su equipaje para salir hacia Nueva York de inmediato, pensando que él no llegaría allí hasta dentro de unas horas en el mejor de los casos, volviendo a coger el teléfono a pesar de la hora que era para llamar a su madre, que vivía a pocas manzanas de Ken y contarle lo ocurrido.

Ken mientras tanto sentado en el salón de su apartamento no paraba de darle vueltas a la cabeza, repitiéndose una y otra vez, las palabras que la madre de Joanna le había dicho, -“¿Qué le has hecho tú para que tuviera que huir de esa manera”, no se explicaba ¿Qué le podría haber hecho él para que ella se fuera de esa forma. Pero eso no podía ser, ellos eran felices, no había ningún motivo para ello, aunque por otro lado, faltaba su ropa, su anillo estaba en la mesita. La puerta no había sido forzada, y no se le ofrece un whisky a un secuestrador en el salón de tu casa. Todo era muy extraño, inexplicable, pensaba mientras se levantaba dando paseos por el apartamento, de habitación en habitación, sin saber qué hacer, cuando volvió a entrar en el cuarto de baño, mirando en el interior del armario, observando que también faltaban los cosméticos, los perfumes ,y el maquillaje que Joanna solía usar.

-¡Joanna porque! -gritó Ken con dolor, sin obtener respuesta alguna, cuando de repente sonó el timbre de la puerta, ¿Quién llamaría a la puerta a las cinco de la madrugada?, quién sino Joanna

que volvía a casa, pensó mientras salía corriendo a abrir la puerta con la mayor ilusión, encontrándose que quien estaba al otro lado de la puerta no era quien él esperaba sino su madre, la cual se abrazó cariñosamente a su hijo.

-Ken, ¿Qué ha pasado? –le preguntó su madre dándole un abrazo de consuelo a su hijo.

-Mamá, no sé –le dijo angustiado –Solo sé que ella no está aquí y que yo la

necesito –le dijo Ken mientras abrazaba a su madre y le explicaba todo lo sucedido, pasando a sentarse en el sofá, donde Ken volvió a encender un cigarrillo para intentar calmar sus nervios.

-Tranquilo hijo, yo sé muy bien por lo que estás pasando –le dijo su madre estrechándole las manos –Yo sentí lo mismo que tú cuando tu padre nos abandonó. Al principio fue muy duro, pero poco a poco nos fuimos recuperando, dándonos cuenta que él no nos hacía falta para nada.

-Joanna no me ha abandonado, ella me ama.

-Sí, lo mismo pensaba yo, hasta que me di cuenta la clase de golfo que estaba hecho tu padre –le dijo Ángela provocando el malestar interior de Ken, mientras que su madre lo volvía a abrazar –Hijo mío, no sufras más por esta mujer, que no merece la pena –terminó diciendo Ángela mientras que Ken cogía las manos de su madre, levantándose ambos del sofá.

-Mamá, mira, muchas gracias por venir –le dijo acompañándola a la puerta –Pero es que he tenido un día muy ajetreado y necesito dormir, si me disculpas –le dijo abriéndole la puerta.

-Sí hijo, descansa un poco, volveré más tarde, te traeré comida –le dijo Ángela dándole un beso mientras salía del apartamento.

Tras la marcha de Ángela, Ken volvió a quedar nuevamente solo. Qué triste y vacía se le hacía la casa sin Joanna, así, sentado en un sillón a oscuras, se mantuvo un buen rato, sin dejar de imaginar el porqué de la desaparición de su esposa, llegando siempre a la misma conclusión, estaba totalmente convencido de que ella no se había marchado por su voluntad, alguien la había secuestrado, lo que provocó que se levantara de inmediato, disponiéndose a volver de nuevo a la comisaria. Al entrar en comisaria, volvió a encontrarse al mismo policía de la recepción que le había atendido unas horas antes.

-¿Otra vez usted? –le dijo el agente con tono enfadado al recordar el incidente que había tenido con él esa misma noche. -¿Qué quiere usted ahora? –le preguntó de mal grado.

-Vengo a ver al teniente Ramírez, es importante.

-¿Viene a aportar alguna prueba que antes no tuviera, alguna novedad en la

desaparición de su esposa?

-Sí -dijo Ken secamente.

-A ver, dígame.

-Antes no le comenté que tengo las huellas del secuestrador en un vaso de whisky, y que en el salón del apartamento hay signos de violencia, una figurita de porcelana rota, y una lámpara tirada en el suelo, y el coche de mi mujer no está. A mi mujer la han secuestrado –dijo con firmeza.

-Pero eso pudo no romperse por un acto de violencia –le dijo el policía que no estaba dispuesto a ayudar en nada a Ken.

-¿Por qué si no? –dijo Ken desafiante.

-Más parece el resultado de un desenfrenado revolcón con el que se bebió el whisky. –le dijo el policía de mal talante, haciendo que Ken lo volviera a coger del pecho, con la intención de darle un puñetazo, sin conseguirlo al ser reducido nuevamente por varios agentes que se encontraban allí, pues al ser Ken un tipo bastante alto y fuerte, varios agentes se tuvieron que emplear a fondo para lograr reducirlo. Mientras el policía de recepción le gritaba a Ken

-¡Te voy a poner una multa por intentar pegarme!, ¡Y esta vez irás derecho al calabozo!, cuando volvió a pasar por allí el teniente Ramírez, que se disponía a marcharse a su casa después de su servicio, y que al verlo, nuevamente esposado y en el suelo rodeado de varios agentes que lo sujetaban, quedo realmente sorprendido.

-¿Otra vez usted?, ¿Es que no escarmienta? –le dijo al verlo.

-¡Teniente Ramírez! -gritó Ken desde el suelo -¡Ayúdeme a encontrar a mi esposa!, ¡La han secuestrado!, ¡Tengo pruebas!

-Venga, quitadle las esposas y dejad que pase a mi despacho, vamos, que tengo prisa.

Ya en el despacho del teniente, Ken le contó lo que él creía que eran pruebas de un secuestro.

-Señor...

- Ken Adams –le repitió él.

-Señor Ken, comprendo que esté usted desesperado por encontrar a su esposa, pero eso que me ha contado, no me dice nada.

-Pero el secuestrador, dejó sus huellas en un vaso, solo hay que cotejarlas.

-Mire -le dijo el teniente en tono afable intentando ser comprensivo.-Solo en esta ciudad, se producen miles de desapariciones de personas cada día, y el noventa por ciento desaparecen por propia voluntad, además de multitud de robos, asesinatos, secuestros, violaciones y una larga lista de delitos imposibles de enumerar, comprenderá que no tenemos recursos para investigar este caso.

-Por favor ayúdeme, se lo suplico, encuentre a mi esposa –pidió Ken. –Jamás en mi vida he suplicado nada, pero sé que mi esposa está en peligro, se lo suplico, búsquela.

-Mire amigo – le dijo el teniente –Hágame un favor y hágaselo a usted mismo. Márchese a su casa, si alguien le pide un rescate, llámenos, pero en caso contrario, no quiero volver a verlo por aquí hasta pasadas cuarenta y ocho horas de la desaparición. -Le dijo el teniente invitándole a salir de la oficina, dirigiéndose los dos hacia la calle.

Al amanecer, el Sol entraba por la ventana del dormitorio donde se encontraba Joanna, iluminando de claridad la habitación, esa habitación que le parecía tan extraña, mientras que un agradable olor a café llegaba hacia ella. Era curioso, pensó Joanna, se acordaba del olor del café, y sin embargo no se acordaba de su pasado. Miraba sin cesar los objetos que veía en la habitación para ver si le decían algo, pero no se acordaba de ninguno, cuando Jared entró en la habitación con una bandeja en la mano.

-Ellen, cariño, te traigo el desayuno que a ti te gusta, tostadas, café con leche, y zumo de naranja.

-Gracias –le dijo Joanna intentando levantarse.

-No te levantes –le dijo Jared –Puedes desayunar en la cama, como siempre.

Joanna se dispuso a desayunar, y en algo estaba de acuerdo. El desayuno estaba realmente a su gusto, seguramente sería su preferido. Joanna miraba a Richard, pero solo veía en él a un extraño. Richard era un tipo alto y delgado, de uno ochenta aproximadamente de estatura y de unos 27 años, pelo castaño y ojos marrones. A Joanna le parecía guapo, era bien parecido y simpático, seguramente antes del accidente estaría loca por él, pero ahora por más que quisiera recordar, no sentía nada por Richard, su corazón no sentía amor, lo cual le dolía por no poder recordarlo.

-¿Tu no desayunas? –le preguntó Joanna.

-Yo he desayunado antes, como siempre, tú sabes que me levanto más temprano, bueno, espero que te acuerdes.

-No, no me acuerdo de nada –le dijo ella.

-Bueno, espero que pronto recuperes la memoria –le dijo dándole un beso en los labios –Cuando te acuerdes de algo, lo mas mínimo me lo cuentas, ¿Vale?

Después de desayunar Jared le cambió la venda de la cabeza, tras curarle la herida.

-¿Te sigue doliendo la cabeza? –le preguntó Jared.

-Ya me duele menos –le contestó ella.

-Ahora te daré otro calmante.

-Richard –dijo Joanna -¿Por qué no me enseñas algunas fotos de nosotros?, me gustaría ver cómo era nuestra vida antes.

-No tenemos.

-¿Ninguna? – le preguntó extrañada.

-No – le dijo él –Se quemaron todas en el incendio, ¿No te acuerdas?

-¿Un incendio? –preguntó sorprendida.

-Sí, aquella noche salimos a pasar una velada de fiesta, y volvimos tarde, cuando llegamos nos encontramos con que nuestra casa había ardido por completo, y se quemó todo, fotos, videos, todo reducido a ceniza, un cortocircuito.

-¡Qué horror! -exclamó Joanna.-¿Teníamos niños?.

-No, aun no, aunque no será porque no insistes, tú estás como loca, obsesionada por tenerlos y todos los días tenemos que hacer el amor cuatro o cinco veces al día sin falta.

-¿Son muchas, no? –exclamó Joanna ruborizada.

-Pues a ti te parecen pocas –le dijo Jared mientras se echaba sobre ella en la cama besándola en la boca mientras ella se resistía.

-No, Richard, espera –decía ella intentando esquivar sus besos.

-Eres mi mujer –exclamó Jared presa de la lujuria, mientras que con sus manos cogía sus irresistibles pechos.

-Espera Richard, ¡así no! -gritó Joanna al tiempo que intentaba desembarazarse de ese tipo que la mantenía inmovilizada, mientras con su lengua intentaba lamerle los senos.-¡Así no! -gritó Joanna, que reuniendo todas sus fuerzas dio un empujón a Jared apartándolo de ella y pudiendo escapar hasta un rincón de la habitación. -¡No estoy preparada!, ¡Apenas te conozco!, ¡Dame tiempo!.

-Está bien –dijo Jared que no quería forzar la situación, prefería que fuera ella la que se entregase a él, tenía todas las cartas a su favor, y sabía que eso solo era cuestión de tiempo, y entonces sería su triunfo absoluto.-Cariño, tranquilízate, pensaba solo que estabas loca por hacer el amor conmigo como siempre.

-Perdóname Richard –le dijo Joanna que empezaba a sentirse mal consigo misma por la situación.-Pero es que me tienes que dar tiempo, no siento nada por ti.

Jared, haciendo un gesto fingido con la cara entre dolor y asombro,

-No sabes cómo me duele que me digas esas palabras, porque yo sí siento algo por ti, y sigo tan enamorado de ti como el primer

día de nuestro matrimonio –dijo. Lo que provocó que Joanna quedara muy triste, culpándose a sí misma por no tener ningún recuerdo.

Después de salir de la comisaría, sin que la policía le hubiera prestado la más mínima ayuda. Ken se sentía desalentado, impotente ante la situación, sin saber qué hacer, ni dónde ir, dirigiéndose andando por la avenida, hasta una cafetería que encontró a su paso, entrando en ella para desayunar algo, pues no había comido nada desde el mediodía del día anterior. Ken, se sentó en una mesa y pidió un desayuno, que le fue servido casi al instante, mientras comía, pensaba absorto con la mirada en ningún lugar, solo podía pensar en lo que le habría pasado a su mujer, en donde estaría y en qué podía hacer él para encontrarla, cuando de repente, se le ocurrió una idea, el había tenido varias reuniones de trabajo con el alcalde, lo conocía, aunque solo fuera de intercambiar algunas frases, tenía que intentar hablar con él, y explicarle lo ocurrido para que lo ayudara, al fin y al cabo, el alcalde era el que mandaba en la policía, así que dejó en la mesa el desayuno a medio comer y tras pagar al camarero, se dirigió al ayuntamiento. Al llegar al despacho del alcalde encontró allí a su secretaria,

-¿Qué desea caballero? –le preguntó la secretaria al ver a Ken que con aspecto algo demacrado, sin peinarse, sin haberse afeitado,

con ojeras en los ojos por haber pasado la noche sin dormir corriendo de un lugar a otro, y con la ropa del día anterior, intentaba colarse hasta el despacho.

-Tengo una reunión con él, tengo que verlo, es algo urgente.

-¿Ahora mismo tenía la reunión? –le preguntó la secretaria incrédula.

-Sí, exactamente –le contestó Ken tajante.

-Pues lo veo difícil, porque está de viaje en Washington y no vendrá hasta mañana.

-Sí, tiene usted razón –comentó Ken –La cita la tengo para mañana, de todas formas le daré los datos que me pide por teléfono, los quiere de inmediato, me apunta su número de teléfono, si es tan amable.

-Lo siento caballero, el número de teléfono personal del alcalde no lo tenemos nosotros, y aunque lo tuviésemos no se lo podríamos dar.

-Creo que el alcalde se enfadará por esto –insistió Ken.

-Prefiero que se enfade a perder mi puesto de trabajo –le dijo la secretaria.

Tras lo cual, Ken salió del ayuntamiento sin haber conseguido lo que pretendía. Nuevamente con la sensación, de haberse estrellado contra una pared y sin saber qué hacer, solo se le ocurrió volver a recorrerse los hospitales por si había alguna noticia, cuando recibió la llamada de Ben diciéndole que acababa de llegar al aeropuerto de Nueva York. Dirigiéndose entonces hacia allí a recoger a su hermano.

A primera hora de la mañana, Abby llamó a su abogado James Sloane, explicándole entre sollozos la desaparición de su hija, y el temor que tenía de que su yerno le hubiese hecho algo malo, pues en su cabeza no cabía la idea de que Joanna se hubiese ido por su propia voluntad sin decírselo. Por lo que esperaba que James Sloane presentara una denuncia en comisaría, y que utilizara sus contactos e influencias para que Joanna apareciera lo más pronto posible. Sloane era el titular del bufete de abogados Sloane y asociados, uno de los más prestigiosos del estado. Sloane tenía fama de duro en los juicios, un hueso duro de roer para los abogados contrincantes, minucioso en los detalles, implacable y astuto, con fama de no haber perdido nunca un juicio. Cuando Sloane llegó a casa de Abby, esta le abrió la puerta rápidamente.

-Menos mal que has llegado –le dijo Abby al verlo –Tenemos que ayudar a Joanna, me temo que algo malo le ha podido pasar.

-Hola Abby, he llegado lo más pronto que he podido. ¿Qué es lo que ha ocurrido?, cuéntame.

Abby le contó los detalles de la desaparición de su hija, y cómo no creía que la joven se hubiera ido por su propia voluntad, cuando solo unas horas antes le había dicho que quedaban al día siguiente en una cafetería del centro de Nueva York, para acudir a una cita que tenía con su ginecólogo, y que era muy importante para ella, porque quería saber por qué no se quedaba embarazada aún, después de dos años de matrimonio intentándolo, porque tener un hijo era su mayor ilusión.

Abby le contó también la delicada situación financiera que atravesaba la empresa del marido de su hija, Adams y compañía, después del estallido de la burbuja inmobiliaria y de la compra del veinte por ciento de las acciones que tenía su socio Jared, que había hecho que el hipotecara sus activos, y del seguro de vida que tenía hecho su hija de un millón de dólares en caso de fallecimiento, a favor de su marido Ken Adams.

-James estoy muy preocupada, quiero que encuentres a mi hija –le dijo Abby compungida –Cueste lo que cueste, encuentra a mi niña –Le dijo sin poder evitar echarse a llorar -¿Crees que podrás hacerlo?.

-Pondré todos mis recursos para hacerlo, aunque el proceso será costoso –le dijo el astuto Sloane, que no desperdiciaba una ocasión para hacer dinero cuando veía la ocasión de conseguirlo.

-No me importa lo que cueste -dijo Abby firmemente. –Pero Ken Adams debe ir a la cárcel, y torturarlo si es preciso hasta que diga dónde está mi hija.

-En Estados Unidos le tortura en un interrogatorio está prohibida.

-Perdóname –dijo Abby rectificando.-Pero hay muchas formas de torturar a las personas y yo no quiero que Ken Adams este en la calle, libre, mientras mi hija sigue desaparecida. Mueve todos tus contactos –le dijo Abby que sabía las conexiones que Sloane tenía entre políticos, fiscales y jueces, y que en más de una ocasión, había utilizado para beneficiarse en el resultado de sus juicios.

-Eso costará caro –le dijo Sloane de manera seca y tajante.

-Lo sé, no me importa, lo único que me importa es mi hija –terminó diciendo Abby.

Jared había salido de la vivienda, dejando por unas horas sola a Joanna en la casa, que se encontraba viendo una película, pero sin concentrarse en ella, observando todos los objetos del salón y que nada le decían, sintiéndose un poco prisionera en un lugar extraño, rodeada de objetos extraños, y conviviendo con una persona extraña. Le dolía sentirse en esa situación, pero lo que más le dolía

era no recordar a Richard, ni sentir nada por él. Parecía un buen tipo, que la trataba bien, y que al parecer estaba loco por ella, pero ella en su corazón, no albergaba ningún sentimiento de cariño y pasión hacia él, nada ni que remotamente le pudiera recordar al amor.

La puerta de la casa se abrió, dando paso a Jared, que venía de la calle con unas bolsas en la mano después de unas compras.

-¿Cariño, donde estás? –preguntó Jared al entrar en la vivienda.

-Estoy aquí Richard, en el mismo sitio –le contestó Joanna sin moverse del sofá.

-He estado haciendo unas compras, ¿A que no adivinas lo que te he traído?

Joanna que no recordaba nada de su pasado, pensó que ella no se encontraba en condiciones para adivinanzas.

-No Richard, ¿Qué me has traído? –preguntó sin ningún interés, mientras seguía mirando la televisión.

-Mira, un maletín de acuarelas y unos lienzos –le dijo Jared con entusiasmo. –Aquí tienes todo lo necesario, hasta un caballete que traigo en el maletero del coche.

-¿Todo eso es para mí? –Preguntó Joanna extrañada.-¿Pero yo sé pintar?

-Probablemente hayas olvidado hasta como se coge un pincel, pero antes te distraías pintando.

-Muchas gracias –dijo ella sin saber que decir.

-Y para comer he encargado que nos traigan a casa un menú de cocina italiana, con tus platos favoritos.

-¿A mí me gusta la comida italiana? –le preguntó Joanna.

-Te encanta –le dijo Jared –Sobre todo después de nuestro viaje a Venecia.

-Cuéntame –dijo Joanna impaciente –Cuéntame cosas del pasado, ¿Cuándo fuimos a Venecia?

-Fue el año pasado –le dijo Jared sentándose junto a ella en el sofá –Hicimos un recorrido por Europa, y al final recorrimos la Bella Italia –dijo pasándole un brazo por lo alto. –Roma, la ciudad eterna, y Venecia, la ciudad del amor. –Le dijo acercando su cara a la de ella.

-Debió ser muy romántico –comentó Joanna.

-Lo fue –contestó Jared –Allí nos amamos mucho, y pasamos unos días inolvidables, por eso es por lo que me duele tanto que me rechaces ahora –le dijo mirándola a los ojos, con sus labios tan

cerca. –Porque hemos sido tan felices en nuestro amor, que me parece un suplicio no poder amarte ahora –le dijo Jared mientras la besaba en la boca, al tiempo que ella lo apartaba de nuevo, haciéndola sentir tan mal por dentro. Ella intentaba recordar con toda su alma, e intentar sentir algo por ese hombre al que apenas conocía, sintiendo remordimientos por no aceptar su amor, por no corresponderle apasionadamente, pero algo muy dentro de sí, la empujaba a rechazarlo.

-Perdona Richard, dame tiempo, estoy segura que todo volverá a ser como antes.

Cuando Ben vio a su hermano, lo encontró muy abatido y bajo de moral, deseando por todos los medios levantarle el ánimo, llevándole hasta un bar, donde hablaron de lo ocurrido intentando que Ken comiera algo.

-Ken, no puedes estar así, si quieres ayudar a Joanna te tienes que cuidar, porque si te hundes tú, ella pierde su apoyo –le dijo Ben mientras estaban sentados alrededor de la mesa de aquel bar.

-Lo sé –dijo Ken apesadumbrado mientras se frotaba la cabeza con una mano –Pero es que esto es para volverse loco, es surrealista, increíble. Es increíble que la policía no me quiera ayudar

ni me haga ni puñetero caso. No sé qué hacer Ben –le dijo tan abatido.

-Yo te ayudare –le dijo Ben intentando levantarle el ánimo –Voy a ir a todos los hospitales de Nueva York, voy a recorrer el camino que tendría que haber hecho Joanna de tu casa al restaurante donde quedasteis, y le preguntaré por ella a todos los que me encuentre. A Joanna no se la ha tragado la tierra, entre los dos la vamos a encontrar –le dijo a su hermano dándole un soplo de esperanza. –Vamos a contratar a un detective que nos ayude, el mejor de Nueva York, vamos a remover cielo y tierra hasta que aparezca y volváis a estar juntos de nuevo.

A Ken se le hizo un nudo en la garganta, emocionado por las palabras de aliento que le daba su hermano, levantándose para darle un fuerte abrazo.

-Gracias Ben – le dijo agradecido –Vamos, tenemos que encontrarla.

-Así no Ken, tienes que descansar un poco.

-Yo no estoy cansado –dijo Ken mirando a su hermano.

-Necesitas dormir, aunque solo sea un par de horas, y además, si la han raptado, sería bueno que estés en tu casa por si llaman por teléfono, -dijo intentando convencerlo para que su hermano descansara al menos un par de horas para reponerse un poco -Yo te llevaré a tu casa y seguiré buscándola mientras tanto,

luego te recojo –le dijo Ben convenciéndole finalmente, marchando los dos hacia el apartamento de Ken.

Al llegar al apartamento, Ben insistió en que se diera una ducha para relajarse un poco y tratara de dormir un par de horas.

-No te preocupes por mí –le dijo Ken a su hermano -Trataré de descansar un poco, pero ahora vete ya, no perdamos más tiempo, si encuentras algo, llámame enseguida.

-Lo haré –le dijo Ben –Dentro de un par de horas vuelvo a recogerte, procura descansar –le dijo mientras salía por la puerta.

A Ken le parecía extraño el apartamento sin Joanna, sin su alegría y sus risas inundando las habitaciones, pero el silencio que se respiraba en esta ocasión era atronador. Ken pensaba que le iba a resultar difícil conciliar el sueño a pesar de estar mentalmente agotado por todo lo sucedido, cuando de repente, sonó el teléfono que cogió precipitadamente.

-¿Esta la Señora Adams? –preguntaron al otro lado de la línea.

-Ella no está –dijo Ken –Yo soy el señor Adams, ¿Quién la llama? –preguntó Ken intrigado.

-Somos de vehículos Paterson, la señora Adams nos compró un vehículo que debíamos entregar en esta dirección ayer tarde,

pero cuando vinimos no había nadie y nos tuvimos que ir sin poder entregarlo, así que hemos vuelto hoy para entregarlo.

-Entiendo –dijo Ken –Pero mi esposa no está, no puede recogerlo.

-El vehículo está a nombre de Kenneth Adams, supongo que es usted, así que es suyo, está totalmente pagado y creo que debería recogerlo -le dijo el hombre.

Ken se dispuso a bajar de su domicilio, para hacerse cargo del vehículo, era un bonito deportivo, gris metalizado, un Porsche descapotable. Que Ken guardó en la cochera volviendo a subir a su apartamento con las llaves y los papeles del coche, entre los que había un sobre, con el nombre de Ken que el abrió intrigado, viendo una breve nota escrita por Joanna.

“Este coche es como nuestro amor, rápido, impetuoso, fiable y que te hará vibrar, espero que lo disfrutes”

Te amo, Siempre tuya

Joanna

Al leer la nota, Ken notó que no podía más aguantar tanto sufrimiento, cayendo un par de lágrimas por sus mejillas.

-Yo también te quiero Joanna, yo también te quiero –dijo mientras un tremendo nudo en la garganta apenas le dejaba hablar.

Cuando el teniente Ramírez llegó a su casa, tras haber acabado su turno de noche, se dispuso a dormir cansado tras una dura noche de trabajo. Pero alrededor del mediodía sonó el timbre del teléfono, que él desde la cama intentaba apagar adormilado dándole manotazos al despertador, hasta que por fin pudo cogerlo.

-Teniente Ramírez al habla –dijo oyendo al otro lado de la línea la voz del

comisario de policía al que había presionado el fiscal del estado, que era íntimo amigo de Sloane para que investigara la desaparición de Joanna y detuviese a su marido.

-¿Estaba durmiendo teniente?

-No señor comisario, ya llevaba un tiempo despierto –dijo Ramírez restregándose los ojos con los puños aún con sueño.

-Me alegro, porque tiene que detener a Ken Adams.

-¿Y ese quién es? –preguntó el teniente estupefacto.

-Usted ha metido la pata, pues usted lo arregla, ¿No pretenderá que yo solo me coma el marrón?

-De acuerdo señor comisario, ¿Pero quién es el tal Adams?

-¿Ah, no lo sabe? el tipo que dejo libre esta madrugada y que intento por dos veces agredir a un agente.

-Ah, bueno, ese solo es un pobre hombre desesperado por la desaparición de su esposa.

-¿Un pobre hombre?, ¡Eso se lo cuenta al fiscal del estado!, ¡Y no me explico cómo pudo dejar que se marchara después de agredir a un policía!.

-A Mashizinky no lo llegó a agredir, y además usted sabe que es un bocazas, si le hubiese dado se lo tendría merecido.

-¡Ramírez, déjese de monsergas, quiero a ese hombre detenido y lo quiero ya, porque si no empezaran a rodar cabezas, y le aseguro que no será la mía la que rueda!.

-¿Y de qué le acuso? –dijo Ramírez que no encontraba motivos para ello.

-¡Pues de intento de agresión!, ¡De sospechoso por la desaparición de su esposa!, ¡Yo qué sé!, ¡Invéntese algo hombre, que parece nuevo!

Después de comer, mientras Jared se encargaba de recoger la mesa y fregar los platos, Joanna cogió ilusionada los pinceles y las acuarelas que le compro Jared y se dispuso a pintar en un lienzo, quería hacer todas las cosas que ella hacía antes del accidente, quería ser ella misma, recuperar su vida. Pero no tenía ni idea de

cómo pintar, ni que es lo que tenía que hacer. Joanna miro a su alrededor viendo un bonito jarrón con flores, que coloco en medio de la mesa con la intención de pintarlo, al menos de pegar algunos brochazos en el lienzo, que se asemejara remotamente a lo que estaba viendo, cogiendo los pinceles como una profesional, mezclando los colores con maestría, y dando los trazos justos y

exactos, lo que causó un tremendo asombro en Joanna, que se sentía tremendamente ilusionada; No solo sabía pintar, sino que lo hacía de una manera perfecta, genial.

-¡Richard!, ¡Richard! -gritó Joanna emocionada -¡Ven, corre!, ¡Mira esto! -dijo fuera de sí.

Jared llegó corriendo viendo el cuadro tan perfecto que estaba pintando ella.

-Es precioso cariño –comentó Jared asombrado.

-¡Sé pintar! -dijo entusiasmada -¡Jamás lo hubiera pensado, mira que flores más bonitas estoy pintando! -dijo llena de alegría.

-Ya te lo dije cariño, tu antes solías pintar muy bien, y me encanta ver que vuelves a ser la que eras.

-Gracias –le dijo Joanna dándole un abrazo y un beso en la mejilla a Jared. -¿Y que solía pintar?

-De todo un poco, paisajes, retratos, tenías multitud de cuadros, que lastima que se quemaran todos en el incendio.

-Ven Richard –le dijo Joanna excitada agarrándolo del brazo y llevándolo hacia el sofá donde se sentaron.-Tengo tanto que saber, tantas preguntas que hacerte sobre mi vida.

-Ellen puedes preguntar todo lo que quieras, que yo te responderé.

-Por ejemplo, ¿Yo tengo familia?, quiero decir, además de ti –rectificó Joanna.- ¿Tengo madre, padre, hermanos? No sé.

-No tienes más familia que yo –le dijo Jared –Eres hija única, tu padre murió en un accidente de avión y tu madre murió el año pasado después de una terrible enfermedad.

Al instante el rostro Joanna adquirió una expresión triste, enterarse en aquel momento de la muerte de toda su familia a excepción de Richard, la hacía sentirse especialmente sola y desvalida.

-¿Y de que murió? –le preguntó Joanna con tristeza.

-De cáncer, fue horrible, estuvo sufriendo hasta el último minuto, pero los médicos no pudieron hacer nada para salvarla.

-Tuvo que ser horrible.

-Lo fue, tú cogiste una profunda depresión, menos mal que yo estuve contigo en todo momento a tu lado apoyándote para que no te hundieras.

-Gracias –dijo Joanna.

-¿Por qué?

-Por todo lo que has hecho por mí.

-No hay nada que no hiciera yo por ti –le dijo Jared dándole un beso en la boca que Joanna no devolvió.

Ken se encontraba realmente abatido, pero después de leer la nota de Joanna, si de algo estaba completamente seguro, era de que ella no le había abandonado, ella no se había ido por su voluntad, sino que algo había tenido que ocurrir para que desapareciera, y solo se le ocurrían dos cosas, o un accidente o un secuestro, así que cogió la tarjeta que le había dado el teniente Ramírez en comisaría y se dispuso a llamarlo por teléfono, dando la señal de llamada sin que nadie contestara, cuando el timbre de la puerta comenzó a sonar, sonando varios golpes secos en la puerta.

-¡Policía abra! -se oyeron voces al otro lado de la puerta.

Ken corrió a abrir la puerta de inmediato, estaba ansioso por comunicarle la nueva prueba de que Joanna no se había ido por su propia voluntad.

-Me alegro de veros –dijo Ken al abrir la puerta viendo al teniente Ramírez y otro policía. -Tenéis que ayudarme.

Cuando el agente que acompañaba al teniente, de forma brusca, puso a Ken de cara a la pared, colocándole las esposas por

detrás de la espalda mientras el teniente Ramírez le leía sus derechos.

-Tiene derecho a permanecer en silencio, cualquier cosa que diga podrá ser utilizado en su contra, tiene derecho a un abogado, si no puede pagarlo se le asignara uno de oficio.

-Yo no he hecho nada malo, ¿De qué se me acusa? –Preguntó Ken tan sorprendido -¡En vez de detenerme a mí deberían estar buscando a mi esposa, que puede estar en peligro!

-¿Ah, sí?, ¿Y a que peligros te refieres? –preguntó el agente cacheándole.

-Se le acusa de agresión a un oficial y de la desaparición de su esposa Joanna Adams.

-¿Qué está diciendo?, ¿No lo dirá usted en serio? –dijo Ken indignado y presa de la desesperación.

-Totalmente –le dijo el teniente de manera seca y tajante.

-Mi mujer y yo nos amamos, yo nunca le haría nada malo, y ella me quiere con locura, hace unos minutos me han entregado un coche que ella pensaba haberme regalado ayer, coja ese sobre y lea lo que hay escrito.

-¿Qué hacemos con este pájaro?, ¿Le bajamos ya al coche? –le preguntó el agente al teniente Ramírez.

-Espera un momento, voy a ver el sobre –dijo el teniente cogiendo el sobre y leyendo la nota de Joanna. Ramírez cada vez estaba más convencido de la inocencia de Ken, y en el fondo de su ser le repugnaba realmente tener que actuar de esta forma. –Esto no prueba nada –dijo el teniente. –Lo único que dice es que su mujer lo amaba, pero no explica su desaparición.

-Me ama –recalco Ken en presente –Y yo adoro a mi mujer. ¡Teniente usted sabe que soy inocente, el vehículo de mi esposa también ha desaparecido, encuéntrelo y encontrará a mi esposa, seguro que no se haya muy lejos!, ¡Tiene que ayudarme! -le dijo Ken mientras los policías lo sacaban a empujones de su domicilio para llevarlo a la comisaría donde lo encerraron en el calabozo.

Aquella tarde Joanna estaba contenta por el descubrimiento de que sabía pintar, de recuperar algo de su pasado que le ayudara un poco a conocerse mejor a sí misma.

-¿Te apetece comer? –Le preguntó Jared –Tengo en la cocina todos los ingredientes para hacerte una hamburguesa súper, con lechuga, tomate, cebolla y pepinillos.

-Déjame a mi Richard, quiero saber si también se cocinar. Me imagino que sí ¿No? –le preguntó a Jared.

-Cocinas de maravilla, te sale todo riquísimo.

-Me alegro –dijo Joanna disponiéndose a hacer las hamburguesas a la plancha, las cuales se le quemaron bastante, tomando un color algo oscuro.-Creo que no soy muy buena cocinera –dijo Joanna sonriendo –Espero que te gusten las hamburguesas, muy, muy hechas –le dijo mientras las servía en la mesa, conversando con Richard.-Richard háblame de nosotros, ¿Cómo nos conocimos?

-Fue en el instituto, en el baile de graduación, fue un momento muy romántico, tu apareciste con unas amigas vistiendo un bonito vestido azul cuando nos presentaron, y yo vestía una chaqueta blanca y una corbata rosa, en ese momento surgió un flechazo, y en ese instante supimos que seríamos el uno para el otro, yo para ti y tú para mí.

-Tuvo que ser muy bonito –dijo Joanna.

-Lo fue –contestó Jared tajante. Al cabo de un rato de charla, en el salón de la casa, cerca de las once de la noche cuando decidieron irse a dormir, Joanna estaba intranquila, no le apetecía para nada irse a la cama con un extraño, que aunque fuese su marido era como si lo acabara de conocer, pero por otro lado, no quería ponerle a Richard las cosas más difíciles, bastante estaba sufriendo ya de

verla con pérdida de memoria, como para decirle que se acostara en el sofá. Ya en la cama, Joanna se volvió hacia el lado contrario a Richard para dormirse, cuando noto como el cuerpo de Jared se acercaba a ella, echándole un brazo por lo alto a la altura

de los pechos, que Joanna se apresuró a coger con su mano y retirarlo de ella.

-Perdona Richard, pero me tienes que dar más tiempo, apenas si hace un día que te conozco.

Richard se sintió furioso y con unas irrefrenables deseos de poseerla, de violarla a la fuerza, pero logró contenerse, sabía que Joanna estaba más confiada en él, y que poseerla solo sería cuestión de tiempo, poseerla con su consentimiento, entregándose a él por completo.

Aquella noche Joanna tuvo un extraño sueño, en el que veía el torso desnudo de un hombre apuesto, con una bonita melena negra, con una espalda fuerte y musculosa, en la que se podía ver todos sus músculos, al mismo tiempo que ella iba sintiendo por él un arrebatador deseo, deseo de tocarlo con sus manos, de besar su piel morena, tostada por el sol, de acariciarlo con pasión, sintiéndose cada vez más excitada. No lograba ver su cara, aunque sabía que era un joven apuesto y fuerte y al que no se podía resistir, deseándolo con todas sus fuerzas, lamiendo su musculosa espalda, besándola desde el cuello hasta sus glúteos, implorándole que le hiciera el amor con pasión y fuerza una y otra vez, haciéndola suya por completo. Cuando Joanna comenzó a revolverse en la cama, lanzando algunos gemidos, dando finalmente un pequeño grito que no pudo evitar y que llegó a despertar a Jared.

-Ellen, despierta, ¿Te pasa algo? –le preguntó Jared al oír el grito que ella había dado segundos antes, lo que hizo que al despertar y recordar su sueño, Joanna se ruborizase –¿Por qué has gritado?

-No es nada –dijo Joanna –Creo que he tenido una pesadilla –dijo intentando disimular, mientras volvía a intentar dormir de nuevo con la esperanza de seguir soñando, de seguir sintiendo las caricias y los besos de ese hombre sin rostro que la excitaba solo con mirarlo.

Sentado en aquel calabozo, Ken se sentía solo y hundido. Estaba desesperado por buscar a su esposa, sabiendo que ella podía estar en peligro y que el tiempo que estaba perdiendo era crucial, y sintiéndose abandonado sin nadie que le hiciera caso, sin nadie que quisiera ayudarlo. Ken pensó que en realidad estaba viviendo una pesadilla horrible de la que en cualquier momento despertaría y encontraría a Joanna como siempre entre sus brazos. La echaba tanto de menos, la necesitaba tanto, que el no tenerla a su lado en estos momentos le parecía un castigo cruel del destino.

-Tengo derecho a hacer una llamada, quiero llamar a mi abogado –dijo Ken desde su celda, después de que le hubieran requisado su teléfono móvil, logrando llamar a su hermano al que le contó todo lo ocurrido, y al que le dijo que se dirigiera a su empresa

y comunicara todo lo que había pasado a Tom, para que este mandara al abogado de la empresa de inmediato para ayudarlo.

-Ken, yo también voy a ir a comisaria, no te preocupes, te sacaremos pronto de allí.

-No Ben, han dicho que voy a estar 24 horas incomunicado, solo puede venir mi abogado.-le dijo Ken, cuando un agente se acercó a él colgándole el teléfono.

-Ya ha pasado tu tiempo, vuelve a la celda –le dijo en tono seco.

En la oficina del comisario Thompson se encontraba el teniente Ramírez hablando con él.

-Comisario, ese tipo es inocente, yo pienso que deberíamos estar ayudando a buscar a su esposa en vez de encerrarlo.

-A ti no te pagan por pensar, sino por cumplir órdenes, y la orden que tienes es hacerle hablar hasta que cante.

-Señor Thompson, la ciudad está llena de delincuentes que detener y delitos por investigar, yo no ingrese en la policía para fastidiarle la vida a una persona solo porque se le antoje al fiscal general del estado, yo no soy títere de nadie.

-Teniente Ramírez –dijo el comisario en tono enfadado –Si te niegas a hacer el trabajo que te ordené ya me puedes devolver tu placa.

El teniente en un arrebato se echó mano a la placa para ponerla sobre la mesa, pero pensó en su mujer y en la niña de año y medio que ambos tenían y abandonó la idea.

-Estas cosas me hacen vomitar –murmuró Ramírez entre dientes saliendo de la oficina.

El teniente Ramírez se dirigió a la detective Randolph, una mujer de color de unos 30 años que se encargaba de las personas desaparecidas.

-Quiero que se inicie la búsqueda de una persona desaparecida –Le dijo el teniente. –Joanna Adams, blanca de veinticuatro años, uno setenta y ocho de estatura, pelirroja, ojos verdes, se cree que cuando desapareció conducía su coche, un descapotable rojo, marca mercedes, matrícula de Nueva York ADL 4681, pásate luego por mi despacho y te daré más datos –le dijo el teniente mientras se dirigía a ver a Ken.

-Abra la puerta, vengo a interrogar al sospechoso –le dijo Ramírez al agente que custodiaba el calabozo.

Ken que se encontraba sentado en un rincón de la litera que había en la celda, tan abatido, dio un salto al ver al teniente Ramírez.

-¿Se sabe algo de mi mujer?, ¿La estáis buscando?

-Estamos poniendo todos los medios disponibles para encontrarla y no tenga duda de que la encontraremos.

-¿Y por qué me retienen aquí?, yo soy inocente, y debería estar buscándola. Si la han secuestrado por dinero, quizás el secuestrador intente contactar conmigo para pedir un rescate, necesito que me deje libre.

-¿Y tanto dinero tienes como para que secuestren a tu mujer para pedir un rescate?, Tengo entendido que estás sin blanca.

-Yo no, pero su madre posee una gran fortuna, y mi esposa recibió varios millones de dólares como parte de la herencia de su padre.

-¡Ahora nos vamos entendiendo!, ¡La que tiene dinero es tu mujer!, ¡Tú eres un muerto de hambre acosado por las deudas, que tuvo que pagarle treinta y cinco mil dólares a su socio por sus acciones, hipotecando tu casa, y que no tienes donde caerte muerto. Que le debes trescientos mil dólares a tus acreedores, y que no puedes pagar porque el comprador del último edificio que habéis construido se ha echado atrás.

Ken estaba desorientado, no sabía a qué venía esto ahora.

-No sé a dónde quiere ir a parar con esto –le dijo Ken –Pero le digo una cosa, conmigo se equivoca.

-¡Estoy equivocado! -le dijo el teniente intentando hacerle perder los nervios.-¡Entonces no es verdad que tu mujer tiene un seguro de vida de un millón de dólares y que tu serías el único beneficiario en caso de fallecimiento!

-¡Usted está loco!, ¡No sabe lo que está diciendo!

-¡Sí!, lo sé!, ¡Tú has matado a tu esposa!, ¡Ya te has cansado de aguantar a la niña rica que no te daba todo lo que tú querías y decidiste quitárselo para gastártelo por ahí con alguna furcia! -le dijo el teniente a Kent, el cual se dirigió al teniente para darle un puñetazo, que logró esquivar, agarrando a Ken del brazo y empujándole contra la pared inmovilizándolo.

-¡Es usted un cabrón!-dijo Ken.-¡Jamás haría daño a Joanna!

-Señor Adams, no se lo tome como algo personal –le dijo Ramírez, que cada vez estaba más convencido de la inocencia de Ken –Han tomado las huellas de la lámpara tirada en el suelo, del vaso de whisky y de los trozos de la figurita de porcelana rota que ya han enviado al laboratorio, en cuanto sepamos algo se lo comunicaremos.

-Deje de agredir de inmediato a mi cliente –le dijo una voz al otro lado de la puerta de la celda.

-Se equivoca letrado, él ha sido el que ha intentado agredirme a mí, y gracias que no pongo una denuncia en su contra- dijo el teniente.

-Sabe que un interrogatorio practicado con violencia es anticonstitucional .Mi cliente es inocente y exijo su inmediata puesta en libertad, así como el conocimiento de los cargos de los que se le acusa.

-Hable con el comisario, seguro que él le informara de todo mejor que yo –le dijo Ramírez con desdén. –Y ahora tiene treinta minutos para hablar con el detenido trascurridos los cuales tendrá que venir mañana.

Ken le explicó a su abogado todo lo acontecido, y trascurridos los treinta minutos, tuvo que marcharse como le había advertido la policía.

-Ken ánimo –le dijo su abogado –Todo esto se solucionara muy pronto, no pueden mantenerte detenido más tiempo sin pruebas, no te preocupes.

-Yo no me preocupo por mí, sino por Joanna, quiero que aparezca, sé que puede estar en peligro. –dijo Ken. Tras lo cual se volvió a quedar de nuevo solo y a oscuras en su celda, sentándose en un rincón de la cama, pensando en donde estaría Joanna, y

disponiéndose a pasar otra noche de angustia sin tener a su lado a la mujer que amaba.

RICHARD

A la mañana siguiente Joanna se despertó sintiendo aún sobre su cuerpo las sensaciones que había vivido durante el sueño, y después del desayuno cogió un cuaderno de dibujo y unos lápices, y se dispuso a dibujar a aquel tipo del sueño, que sin verle la cara, la había hecho vibrar.

Joanna pintó varias láminas, en las que fue trazando lo único de él que había visto en el sueño, su musculosa espalda, tratando de recordar cada detalle, y tratando de comprender el por qué esa imagen la excitaba tanto, cuando Jared se acercó a ella observando sus dibujos.

-¿Qué haces? –le preguntó intrigado.

-Estoy dibujando un poco de anatomía –le dijo ella quitándole importancia.

-¿Por qué no me haces un retrato?, me gustaría tener un retrato tuyo para tener plasmado como me ves.

-¿Nunca te he hecho un retrato? –le preguntó Joanna.

-Sí, me hiciste varios, pero se quemaron todos en el incendio, con una lámina como esa dibujada a lápiz me serviría.

Joanna se dispuso a dibujarlo con una perfección y maestría exquisita en sus trazos y en poco tiempo lo tenía terminado.

-Ahora me lo tendrás que firmar –le dijo Jared en tono insinuante. Firmándolo Joanna con el lápiz de inmediato.

-No, así no –le dijo Jared acercándole una barra de labios roja. –Retócate

los labios y le das un beso al papel, así sabré lo mucho que me quieres.

Joanna beso el retrato quedándose grabada la marca de sus labios.

-Ahora bésame a mí –le dijo Jared aproximándose a ella mientras acercaba su boca a la de Joanna con irrefrenable deseo, besándola en la boca, retirándose ella de él instintivamente.

-Perdóname Richard, no siento nada por ti –le dijo Joanna rechazándolo, lo que provocó la irritación de Jared, qué impulsivamente la besaba sin descanso mientras la sujetaba fuertemente con sus brazos, mientras ella se resistía, tumbándola sobre el sofá y dejando caer su cuerpo sobre ella que intentaba inútilmente liberarse.

-¡Tú eres mi mujer!, ¡Me perteneces! -le dijo mientras sus manos recorrían sus pechos y su entrepierna, al tiempo que ella impotente por no poderse mover le dio un mordisco en la oreja, la cual empezó a sangrar, retirándose de Joanna la cual se levantó del sofá rápidamente -¡Me has mordido! -gritó Jared llevándose una mano hacia su oreja, mientras que con la otra le dio un fuerte bofetón a Joanna, que la hizo caer nuevamente en el sofá, tras lo

cual la joven salió corriendo hacia su habitación poniéndose a llorar sobre la cama.

Ben quedó con Tom a primera hora de la mañana en la empresa para organizar de qué manera podían ayudar a Ken.

-Ven conmigo –le dijo Tom al hermano de su amigo en un momento de la reunión, levantándose ambos de la mesa. –Hay un tipo que nos puede ayudar –le dijo Tom saliendo de la oficina, en dirección al ayuntamiento, donde se dirigieron al despacho del alcalde, donde los recibió su secretaria.

-Lo siento pero el alcalde no puede recibir a nadie sin cita previa ¿Tienen ustedes cita? –les preguntó la secretaria.

-Sí, se trata de un asunto de vida o muerte que tiene que resolver el alcalde de inmediato –Le dijo Tom a la secretaria que ya lo conocía de otras veces de haber acudido a su despacho - La vida de una persona está en peligro –le dijo Tom muy

serio mirándola fijamente a los ojos. Quedando la secretaria ligeramente desconcertada, por lo que acababa de escuchar, llamando por el teléfono interior al alcalde.

-Señor alcalde, está aquí, Tom de la empresa Adams y compañía, dice que es un asunto de vida o muerte que le incumbe a usted.

-Dígale que pase –le dijo el alcalde al otro lado de la línea.

Al tiempo que Tom y Ben entraban en el despacho, poniéndole al tanto de todo lo ocurrido y de cómo, después del sufrimiento de haber perdido a su esposa, la policía mantenía a Ken detenido en el calabozo sin ningún motivo ni prueba para ello. El alcalde quedó bastante impresionado por la historia y por tratarse de Ken, un hombre honrado al que él había tratado varias veces, por lo que inmediatamente llamó al comisario para expresarle su malestar e indignación por mantener en el calabozo a un hombre inocente sin pruebas inculpatorias en su contra.

-¡Quiero a ese hombre libre de inmediato! ¿Me ha entendido? –Le dijo al comisario –Y que le preste toda su colaboración para encontrar a su esposa. Si llegan a poner una demanda millonaria a la policía de Nueva York por los daños ocasionados, le aseguro que se lo descontaré del sueldo hasta el último céntimo, y si esto llega a la prensa y me cuesta no salir reelegido como alcalde, le pateare el culo hasta que llegemos a Florida, y de un puntapié lo mandare al mar del Caribe, ¿Me ha entendido?, ¡Quiero resultados ya!

-Lo he entendido perfectamente –dijo el comisario, que acto seguido colgó el teléfono y se dispuso a llamar a casa del teniente Ramírez, que en esta ocasión, se acababa de despertar en el cama con su esposa y estaban manteniendo un “momento romántico” cuando el teléfono comenzó a sonar.

-Sigue Carlos, sigue –le decía su esposa con pasión mientras el teléfono no dejaba de sonar.

-Está sonando el teléfono –le dijo su marido con voz entrecortada.

-¡Sigue por favor, no te pares, ahora no! -le dijo su esposa que intentaba agarrar a su marido como podía, mientras el teléfono seguía sonando.

-Puede ser de la comisaria, algo urgente –dijo Carlos con voz jadeante –Se habrá producido un crimen.

-¡Al diablo la policía! -dijo la esposa mientras lanzaba unos gemidos de placer, cuando su marido de un salto se levantó de la cama cogiendo el teléfono, provocando el malestar de su esposa. -¡Esto no te lo perdono Carlos! -le dijo medio en broma medio en serio, mientras se tapaba con la sabana su cuerpo desnudo.

-Teniente Ramírez, dígame –contestó al coger el teléfono.

-Soy el comisario.

-Dígame, ¿Qué ha pasado?-preguntó Ramírez creyendo que algo grave había ocurrido.

-Usted sigue llevando el caso de Ken Adams, ¿No es así?. Pues he dado la orden para que lo liberen de inmediato. Hay novedades sobre el caso, el chico es inocente y quiero que demuestre su inocencia inmediatamente en una investigación, y que ponga

todos los medios para encontrar a su esposa. Este es un caso preferente -le dijo el comisario.

-¿Un caso preferente? –Preguntó el teniente extrañado –Con la multitud de crímenes y delitos que tenemos en espera sobre la mesa y resulta que este tiene preferencia. Con todos los respetos señor comisario me parece a mí que alguien ha perdido la cabeza.

-¡La cabeza la perderás tú, si no haces exactamente lo que te he dicho!, ¡Quiero resultados y los quiero ya!

Después de permanecer un buen rato llorando, sobre la cama. Jared se acercó sentándose junto a ella, acariciándole la cabeza suavemente.

-Por favor cariño, perdóname –dijo Jared –No sé lo que me ha pasado, tú sabes que yo no soy así, me habré vuelto loco sin saber lo que hacía, vamos Ellen, levanta de ahí y sécate esas lagrimas –le dijo entregándole un pañuelo.-Tú me conoces bien y sabes que siempre te he tratado con respeto.

-Ese es el problema –dijo Joanna. -Que yo no te conozco, no sé nada de ti, y aunque me dices que eres mi esposo, para mí solo eres un extraño –dijo la joven secándose las lágrimas.

-Te comprendo cariño mío, debe de ser muy duro perder la memoria de esa manera, te prometo que tendré más cuidado y te respetaré siempre amor mío. De hecho, mañana partimos a Bahrein para construir un hotel para el sultán, y allí vivirás como una reina, y dormiremos en habitaciones separadas si tú quieres, para que veas que te respeto. Estas últimas palabras de Jared, hicieron sentirse mal a Joanna, en realidad ella no quería esto, lo único que quería era recuperar su vida, sus recuerdos, su marido y ser la de siempre, deseaba con todas sus fuerzas volver a amar a su marido, a recordarle y sentir algo por él y poder disfrutar de su amor como una pareja normal, y se sentía culpable por no conseguirlo.

-¿Entonces me perdonas? –le preguntó Jared cogiéndola de las manos con cariño.

-Sí –dijo ella secamente.

-¿Olvidamos lo ocurrido y pelillos a la mar? –volvió a preguntar en tono de buen humor.

-Bueno –dijo Joanna esbozando una sonrisa.

-Pero reconoce que tú también has tenido parte de culpa –le dijo Jared. – Primero me provocas poniéndote tan insinuante, tan cerca de mi boca, tan sexy y tan irresistible y luego me rechazas, ¿Tú sabes lo que duele eso?, para un marido amoroso como yo, eso duele más que si le pegaran un tiro.

-Perdóname Richard, lo siento, yo no te quería rechazar, solo ha sido un acto reflejo.

-Prométeme que intentarás ser más cariñosa conmigo.

-Yo lo intento Richard, pero no me sale, necesito ayuda.

-No te preocupes –le dijo Jared acurrucándola en sus brazos. –Yo te ayudaré.

Cuando Ramírez llegó a la comisaria se encontró a Ken junto a Mashizinky que le estaba devolviendo sus pertenencias antes de que se marchase.

-Mire amigo -le dijo Mashizinky mientras le daba sus pertenencias –Cuando salga de aquí hágame un favor y no vuelva. Hay muchos sitios para ir en el mundo aparte de este, no aparezca más por aquí.

-Por aquí vendré las veces que sea necesario hasta que encuentre a mi esposa –le dijo Ken con voz firme.

-Adams –le llamó el teniente Ramírez acercándose a él –Espere, tengo que decirle una cosa.

-Usted dirá –dijo Ken.

-Cuando estuve interrogándole ayer, quizás mis palabras no fueron políticamente correctas, espero que me disculpe, solo intentaba averiguar algo cumpliendo con mi deber.

-No tiene que disculparse teniente, solo espero que siga cumpliendo con su deber hasta que mi esposa aparezca sana y salva.

-Lo haré, no tenga duda. Quería comentarle también el resultado de las pruebas del laboratorio, las huellas que se encontraron en los tiestos de porcelana y en la lámpara son solo de su esposa.

-¿Y el vaso de whisky? –preguntó Ken ansioso.

-Las huellas son de otra persona, evidentemente, aquella tarde estuvo acompañada de otra persona. Lo malo es que esas huellas no aparecen en el registro de datos, el que fuera que sea no está fichado por la policía. Márchese a su casa y descanse un poco, me han comentado que esta noche apenas si ha dormido en la celda. Si averiguamos algo lo mantendremos informado –terminó diciendo el teniente despidiéndose de Ken y estrechándole la mano.

Al salir de la sala, Ken se encontró con su hermano Ben y su amigo Tom que lo estaban esperando, dándose un fuerte abrazo.

-Por fin estás libre hermanito y ha sido gracias a Tom.

-Bueno, a mí y a nuestro querido alcalde.

-Sois geniales –les dijo Ken abrazándoles de nuevo y saliendo fuera de la comisaria, donde se encontraron subiendo las escaleras de la misma a su abogado Paul Anderson que no esperaba verlo libre tan pronto, recibiendo una grata sorpresa, dándole un fuerte abrazo a Ken.

-Pues ya que estamos todos, creo que podemos ir a casa de Ken, para que se lave un poco y descanse y nosotros podamos pensar en lo que vamos a hacer para ayudarle –dijo Ben con su natural desparpajo.

-Yo no pienso descansar hasta la noche, así que vamos, no hay tiempo que perder - dijo Ken contento de estar por fin en la calle para seguir buscando a Joanna de la que no podía dejar de pensar en ningún momento, angustiado sin saber que le había podido pasar.

Al llegar al apartamento de Ken, Ben era un poco el que llevaba la batuta de la reunión y con su habitual optimismo, intentaba dar moral a los integrantes del grupo y muy especialmente a su hermano al que trataba que no se hundiese y tuviese el ánimo necesario como para buscar a Joanna sin descanso hasta que apareciera.

-Analicemos la situación, tenemos el elemento positivo de que la policía ha iniciado la búsqueda de Joanna, aunque yo creo que podíamos contratar también a un detective privado, Peter O'Neill,

es uno de los mejores en esto y tiene experiencia en la búsqueda de personas desaparecidas. Ahora cogeré una foto de Joanna y me dirigiré a su despacho, y cuando salga le haré fotocopias a la foto con un número de teléfono de contacto y empapelare la ciudad con su foto –dijo Ben.

-Esa es una buena idea –dijo Tom.

-Incluso podíamos poner una recompensa por alguna pista, yo que sé –dijo Ken que tenía la mente ya cansada de estar ya dos días casi sin dormir –De dos o tres mil dólares.

-Me parece estupendo –dijo Paul Anderson –Pero tenéis que estar preparados para ello, si ponéis una recompensa llamaran mucha gente dando pistas

falsas, solo para cobrar, y lo que es peor aunque parezca mentira, llamará mucha gente sin escrúpulos solo para burlarse, sin importarle el dolor que estáis pasando.

-Sí, pero algo hay que hacer, no podemos quedarnos con los brazos cruzados –dijo Ken en el momento que sonó el timbre de la puerta, que fue a abrir de inmediato, siempre con la ilusión de que fuera Joanna ya de vuelta a casa.

-Ken, hijo mío –dijo su madre abrazándolo al abrir él la puerta –Ben me dijo que te había detenido la policía y que te acaban de soltar.

-Pasa mamá –le dijo Ken después de abrazar a su madre, sintiendo que en esos momentos necesitaba el cariño de su familia.

-Ya sabía yo que esta chica te iba a meter en la cárcel.

Ken miró a su madre algo indignado, con lo dolorido que tenía el corazón, este tipo de comentarios era lo que menos necesitaba en estos momentos. –Mira mamá, ya conoces a mi abogado y a Tom, estamos tratando de organizarnos para encontrar a Joanna.

-Deberías buscar bien por los bares y clubes de carretera y eso, a lo mejor está allí.

-Mamá ya está bien –le dijo Ken de manera cortante.

-Yo lo digo porque allí se mueven muchas personas –le dijo Ángela.

-Mira mamá, ahora estamos tratando de concentrarnos para iniciar la búsqueda –le dijo Ken mientras acompañaba a su madre a la puerta –Así que nos disculpas –le dijo a su madre abriéndole la puerta del apartamento para que saliera.-Ya te llamaré si averiguamos algo –le dijo mientras su madre salía y Ken cerraba la puerta.

El teléfono no dejaba de sonar, las amigas de Joanna, los amigos de Ken, todos interesándose por lo ocurrido y ofreciendo su ayuda para encontrarla.

-Vamos Ellen, no hace falta que eches más ropa en la maleta, allí en Bahréin

te compraré todo lo que te haga falta –le dijo Jared.

-Solo he echado lo imprescindible –le contestó Joanna intentando cerrar la maleta.

-Déjame ver –dijo Jared mirando la maleta. –Esta chaqueta allí no te servirá –le dijo sacándola de la maleta –Recuerda que vamos al desierto, y allí las temperaturas son altas.

-Es que es muy elegante –protestó ella.

-Yo te comprare allí toda la ropa elegante que quieras –le dijo mientras la tomaba por los hombros y le daba un beso en la frente, tras lo cual, Joanna se dispuso a coger el maletín de pinturas y el cuaderno de dibujo que Jared le había regalado.

-Deja eso, allí podemos comprar más –le dijo Jared intentando convencerla.

-Esto ira donde yo vaya –le dijo Joanna que no estaba dispuesta a dejar atrás, el único vínculo que había encontrado con su pasado.

Al llegar a la terminal del aeropuerto, Jared y Joanna se dirigieron a la pista siete, donde le estaba esperando el avión particular del sultán. Cuando Jared vio un cartel pegado en el

aeropuerto con la foto de Joanna, y al instante trató de que ella no lo viera.

-Ellen, toma -le dijo dándole dinero –Compra allí dos bocadillos, de los que tú escojas –le dijo Jared intentando alejarla de la foto de Joanna, sobre la cual ponía en letras grandes;

DESAPARECIDA, y bajo la foto 3.000 dólares de recompensa por una pista, y los teléfonos de Ken y de la policía.

-Mira –dijo Joanna –Los he comprado de lomo con salsa y lechuga, ¿Te gusta?- le preguntó con los bocadillos en la mano.

-Sí, riquísimos –dijo Jared alejándola de allí. –Vamos directamente a la pista siete, donde nos espera el avión.

Cuando llegaron a la pista siete, el avión del sultán esperaba listo para despegar, y un tipo enorme con traje negro y gafas oscuras le esperaba al pie del avión.

-Soy Alí Ahmayet, el hombre de confianza del sultán, para llevarle a Bahréin, no me dijeron que traería compañía.

-Sí, es mi esposa, ¿No hay ningún problema, no?-En absoluto –dijo aquel tipo que al volver la cara hacia Joanna para subir al

avión, vio que era idéntica a la chica del cartel que había visto horas antes en el aeropuerto.

-Richard, ¿Qué hacemos con los bocadillos? –le preguntó Joanna con una sonrisa, quien se sentía en una situación embarazosa, dentro de un avión con tanto lujo y ella con dos bocadillos de lomo en las manos.

-Lo que tú quieras cariño –le dijo Jared mientras ponía bien su equipaje –Si tienes hambre te lo puedes comer, o esperar a que despeguemos –le dijo. Mientras tanto Alí permanecía callado, observando como ambos se trataban, como si fueran un matrimonio, parecía que la chica no viajaba en contra de su voluntad, pero sin embargo, el que apareciera en el cartel el teléfono de la policía, indicaba que el asunto era serio, y al descartar que la chica estuviese siendo víctima de un secuestro en contra de su voluntad, Alí barajaba en la cabeza que en realidad se tratase de una fuga por adulterio, siendo la joven buscada por el marido cornudo.

-Me acompaña un momento -le dijo Alí ahmayet a Jared, al que llevó hacia la cabina. –Esta chica está siendo buscada por la policía –le dijo Alí en tono muy serio.

-Ella es mi esposa, creo que se equivoca –le dijo Jared intentando quitar importancia.

-Le voy a decir lo que yo creo –le dijo Alí un tanto disgustado. –Creo que esta chica se ha fugado con usted, mientras su familia, sus padres o su marido la están buscando desesperados.

-Esto es inaudito, ella es mi esposa –dijo Jared simulando estar molesto.

-Mire usted –le dijo Alí en tono autoritario –La única razón por la que no llamo inmediatamente a la policía, es porque no quiero mezclar al Sultán en nada que tenga que ver con este asunto, así que coja a la chica y bajáis inmediatamente del avión.

-Ella no es una adúltera –dijo Jared sabiendo que en ese país el adulterio es un delito.-Me la llevo conmigo como mi esclava, eso no es delito contra el Islam.

-Usted está completamente loco, un delito contra el Islam es la injusticia, porque de Alah mana la justicia, la libertad y el amor. Baja ahora mismo de mi avión, si no quieres que te saque yo mismo a patadas. –le dijo Alí, tras lo cual Jared y Joanna bajaron del avión. Jared quedó desconcertado, sin saber qué hacer, maldiciendo a Ken y a su idea de poner la foto de Joanna en el aeropuerto, seguro que la estaba buscando por todo Nueva York, haciendo que él no pudiera llevar a cabo sus planes de ir a Bahrein, como había planeado, y tan poco podía quedarse en Nueva York, que seguro estaría lleno de carteles con la foto de Joanna. Cuando recordó la casa que habían construido en Los Ángeles para un empresario Tailandés, y que todavía estaba sin ocupar.

-¿Qué ha pasado, porque hemos bajado del avión? –le preguntó Joanna extrañada.

-El Sultán se ha echado atrás en el proyecto del hotel, pero no te preocupes, en Los Ángeles tengo que realizar unos trabajos importantes, cogeremos el primer avión que salga para allá, donde viviremos en una bonita casa que yo mismo construí.

Ese día había sido agotador para Ken, que tras dos noches sin dormir se encontraba exhausto. Después de haber ido a contratar al detective privado Peter O'Neill. Se había dedicado junto con su hermano y un numeroso grupo de amigos, a distribuir fotos de Joanna por toda la ciudad, especialmente en lugares estratégicos. Sobre las doce de la noche, Ken volvió al apartamento, volviéndose a encontrar solo y vencido por el cansancio, decidiendo irse a la cama a descansar un

poco. Le resultaba duro tener que acostarse solo en la cama sin la compañía y las risas de Joanna, y observó por un rato la oscuridad de la habitación, y el terrible silencio que casi no le dejaba coger el sueño, hasta que poco a poco, vencido por el cansancio, se quedó completamente dormido, cuando a eso de las tres de la madrugada despertó sobresaltado sin motivo, sentándose en un lado de la cama. Encendió la lámpara que había en la mesilla de noche viendo la foto que se hicieron en Venecia, en la que estaban montados en una góndola y en la que los dos aparecían felices, y Joanna sonreía dándole un beso.

-¡Joanna!, ¡Cuánto te echo de menos! -dijo Ken mientras sostenía la cabeza entre sus manos, echándose a llorar como un niño sin consuelo. Él, que en estos días había sentido su angustia sin poder derramar sus lágrimas, al verla allí en la foto, no pudo contenerse, desahogando todo su dolor.

Joanna y Jared, llegaron de madrugada a su casa de Los Ángeles. Era una preciosa casita unifamiliar de dos plantas, con una amplia terraza en el dormitorio de matrimonio desde la que se veía el mar. Tras soltar el equipaje, Jared le dijo a Joanna que ocupara el dormitorio de matrimonio, y que él dormiría en el de invitados. Joanna se sentía un poco culpable de tener a su marido en esta situación, pero le agradecía el gesto. –En el fondo es una persona muy buena –pensó-No creo que tarde mucho en volver a enamorarme de él.

A la mañana siguiente, Joanna se levantó temprano solo para mirar toda la casa, que le pareció preciosa.

-Ellen, vístete –le dijo Jared –Que vamos a ir a desayunar fuera y nos traeremos algunas provisiones para llenar el frigorífico.

A Joanna le pareció fantástico, el poder empezar a funcionar como una familia, ir a por la compra, empezar a rehacer su vida.

Ese mismo día Ken y Ben se encontraban en el apartamento desayunando

antes de empezar un nuevo día de búsqueda .Ben se encontraba animado por la cantidad de cosas que se le habían ocurrido para buscar a Joanna y trataba de transmitirle ese animo a su hermano, cuando sonó el timbre de la puerta, haciendo que Ken se levantara como un resorte para abrirla.

-Buenos días teniente Ramírez, ¿Qué le trae por aquí?, pase –le dijo Ken al verlo en la puerta.

-Buenos días señor Adams –le dijo el teniente entrando en el apartamento. – Le dije que lo mantendría informado de las novedades que pudiera haber en el caso.

-¿Se sabe algo acerca de mi mujer? –preguntó Ken ansioso.

-Hay testigos que dicen que vieron a su mujer con un tipo que seguramente fuera una tercera persona en vuestra relación.

-¿Insinúa que mi mujer tenía un amante? –preguntó Ken indignado.

-Dedúzcalo usted –según testigos, cuando su mujer se marchaba en su coche, un hombre le dirigía palabras cariñosas, como nuestro amor debe triunfar, somos el uno para el otro o te quiero mucho. El meter en la investigación a un amante, hace que el caso de un vuelco, o bien se marchó con él, o bien le implicaría a usted en un delito motivado por los celos.

-¡O bien era un loco, que estaba obsesionado con mi mujer y decidió secuestrarla!, ¡Teniente mi mujer no tenía ningún amante nada más que yo, y ahora mismo algún loco la tiene secuestrada sin saber el peligro que estará corriendo en estos momentos.-dijo Ken irritado.

En ese momento el móvil del teniente comenzó a sonar, al cual respondió de inmediato escuchando unos momentos lo que le decían –De acuerdo, voy para allá – dijo el teniente colgando el teléfono. Mientras volvía a mirar a Ken –Han encontrado una grúa que dicen que traslado el coche de su mujer después de un accidente.

-¿Saben si mi mujer está bien? –preguntó Ken preocupado.

-Por lo visto no había nadie cuando recogieron el vehículo, pero sabemos el domicilio donde lo llevaron –le dijo el teniente saliendo apresuradamente.

-¡Teniente!, espere, voy con usted –le dijo Ken al tiempo que salía hacia la

calle junto al teniente.

Cuando llegaron a la dirección indicada, el lugar estaba lleno de policías que salieron a su encuentro.

-Teniente es el coche de la desaparecida –le dijo uno de los policías –Están tomado las huellas, del coche y de la casa –les dijo

mientras los dirigía hacia el garaje donde los policías se afanaban tomando huellas.

-¿Qué han encontrado? –preguntó el teniente, mientras junto a Ken se acercaba al coche comprobando el enorme bollo en la delantera del vehículo, provocado sin ninguna duda por un fuerte impacto.

-Hemos encontrado restos de hojas, seguramente chocó contra un árbol, y hay restos de sangre en el volante y en el asiento –dijo el policía.

-¿Sangre de Joanna? –preguntó Ken desesperado.

-AB positivo –dijo el policía.

-Es Joanna –musito Ken.

-¡Teniente! -le llamó un policía que salía de la casa.-Hemos encontrado ropa de mujer y unas vendas con restos de sangre –le dijo mientras los conducía a la casa. Donde les mostró la ropa y unas vendas con sangre.

-¿Reconoce algo? –le preguntó el teniente a Ken.

-Es la ropa de mi mujer –le contestó Ken.

-Cuando hemos llegado no había nadie, pero hemos encontrado alcohol, vendas y varios medicamentos, sobre todo calmantes y somníferos –les conto el policía. -¡Hijo de puta! –

exclamó Ken furioso, al ver los fuertes somníferos que les mostraba el agente -¡La ha mantenido aquí herida y drogada!.

-Al menos sabemos que está viva –intento tranquilizarlo el teniente.

Varios días después, Jared se sentía más tranquilo en Los Ángeles, allí no había peligro de que Ken los encontrara, también Joanna se sentía más, intentando seguir con su vida, al tiempo que seguía anhelando recordar su vida anterior con todas sus fuerzas. Jared se sentía triunfador, había logrado lo que quería, desplazar a Ken de la vida de Joanna y ocupar su sitio en el matrimonio, viviendo una vida de casados felices. Joanna que aún cómoda seguía sin recordar nada de su memoria, le trataba con cariño, e intentaba complacerle en todo, como haría una buena esposa, aunque Jared no conseguía que Joanna se diera a él en el amor, cada vez que él lo intentaba, Joanna le suplicaba que le diera tiempo.

-Ellen, me alegro de verte tan pletórica por las mañanas –le dijo Jared mientras se sentaba con ella a desayunar, al haber estado oyéndola cantar en el baño mientras se arreglaba.

-Es una canción antigua, ¿Puedes creerlo?, recuerdo una música de los noventa y no recuerdo el día del accidente.

-Ya lo recordarás cariño, lo importante es que tú y yo nos queremos, y que estaremos juntos toda la vida –dijo Jared –Por

cierto, hoy has tenido otra vez otra de tus pesadillas, te oí chillar en la cama.

-Sí–dijo Joanna un tanto ruborizada, al recordar el excitante sueño que había tenido esa noche. –Creo que fue una pesadilla horrible –dijo intentando disimular. –A lo mejor debería ir a un médico, ¿No crees? A un siquiatra o a un psicólogo, para que me dijera qué quieren decir los sueños, y sobre todo que me hiciera recordar mi pasado.

-Eso por encima de mi cadáver –contestó tajante Jared –Tú no tienes que ir a ningún matasanos, ni a ningún loquero, lo único que tienes que recordar es que yo te amo y que estaremos siempre juntos.

Joanna no quería contrariar a Jared, pero esa noche, por fin había visto la cara del tipo que la excitaba tanto en sus sueños. Ya no solo su musculosa espalda, sino sus cautivadores ojos azules, su boca, y sus mágicas caricias. Ella se sentía mal por dentro, pensando que rechazaba a su marido, al tiempo que se entregaba a las dulces caricias y a la pasión sin límites de un desconocido en sus sueños. En una de

las ocasiones en las que salió con Richard, había observado en la puerta de un edificio un letrero de la consulta de una psicóloga, que estaba cerca del centro comercial, así que buscaría la ocasión para acudir a su consulta sin que lo supiera Richard, ya que le daba vergüenza, tener que contar sus sueños delante de su marido.

-Richard, hoy voy a ir sola a comprar, quiero volver a ocuparme yo sola de las cosas que me ocupaba antes del accidente, quiero que estés orgulloso de tu esposa.

-Yo ya estoy orgulloso de ti, creo que iré contigo.

-Pero quiero que estés más orgulloso –le dijo Joanna sentándose sobre sus piernas y dándole un besito en la boca –Quiero que seas el hombre más orgulloso del mundo –le dijo volviéndolo a besar mientras rodeaba su cuello con sus brazos.

-Está bien –dijo Jared riéndose –Me quedaré aquí cuidando el jardín, hay algunas hierbas que tengo que arrancar.

Al poco tiempo, Joanna salió de la casa rumbo al supermercado como le dijo a su “marido”, aunque en realidad se fue derecha a la consulta de la psicóloga, Dra. Emma Foster.

Tras acudir con Ramírez al domicilio donde había aparecido el coche de Joanna. Ken sentía sentimientos contradictorios, por un lado se sentía aliviado por haber encontrado esa pista de que Joanna

seguía con vida, pero angustiado, sabiendo que ella era víctima de un secuestro, sin saber qué suerte estaba corriendo ni donde estaba.

Antes de marcharse el teniente Ramírez le dijo que en principio no le parecía

un secuestro por un rescate económico, ya que en estos casos los secuestradores se suelen poner en contacto con la familia antes de veinticuatro horas. Diciéndole también que iban a intervenir su teléfono móvil y el fijo de su casa, para estar al tanto por si los secuestradores se ponían en contacto con él para intentar localizar el número desde el que llamaban.

-Me he enterado que estáis empapelando la ciudad, con la foto de tu esposa – le comentó el teniente.

-Sí, -dijo Ken. –Al principio solo éramos un puñado de amigos, pero se nos están uniendo más gente, a algunos de ellos ni los conocíamos.

-Nosotros seguiremos cualquier pista que sea fiable –le dijo el policía. – Porque muchos te llamaran con pistas falsas, solo para obtener dinero, debes estar preparado para cualquier cosa.

-Gracias por todo teniente –le dijo Ken antes de marcharse.

Efectivamente, el teléfono de Ken empezó a sonar, con algunas llamadas, la mayoría dando pistas falsas para intentar cobrar la recompensa, y que a él le pasaba a la policía, aunque

también recibía otras que le llenaban de indignación y dolor que intentaban burlarse de él y de su desgracia.

-¿Estás buscando a tu mujer?, no la busques, está follando conmigo –dijo uno por teléfono mientras oía el sonido de unas risas de fondo.

-Tu mujer te ha dejado, porque eres un picha corta, ¡Cabrón! -le decía otra llamada.

-No busques más a tu mujer. Tu mujer está muerta, se suicidó tirándose desde un puente al río Hudson.

A Ken le parecía mentira que alguien utilizara el dolor ajeno para divertirse.

-Tienes que tener calma –le dijo Tom que estaba con él en su domicilio. –La

policía sabe realizar su trabajo, y dentro de poco aparecerá Joanna y todo esto que estás pasando, te parecerá solo el recuerdo de un mal sueño.

-Gracias Tom, gracias por tu apoyo, y por ocuparte en estos días de la empresa. En situaciones como esta, es cuando se valora a los amigos de verdad.

-Tú sabes que yo y los chicos te apoyaremos siempre.

-Quiero que a los trabajadores de la empresa les recompenses el tiempo que gastan en ayudarme –le dijo Ken.

-Se han negado en redondo a aceptar un centavo por ello, dicen que trabajaran en la empresa por la mañana y por las tardes patearan hasta el último rincón de la ciudad hasta que aparezca tu mujer.

-No sé cómo agradecerse a todos –dijo Ken, cuando su móvil empezó a sonar.

-Ken, amigo, me acabo de enterar ahora mismo de la desaparición de tu esposa. Es terrible, debes estar pasando unos momentos horribles, cuanto me gustaría estar ahí contigo para ayudarte.

-Y yo de que estuvieras aquí, tú sabes que eres mi mejor amigo, y en estos momentos necesito tu apoyo, pero sé que estas muy lejos de aquí y nada puedes hacer Jared.

-Estoy a muchos kilómetros y no puedo salir de Bahrein ahora. Pero cuéntame ¿Qué tal estás?

-Pues imagínatelo, estoy pasando estos días con mucho sufrimiento. Estoy deseando que todo esto acabe y que Joanna esté ya en casa.

-La echarás mucho de menos me imagino – le dijo Jared simulando con la voz un tono comprensivo.

-No sabes cuánto –dijo Ken.

-¿Y qué dice la policía?, ¿Han averiguado algo? –le preguntó Jared.

-Todavía no, las huellas que han encontrado, no las tienen en sus archivos.

-Lastima –dijo Jared. –Bueno, te dejo, que hay una chica esperándome en la

cama.

-¿Te has echado novia? –le preguntó Ken extrañado, porque nunca le había visto con ninguna chica.

-Sí, y es guapísima, seguro que te encantaría si la vieras.

-Bueno, ve con ella, se feliz, gracias por llamar –le dijo Ken antes de colgar el teléfono, pensando que ahora que Jared había conseguido a una chica, él había perdido a la suya. Cuando su móvil volvió a sonar de nuevo.

-He visto que has puesto a mi hija colgada en carteles por toda la ciudad, como si fuera una delincuente –le dijo Abby enfadada.-Tres mil dólares de recompensa ¡Se busca!, solo faltaba que pusiera viva o muerta, como en los carteles del oeste.

-Señora, solo estoy tratando de que mi mujer aparezca.

-¿Y de dónde vas a sacar el dinero? porque lo que es tú, estas sin blanca.

-¿Qué es, que quieres colaborar aportándolo?

-¡¿Colaborar?! ¡Lo único que tienes que hacer es decir que has hecho con mi hija! – le dijo Abby a voces mientras colgaba el teléfono.

-Hay cosas que nunca cambian –comentó Ken al observar las miradas de su hermano y de Tom fijas en el al oír las voces del teléfono.

JUNTOS DE NUEVO

Antes de ir al supermercado como le había dicho a Richard, Joanna se dirigió a la consulta de la doctora Foster, a la cual, tendida en un diván, le contó la situación en que se encontraba, su pérdida de memoria, debido a su accidente de coche.

-La pérdida de memoria proveniente de un golpe en la cabeza, no tiene unas directrices de conducta marcadas, lo mismo puedes recuperar el noventa por cien de la memoria pasados unos días, unos meses, unos años...o no recuperarla nunca, al menos tienes a tu lado a tu marido que te apoya. –le dijo la doctora.

-Pero yo no siento nada por él, doctora, ni un atisbo de amor o de deseo, para mí es como si fuera un desconocido.

-Pero eso es normal, porque tú inconsciente lo culpa probablemente de tu accidente, asociándolo a lo masculino, por lo que es normal que momentáneamente hayas perdido todo deseo sexual para con los hombres.

-De eso le quería hablar doctora –le dijo Joanna –Desde el accidente vengo teniendo un sueño erótico con otro hombre, que me excita sobre manera, al principio solo le veía la espalda, fuerte, musculosa, tostada por el sol y empapada en sudor, que me excitaba y me hacía estremecer de placer, luego, con sus fuertes y delicadas manos que recorrían todo mi cuerpo, hasta hacerme gemir de placer, produciéndome uno o varios orgasmos seguidos mientras duermo, incluso gritando de placer sin poder contenerme, tan

fuerte, que he despertado a mi esposo en alguna ocasión, que creía que tenía una pesadilla al oír los gritos.

La doctora escuchaba con atención el relato de Joanna, mientras pensaba, que ojala ella tuviera algún sueño como el de su paciente de vez en cuando.

-Bueno, pues me parece fantástico que puedas tener esas sensaciones tan maravillosas, aunque sea en sueños.

-Pero usted no entiende –siguió contándole Joanna –Yo no me siento bien, me

siento muy culpable rechazando a mi marido una y otra vez, mientras hago el amor en sueños con un tipo al que no conozco.

-Dentro de poco tiempo, tu psiquis volverá a la calma, como un lago en el que se asientan sus aguas. Esto te sucede porque se han juntado el inconsciente y el infra consciente.

-¿Pero por qué sueño recurrentemente con ese tipo? –preguntó Joanna.

-Muchas veces, suele ocurrir, que recuerdos captados en etapas de la infancia, y guardados en los substratos más profundos de la memoria, se remuevan en un percance como el tuyo y afloren asociados a vínculos sexuales. Mi opinión es que a todo esto, no le des la más mínima importancia, es intrascendente, insustancial. Por ahora lo único importante es lo tangible de la relación con tu

marido. Me has dicho que tienes ese sueño desde que saliste del hospital, pero interiormente, ¿Cómo te sientes?

-Siento tanta calma, tanto amor, me siento tan bien con él, tan segura... –dijo Joanna con una sonrisa.-Él es tan fuerte, tan apasionado, tan dulce y cariñoso, tan tierno...Hasta oigo su voz cuándo hacemos el amor, diciéndome que me ama, siento sus caricias, sus besos, me siento tan a gusto con él, hasta me oigo a mí misma diciéndole te amo.

-¿Se lo has contado a Richard?

-¡No! -¿Cómo le digo a mi marido que sueño que hago el amor con otro hombre?, Richard me está ayudando tanto..., está siempre a mi lado.

-¿Quieres a Richard?

-Es mi marido –respondió Joanna.

-No te he preguntado eso –dijo la doctora.-¿Le amas?

-Supongo.

-Ellen, ¿Sientes lo mismo por Richard que por el desconocido de tus sueños?

-No –dijo rotunda. –Deseo que llegue la noche para volver a sentir sus besos, sus caricias en mi cuerpo, oír su voz y ver su cara.

-¿Has hecho el amor con Richard?

-No, no lo hemos hecho desde el accidente, el comprende que aún no estoy preparada físicamente.

-No estás preparada para hacerlo con él y lo haces con un desconocido. ¿Le has visto la cara?

-Sí, esta noche he logrado ver su cara, tan claramente cómo te veo a ti. –dijo Joanna.

- Yo creo que tenemos que ascender, varios elementos de tu psiquis están intentando aflorar, en dos o tres sesiones más intentaremos recuperar todos los eslabones perdidos. El tiempo ha terminado, son cien dólares, nos vemos la próxima semana.

Aun no se había incorporado Joanna del diván cuando el móvil que Richard le había regalado el día anterior empezó a sonar.

-Sí, dígame –respondió Joanna.

-Ya he terminado con el jardín, me paso a recogerte, ¿Dónde estás?-le preguntó Jared.

En el súper, aun me queda que comprar dos o tres cositas más, nos vemos en la puerta -dijo Joanna levantándose de un salto del diván, dándole los cien dólares a la psicóloga, y disponiéndose a salir corriendo escaleras abajo hacia el exterior, cuando al salir del edificio a la calle dio un brusco tropezón con un joven, que con una mochila transitaba por la acera, cayendo ambos al suelo de isofacto.

-¡Caray!, !Menudo trompazo me has dado –dijo el joven de unos veintitrés años con aspecto de estudiante, mientras que se frotaba la frente con la mano por el dolor.-No se puede ir por la calle envistiendo a la gente.

-Has sido tú el que se ha puesto en medio, ¿No sabes andar como las personas? –Dijo Joanna frotándose también la cabeza y pensando –Quien sabe, quizás este golpetazo me termine de arreglar la memoria.

El chico quedó un instante mirando a Joanna, ese cabello pelirrojo tan

bonito, esos ojos verdes tan cautivadores, con esa cara tan bonita y ese escote de impresión. –Mira que esta buena la loca esta –pensaba mientras los dos se levantaban y veía como la joven seguía corriendo hacia el centro comercial, mientras él seguía y ahí parado hasta que la vio entrar en él.

EL ROPERO

Ken era de una familia humilde, que tras el abandono de su padre tuvo que ponerse a trabajar desde muy joven, en una empresa de construcción para intentar ayudar a su familia, que no contaban con más ingresos que los que ganaba su madre de camarera. A Ken no le asustaba el trabajo, es más, le apasionaba, la construcción le había gustado desde niño. El ver surgir de la nada un edificio, un espacio en el que convivían las personas, le parecía algo maravilloso, y con solo diecisiete años, realizaba trabajos de oficial de primera en diversas ramas de la construcción, logrando mantener a su familia, y pagar los estudios de su hermano, y la carrera de arquitectura que él estudió en la universidad mientras trabajaba.

Solo había pasado un mes desde que terminó la carrera, y aún no había encontrado trabajo como arquitecto, así que seguía haciendo los trabajos que le salían. Cuando un buen día recibió una llamada a su móvil.

-¿Adams y compañía? –preguntó una voz femenina al otro lado de la línea.

Ken, había escogido ese nombre para su empresa porque le parecía más comercial, de más prestigio, que Ken Adams, aunque en su empresa no hubiera nadie más que él.

-Sí, un momento, le paso con el director gerente –dijo Kent contestando a la llamada, y cambiando un poco el tono de voz, volvió a contestar de nuevo. –Sí,

dígame ¿Qué desea?

-He leído en un anuncio que ahí hacéis todo tipo de trabajos de construcción
-dijo Joanna.

-Sí, exacto -dijo Ken.

-Quiero que me hagan un armario ropero en mi dormitorio -le dijo Joanna.

-Dígame su nombre y dirección y mandaré a uno de mis mejores hombres para que tome las medidas y le haga el presupuesto.

Joanna vivía en un apartamento de lujo en una zona privilegiada de la ciudad, cuando su padre, un empresario bastante adinerado murió, ella heredó parte de la fortuna, y no se podía resistir ante un capricho o en comprar algo que le gustara, por lo que los zapatos, vestidos, bolsos y demás prendas las tenía guardadas en cajas apiladas en una habitación, porque los armarios se le habían quedado pequeños. Cuando Joanna abrió la puerta de su apartamento a Ken, le causó sensación aquel tipo tan guapo de casi dos metros que le habían mandado, de aspecto robusto y saludable, con una bonita melena negra y bien cuidada, que le caía por los hombros, y unos cautivadores ojos azules como el cielo, que daba gusto mirar.-Santo cielo -pensó para sí Joanna totalmente impresionada -Si llego a saber que era tan guapo hubiera llamado antes.

-Buenos días -dijo Joanna -¿Le mandan Adams y compañía?

-El mismo -dijo Ken fijándose en esa bonita chica de no más de veintidós años, con un bonito cabello rojo que le cubría la espalda y unos maravillosos ojos verdes, que vestía unos diminutos pantalones cortos y un escotado top que resaltaba sus exuberantes pechos.

-Venga por aquí -le dijo Joanna dándose la vuelta, dejando ver lo ajustados que le quedaban sus pantaloncitos a su trasero -Le voy a decir el trabajo que me tiene que hacer.

-Caramba como está la chica -pensó Ken mientras la miraba por la espalda.
-A esta le hacía yo un trabajito pero gratis.

-Mire -continuó Joanna -¿Ves ese armario que tengo al final de la habitación? -le dijo la joven que había llevado a Ken hasta su dormitorio -Pues

quiero que comience bastante más acá, en la mitad del dormitorio.

-¡Bestial! -le dijo Ken que no perdía de vista ni un momento el impresionante escote de Joanna.-¡Un armario de la mitad del dormitorio! -exclamó comprobando las enormes dimensiones del dormitorio de Joanna -¡Pues va a quedar genial! -dijo intentando complacer a su cliente.

-Por supuesto tendrá que tener luces por dentro y una parte para zapatos, otra para vestidos, pantalones, las camisetas, los bolsos.

-Lo tienes todo pensado –le comentó el, mirando lo bonita que era esa chica con esos ojos verdes tan maravillosos.

-Por supuesto –le dijo ella muy resuelta - Te voy a decir lo que quiero que quepa en el armario –le dijo Joanna llevándolo a la habitación contigua donde había una multitud de enormes cajas apiladas.

-¿Todo esto quieres meter allí? –preguntó Ken asombrado.

-Todo bien puestecito -le respondió ella.

-¿Y no has pensado en tirar la mitad de las cajas? –preguntó Ken mientras observaba sus maravillosas piernas.

-Si hubiera pensado eso no te habría llamado ¿No crees?

-Sí, por supuesto, voy a tomar medidas y mañana empiezo.

-No, yo quiero que empieces hoy, quiero tener las cosas ordenadas lo más pronto posible –dijo Joanna -¿Hay algún problema? –le preguntó ella mirando sus bonitos ojos azules que la tenían cautivada.

-No, ninguno –dijo Ken –Subo las herramientas y ahora mismo empiezo.

Ken subió sus herramientas y empezó a trabajar, desarmando el antiguo armario del dormitorio de Joanna, en un sitio sin ventilación, y en el mes de agosto, hacía un calor horrible.

-¿No tienes aire acondicionado? –le preguntó Ken que estaba sudando debido al enorme calor.

-Se me rompió ayer –dijo ella mientras veía como las gotas de sudor caían por la frente de Ken.

-Pues lo primero sería arreglarlo, ¿No crees?

-¿Tú sabes?

-Por lo menos lo puedo intentar –le dijo Ken.

-Prefiero que no, no quiero que se estropee más, ya he llamado, mañana vendrá el técnico a repararlo.

-Vaya –dijo Ken que vio que tendría que seguir trabajando aguantando el calor.- ¿Te importa si me quito la camisa?

-No, por supuesto –le dijo ella –Puedes hacer lo que quieras.

-Gracias –dijo Ken quitándose la camisa, dejando ver su musculoso torso, marcándose todos los músculos de su pecho y abdomen, dejando a Joanna totalmente impresionada, cuando Ken se volvió dejando ver su amplia espalda, tan musculosa y fuerte como sus brazos, con ese bonito color de piel bronceada por el sol y por la que corrían varias gotas de sudor. Joanna sintió en el fondo de su ser un irrefrenable deseo de acariciarlo, de besarlo, de abrazarlo y ser abrazada por esos fuertes brazos que consiguieran hacerla suya.

-¿Te ocurre algo? –le preguntó Ken que noto como ella se había quedado inmóvil mirándolo.

-No –dijo Joanna –Es perfecto –dijo sin pensar –Está quedando todo perfecto –rectifico al instante saliendo de la habitación, pero sin poder apartar de su mente la imagen de esa musculosa espalda y ese cuerpo tan maravilloso que Ken poseía, con su bonita melena negra y sus maravillosos ojos azules, y sus grandes manos hechas para acariciar, pensó Joanna que estaba realmente excitada, jamás un hombre había despertado en ella unos deseos tan fuertes, tan intensos, asomándose de vez en cuando solo para mirarlo extasiada, despertando una de las veces , cuando Ken la llamó.

-Mira, esto hay dos maneras de hacerlo –le dijo Ken señalándole un pequeño tabique del armario –Dime como lo hago.

-Tú puedes hacer lo que tú quieras –le dijo Joanna en tono insinuante

mientras se acercaba a él mirándolo a los ojos.

Ken captó rápidamente la indirecta, aproximándose a ella tanto que sus labios casi se rozaban, mientras clavaba su mirada en esos bonitos ojos verdes, dándole un apasionado beso, enredándose ambos en un sinfín de besos y caricias, locos de amor y deseo, haciendo el amor una y otra vez, hasta entrada la tarde.

-¿Cómo te llamas? –le preguntó Joanna desnuda entre sus brazos.

-Ken, Ken Adams –le respondió el.

-Adams y compañía –comentó Joanna sonriendo -¿Y quién es la compañía?

-La compañía eres tú -le dijo él sonriéndole mientras permanecía desnudo en la cama con Joanna entre sus brazos. – Bueno ya va siendo hora de recoger mis herramientas, ya va siendo hora de marcharme.

-¿Esto no me lo incluirás en la cuenta? –dijo Joanna en broma mientras reía.

-No –le dijo Ken mirándola dulcemente a los ojos –Esto es obsequio de la casa - le dijo dándole un beso en los labios y levantándose de la cama.

Los días siguientes, la obra no avanzaba mucho, pero sí el deseo y la pasión que los dos sentían, cada vez más fuerte, que estaba dando paso a algo que ninguno de los dos esperaba, pues su deseo se estaba convirtiendo en algo mucho más fuerte y profundo, algo llamado amor.

Ken no se retiraba un instante del teléfono, atendiendo a todas las llamadas, esperando recibir alguna pista o algún mensaje de los secuestradores pidiendo un rescate, cuando recibió una llamada de un hombre que decía haber visto a Joanna el día de su desaparición, dándole datos fiables que evidenciaban una pista

verdadera. Al colgar el teléfono, el detective al que habían contratado, que se encontraba en ese momento en el apartamento, le hizo señas a Ken para partir de inmediato a donde habían acordado por teléfono.

La llamada era del camionero que intentó socorrer a Joanna en el momento del accidente, y que les contó todo lo sucedido, así como una descripción del tipo que estaba con ella, y de cómo era el vehículo que llevaba, aunque no se fijó en la

matricula.

-Era un tipo alto, pelo castaño, de raza blanca que vestía ropa deportiva de marca, parecía un pijo mal educado. Yo creía que era su marido, y si llego a sospechar que no lo era, allí mismo le pego una paliza antes de llamar a la policía, lo siento –le dijo a Ken.

-Usted no tiene la culpa, tenga, los tres mil dólares de recompensa son suyos –le dijo Ken dándole el dinero.

-Ni mucho menos, yo no he llamado por el dinero, guárdelo, que le puede hacer falta para buscar a su esposa, ojala aparezca pronto –dijo el camionero, en el momento en que el móvil de Ken volvió a sonar de nuevo.

-Ken, escucha –le dijo su hermano con la voz algo alterada por la emoción. – Me acaba de llamar un compañero de clase de los Ángeles, y dice que ha visto a Joanna hace unos momentos saliendo de un edificio cerca de un centro comercial –le dijo Ben, que había difundido la foto de Joanna por las redes sociales en internet con un mensaje, “Sé ha perdido mi cuñada, ayúdame a encontrarla”.

-¿Es posible que se haya podido confundir con otra?- Preguntó Ken que no se atrevía a dar por buena aun la noticia.

-Él dice que no tiene ninguna duda, dice que es ella, que estuvo tan cerca que chocaron y se dirigieron algunas palabras.

Al instante, Ken le comunicó la noticia al teniente Ramírez, y él le comentó que la policía de Nueva York, no tiene jurisdicción en Los Ángeles, y que iba a pasar la información al F.B.I, dándole un número de teléfono para que llamaran nada más llegar a Los Ángeles.

-Creo que tenemos que irnos de inmediato –le dijo Peter O’Neill a Ken dirigiéndose los dos al auto, para coger el primer avión hacia Los Ángeles.

Al llegar a Los Ángeles Ken y O’Neill se fueron directamente a la dirección que les había dado el amigo de Ben, entrando en el edificio del que la vio salir, preguntando puerta por puerta, mostrándole una foto de Joanna a los vecinos por si la habían visto, contestando todos negativamente, pasando también a preguntar a la consulta de la doctora Foster.

-Perdone señora, es un asunto de vida o muerte. ¿Ha visto por aquí a la mujer de esta foto? –preguntó O’Neill.

-Sí, ¿Para que la buscan? –dijo la doctora.

Al oír esta afirmación a Ken le dio un vuelco el corazón, por fin alguien había visto a Joanna.

-Disculpe, es mi esposa –dijo Ken.

-Sí, ella me hablo de usted en la consulta.

-¿Le hablo de mí? –preguntó Ken emocionado. -¿Y qué le dijo?

-Eso es secreto profesional, pero una cosa le digo, sea cariñoso y comprensivo con ella.

-¿Y dónde fue? –volvió a preguntar Ken impaciente por saberlo.

-Pues a su casa, donde va a ir, al menos eso es lo que ella me dijo- contestó la doctora extrañada. -¿Usted es Richard, su marido, no?.

-Mire, el único marido que tiene mi esposa soy yo, Ken Adams.

-Me imagino que apuntaría su teléfono en la ficha de su cliente –dijo O’Neill.

-Sí, y su dirección –dijo la doctora confusa.

-Díganos su dirección –insistió Ken.

-Eso es imposible, no puedo dar los datos personales de mis pacientes si no es por orden judicial.

-Oiga, si quiere llamamos al F.B.I, pero necesitamos esa información ya. - dijo Ken tan nervioso.

-Lo siento –dijo la doctora intentando cerrar la puerta en sus narices, lo que no consiguió al topar la puerta con el pie que O’Neill, había interpuesto.

-Mire nena –le dijo O’Neill sacando su pistola, quiero esa dirección y la quiero ya, usted verá lo que hace.

-Tranquilo amigo, tranquilo –le dijo la doctora atemorizada, ya que como

psicóloga sabía que ante un arma apuntándole a la cara, no debía ponerlo nervioso. –Le daré la dirección ahora mismo.

Tras conseguir la dirección donde creían que estaría Joanna, Ken llamó inmediatamente al número del F.B.I, que le había dado el teniente Ramírez, donde le dijeron que irían hacia allí de inmediato, pero que no hicieran nada por su cuenta, y que esperaran hasta que llegaran los agentes. Ken y O’Neill cogieron el coche y salieron rápidamente hacia la dirección de Joanna. Ken no estaba dispuesto a esperar ni un minuto más, ansiaba mucho saber dónde estaba y había sufrido mucho su desaparición como para esperar.

Después de cenar, Joanna cogió sus lápices para hacer un dibujo, mientras Jared recogía la mesa.

-¿Sabes que eres una artista? –le dijo Jared intentando adularla.

-No sé, solo hago esto porque me gusta –le dijo Joanna mientras pintaba unos trazos en el papel.

-¿Qué estás haciendo? –le preguntó Jared que veía como de los trazos iba apareciendo una cara.

-No es nada, solo es algo de mi imaginación -dijo ella completando la cara, que reflejaba exactamente el rostro de Ken.

-¡¿Qué es, que no lo has podido olvidar?! –le gritó Jared visiblemente alterado.

-¿De qué me estás hablando? –preguntó Joanna sin saber a qué se refería.

-¡De esto! –dijo Jared dando un fuerte manotazo y tirando el dibujo al suelo.

-Richard, por favor –dijo Joanna angustiada.

-¡Has perdido la memoria y aun le recuerdas!

-¿Recordar a quién? –preguntó Joanna intrigada.

-¡A Ken! –Gritó Jared dándole un fuerte bofetón, tirándola de espaldas.- ¡¿Qué es, que yo no soy lo bastante hombre para ti?! –

-Richard, estás loco, ¿Qué te pasa? – dijo Joanna, que tumbada en el suelo

comenzó a llorar.

-¡Sí!, ¡Pero loco por ti!, ¡Pero te lo voy a demostrar, te voy a demostrar que soy más hombre que él! –dijo Jared desabrochándose el cinturón del pantalón.

-¡Richard no!, ¡No lo hagas!, tú eres mi marido, dijiste que me respetarías –dijo Joanna intentando levantarse, cuando recibió otra bofetada. La cual trato de esquivar andando unos pasos hacia atrás, refugiándose en la cocina.

-¿Tu marido?, pues voy a coger lo que es mío –dijo mientras le propinaba una lluvia de nuevos golpes haciéndola volver a caer sobre una mesa, cayendo al suelo junto con algunos cacharros y algunos platos que se rompieron. -¡Y tú eres mía! –seguía gritando, mientras se tendía en el suelo sobre ella agarrándola del pelo con una mano, mientras con la otra le arrancaba la ropa, dejando sus pechos al descubierto.

-¡Por favor, Richard, ya está bien! –suplicó Joanna llorando, recibiendo una fuerte bofetada por respuesta.

-¡Ya está bien!, ¿Eso se lo decías también a Ken cuando te follaba? –le dijo mientras le arrancaba las bragas y sacaba de los pantalones su miembro erecto, aproximándolo a los genitales de ella para penetrarla, manteniéndola inmovilizada, tocando sus pechos, cuando Joanna reuniendo todas sus fuerzas logró moverse lo suficiente para alcanzar el cabo de una sartén que había caído al suelo, dando con ella un fuerte golpe en la cabeza a Jared, que cayó sobre ella inconsciente. Al instante Joanna empujó el cuerpo de

Jared, quitándose de encima, mientras se levantaba rápidamente, corriendo hacia la calle, sin ni siquiera darse cuenta de que iba medio desnuda, corriendo sin parar, sin ni siquiera saber a dónde iba, solo quería escapar, sin mirar siquiera los coches que circulaban por la calle. Cuando en ese preciso instante pasaba el coche donde iban Ken y O’Neill, los cuales tuvieron que frenar bruscamente para no atropellarla.

-¡Joanna! –gritó Ken saliendo del coche.

-Ve por ella, yo iré por el secuestrador –le dijo O’Neill.

-¡Joanna, espera! –le gritaba Ken mientras corría tras ella.

Joanna seguía corriendo sin dejar de llorar al mismo tiempo, hasta que la mano de Ken la detuvo sujetándola del brazo.

-¡Joanna! –le gritó Ken, sin que ella pareciera prestar atención a lo que él decía, solo con un ansia tremenda de huir.

-¡Yo no soy Joanna!, ¡Déjame! -Gritó intentando escapar, revolviéndose hacia él, viendo la cara de Ken, que era la misma de sus sueños, la misma que le daba serenidad y calma.

-Tranquila, ya estas a salvo –le dijo Ken con dulzura mientras le daba un abrazo –Cariño mío, cuanto he deseado este momento –le dijo Ken sin soltarla de sus brazos. Mientras Joanna escuchaba esas palabras como música celestial. No sabía quién era ese tipo, pero si sabía la sensación de bienestar que le producía estar en sus brazos, desprendiéndose por un momento de toda la ansiedad

y el estrés que sentía, sintiéndose desfallecer por falta de fuerzas, notándolo también Ken, que la sostuvo, cogiéndola en brazos y llevándola al interior del coche, donde se quitó la chaqueta cubriendo el cuerpo medio desnudo de su mujer. – Cariño, ya estás a salvo –le dijo Ken. -Ahora volveremos a casa –dijo acariciando esa bonita cara, tan golpeada.

-¿Quién eres tú? –le preguntó Joanna.

-¿Cómo que quien soy? –Dijo Ken tan sorprendido –Soy Ken, tu marido –le dijo mirándola fijamente -¿No me recuerdas?.

-No recuerdo nada desde el accidente... no recuerdo nada de ti.

-A ver si recuerdas esto –le dijo Ken dándole un beso con todo su amor, tan dulce para sus labios, que Joanna lo aceptó pensando, recordando que sus sueños, quizás se cumplieran en realidad.

Cuando O’Neill llegó a la casa a buscar a Jared, este ya se había ido, encontrándose solo abierta la puerta trasera de la casa. Mientras en la calle acababan de llegar dos coches de F.B.I. Y Joanna era trasladada al hospital.

Ya en el hospital, Joanna era atendida, mientras Ken permanecía junto a la puerta tras la cual un médico examinaba a Joanna, cuando O’Neill se acercó a él poniendo una mano sobre su hombro.

-¿Ella está bien? –le preguntó Peter.

-Todo lo bien que puede estar después de recibir una paliza –dijo Ken. Sintiendo una mezcla de fuertes emociones. -Tengo que llamar a Ben, decirle que ella está conmigo, que volvemos a casa –dijo sin apartar los ojos de la puerta.

-Yo llamaré a Ben y al teniente Ramírez. Ken, sería conveniente que ella lo describiera lo antes posible, para poder empezar a buscarlo – dijo mientras dos agentes del F.B.I se acercaba a ellos.

- Hablaré con ella –dijo mientras la puerta se abría -Llama también a la madre de Joanna, Abby tiene que saberlo, cuéntale lo que ha pasado -le dijo Ken mientras entraba en la sala donde Joanna permanecía sentada en una camilla.

-¿Estás aquí? –dijo Joanna al verlo entrar.

-No voy a ningún sitio sin ti –dijo Ken sonriendo, acercándose a ella.-Te quiero, -dijo pasando su mano suavemente por la mejilla de Joanna.- ¿Cómo estás?

-¿Por qué me llamaste Joanna?

-Porque es tu nombre.

-¿No me llamo Ellen?

-No –dijo Ken rotundo –Te llamas Joanna, Joanna Adams, y eres mi esposa.

-¿De verdad eres mi marido? -preguntó Joanna tímidamente.

-Desde hace poco más de dos años.

–No comprendo nada, si tú eres mi marido ¿Quién es Richard, por qué me hizo creer tantas cosas?

-No lo sé –dijo Ken –Pero lo vamos a averiguar, Joanna cariño, hay dos policías que quieren hacerte unas preguntas. –le dijo Ken, cuando un médico volvió a entrar.

-Tendríamos que hacerle unas pruebas–dijo el médico.

-Estoy bien –dijo Joanna.

-De todas formas, ha sido víctima de una agresión, debemos saber si ha

habido también agresión sexual –dijo el médico.

-¿Quieres que me vaya? –le preguntó Ken.

-No –dijo ella cogiendo su mano –No me dejes sola.

-No lo haré –dijo Ken apretando la mano de ella con cariño.

-Si me quieres, no dejes que me hagan más pruebas –le pidió Joanna mirándolo a los ojos. –Estoy bien, puedo hablar con la policía.

-Está bien –dijo Ken –Creo que las pruebas pueden esperar, hablaremos con los policías y nos iremos a casa. –dijo mientras el médico salía y los dos agentes y O’Neill entraban en la sala.

-Señora –dijo uno de los policías, -Sé que no es agradable, pero necesitamos que nos dé la descripción de ese hombre para poder detenerlo lo antes posible.

-Si me da un papel y un lápiz, se lo puedo dibujar –dijo Joanna.

-Es cierto –comentó Ken –Joanna dibuja muy bien, es una artista con el lápiz.

Rápidamente, alguien les llevó un cuaderno y unos lápices. En los que Joanna empezó a dibujar un rostro, mientras todos permanecían expectantes. Hasta que cuando el dibujo estuvo casi terminado, que provocó la reacción de Ken.

-¡Ese cabrón! –exclamó Ken sorprendido al reconocer de quien se trataba.

-¿Le conoce? –preguntaron todos mirándolo asombrado.

-¡Claro que le conozco! –dijo Ken -¡Es Jared!, es íntimo amigo mío desde la facultad.

-¡Joder!- Exclamó O’Neill tan sorprendido como todos los que estaban en aquella sala. –Con amigos como este, no necesitas enemigos.

Rápidamente los policías se dispusieron a buscarlo, y Ken y Joanna tomaran el primer avión de vuelta a Nueva York.

Al llegar a Nueva York, Ken y Joanna se dirigieron directamente hacia su apartamento, encontrándolo lleno de gente, con una enorme pancarta que iba de un

extremo a otro del salón que ponía;

“Bienvenida a casa, Joanna”

Todos sus amigos y su familia los esperaba alegres y felices de volver a verlos juntos. Ken sonrió al ver la bienvenida que sus amigos habían organizado para Joanna. Aunque ella no reconocía a ninguno, viéndose rodeada de besos y abrazos de gente a la que no recordaba, y que no dejaban de contarle lo mal que lo habían pasado con su desaparición y lo contentos que estaban de volver a verla, sintiéndose tan abrumada, tan agobiada. Solo la compañía de ese chico que decía ser su marido y que no se separaba de su lado, la hacía sentirse mejor, hasta que ya entrada la tarde, los amigos se fueron marchando, quedando solo con ellos, Ángela, Ben y Abby, que sentada en el sofá junto a su hija no se separaba de ella.

-Joanna cariño, vendrás a casa hasta que estés bien –le dijo mirando los golpes que su hija tenía en la cara. Allí estarás tranquila y yo te cuidare-le dijo Abby.

-Ken, ¿Dónde vivimos nosotros? –le preguntó Joanna a Ken, que sentado frente a ella no la perdía de vista.

-Nosotros vivimos aquí –le respondió el.

-Entonces, me quedo aquí –dijo la joven –Si quiero recuperar la memoria, debo volver a mi vida –dijo viendo la sonrisa de Ken.

-Vamos Mamá, es mejor que nos vayamos –dijo Ben levantándose –Joanna necesita descansar. –Abby, ¿Quieres que te deje en casa?

-Gracias –dijo Abby –Pero tengo el coche fuera, Joanna vendré temprano, avísame si necesitas algo.-dijo besando a su hija despidiéndose.

- Me encanta que estés de vuelta –dijo Ben dando un beso a Joanna.

-Si necesitáis algo, vendré en seguida –de despidió Ángela besando a su hijo y a Joanna.

-Gracias mamá, estaremos bien –le dijo Ken acompañándolos a la salida, cerrando la puerta tras ellos.

Joanna se levantó observando las figuritas y cuadros que decoraban el

apartamento, intentando ver si le resultaban familiares.

-No debes agobiarte, recordaras cuando menos lo esperes –le dijo Ken acercándose a ella poniendo sus manos sobre sus hombros

-¿Y si no puedo?

-Lo harás –le dijo él convencido –Jo, todo esto lo vamos a superar juntos –le dijo dándole un beso. -Vamos a comer algo, ha sido un día muy largo y necesitas descansar.-dijo Ken dirigiéndose a la cocina, volviendo al poco tiempo con dos filetes que puso sobre la mesa.

-Tienen buena pinta –dijo Joanna.

-Espero que te gusten, en estos días que no has estado, le dije a Doris que no viniera y solo había esto.

-¿Quién es Doris? –le preguntó intrigada.

-Doris es la chica que mantiene el apartamento en orden y hace la comida.

-¿No la hago yo? –preguntó Joanna.

-Si tuviéramos que comer con lo que tú cocinas estaríamos muertos de hambre –dijo Ken riéndose.

-Richard dijo que cocinaba muy bien –dijo ella. En el momento la cara de Ken se ensombreció.

-Jared –dijo muy serio –Convéncete de que todo lo que te dijo eran mentiras.

-¿Cómo puedo saber que tú sí me dices la verdad?

-Porque te quiero.

-Él también decía que me quería.

-Por Dios Joanna, llevamos dos años casados, nos amamos, mira nuestras fotos, nuestros videos, los viajes que hemos hecho –le dijo dándole un álbum. –Mira, estas son fotos de nuestra boda, nuestros viajes, nuestro certificado de matrimonio...

-Necesito un siquiatra.

-Chorradas –dijo Ken –No necesitas un come cocos.

-Necesito ayuda...

-Solo necesitas tranquilizarte, volver a tu vida...a nuestra vida. Pero si necesitas terapia yo no me opongo.

-No estoy loca.

-Lo sé perfectamente, si quieres te acompañaré.

-¿Vendrías conmigo?

-Por supuesto, cuenta conmigo, estoy aquí para todo lo que necesites.

La noche había caído, sentados frente al televisor, Ken veía la tele, mientras Joanna permanecía callada, acurrucada en un rincón del sofá.

-Es tarde, vamos a la cama –dijo Ken levantándose y tendiendo su mano hacia ella. -¿Qué pasa? –Le preguntó al ver

como ella se quedaba quieta –Ya veo, no confías en mí, crees que te voy a obligar a hacer algo que no quieres.

-No sé quién eres...

-Soy alguien que te quiere, jamás te haría daño.

-Necesito tiempo.

-Tienes todo el tiempo que necesites, estas muy dolorida necesitas descansar y recuperarte, duerme en nuestra cama, yo me quedare en el sofá –dijo mirándola dulcemente.

-Gracias –le dijo Joanna levantándose y dirigiéndose al dormitorio.

Aunque tuviera que dormir en el sofá, Ken se sentía feliz de tener a Joanna de nuevo junto a él, seguro que dormiría bien.

Cuándo de madrugada, despertó sobresaltado al oír los gritos de Joanna, levantándose rápidamente dirigiéndose hacia el dormitorio.

-Jo, tranquila estoy aquí –dijo abrazándola.-¡Jo despierta! -le gritó nervioso

intentando despertarla, pues ella seguía gritando con los ojos cerrados. Joanna abrió finalmente los ojos mirando a Ken, que la observaba preocupado.

-No dejes que me toque –dijo abrazándose a él.

-No lo haré, no dejare que te toque, jamás volveré a acercarse a ti –le dijo Ken abrazándola fuertemente junto a su pecho. Hasta que poco a poco Joanna se fue tranquilizando hasta quedar profundamente dormida entre sus brazos.

El sol empezaba a inundar el dormitorio, Joanna abrió los ojos acurrucada sobre el pecho de Ken, sintiendo los brazos de él rodeando su cuerpo, se sentía tan a gusto, tan protegida como en sus sueños.

-Solo te he abrazado –le dijo Ken al verla abrir los ojos - Tuviste una pesadilla. -¿Estás bien? –le preguntó mirándola.

-Estoy bien, gracias.

-No tienes que dármelas, te abrazaré siempre que lo necesites –dijo haciéndole una dulce caricia con la mano y haciéndola estremecer. ¿Qué poder tenía ese hombre sobre ella que la hacía derretirse solo con una caricia?

-¿Me contarás cosas de nuestra vida? –le preguntó sin moverse de sus brazos.

-Te contaré todo lo que tú quieras.

-¿Hay algún problema entre mi madre y tú?, ¿No os lleváis bien?.

-¿Qué dices? –Dijo Ken con expresión traviesa –Abby me adora.

-¿De veras? –dijo ella divertida al ver la expresión de su cara.

-Ya lo recordarás –dijo Ken levantándose de la cama para ir a la ducha.

-Tengo mucha ropa –comentó Joanna al ver el enorme armario –vestidor.

-Jo, no te oigo –dijo Ken saliendo de la ducha, envuelto en una toalla –Jo, ¿Dónde estás?

-Estoy aquí –respondió ella saliendo del vestidor, quedando por un momento

fijos sus ojos en el impresionante cuerpo de Ken, recordando que era exactamente igual que en sus sueños.

-Jo, ¿Qué pasa?

-Nada –dijo ella desviando la mirada. Mientras él se acercaba al armario a coger una camisa, al volverse, vio como unas gotas de agua aun corrían por su amplia espalda. Joanna recordó un momento parecido, pero en vez de agua eran gotas de sudor las que corrían por su espalda, no pudo evitar reírse al acordarse de su primer dibujo que hizo de la espalda de Ken. Al tiempo que Ken se volvía hacia ella al oírla reír.

-¿Qué?–Le preguntó sonriendo –No es la primera vez que me ves así.

-He recordado un momento, en el que tú estabas ahí –dijo señalando el armario, estabas sin camisa y gotas de sudor corrían por tu espalda.

-No estaría muy sexy, ¿No? –comentó divertido.

-En otro momento, tú seguías sin camisa y con una tabla en el hombro –recordó Joanna. –No sé qué significa ¿Tú lo sabes?

-Yo sí –dijo Ken mirándola con dulzura.

-Dímelo, ¿Qué tiene que ver eso con el armario?

-Mucho –dijo él sonriéndole –Hace un tiempo una linda princesa, llamó a alguien, porque tenía tanta ropa que ya no le cabía en el armario, y decidió hacer un ropero enorme para que le cogiera, pero lo hizo en pleno mes de agosto y sin aire acondicionado; y en esa habitación cerrada hacía un calor de mil demonios y el, digamos príncipe, se quitó la camisa para poder trabajar y subir las tablas sin asfixiarse –le contaba Ken mientras ella lo escuchaba sin pestañear.

-¿Y qué paso?-le apremió ella.

-Que la princesa era una descarada, y el príncipe no era de piedra –dijo mientras veía la enorme sonrisa de ella. –Y la princesa embrujó al príncipe haciendo que jamás se fuera de su lado –dijo acercándose a ella tanto que sus labios casi se rozaban.

-¿Y?

-Desde ese día vivieron felices sin separarse jamás.

-¿Tú hiciste el armario? –le preguntó con cara de felicidad besando sus labios sin poder resistirse.

-Joanna, te quiero –le dijo Ken apretándola junto a él .Joanna se retiró de repente al sentir como el miembro de él se ponía erecto y como la excitación se iba apoderando de ella, y aún no estaba preparada.

-Joanna, no me hagas esto.

-Lo siento, yo no quería...no volverá a ocurrir.

-Joanna, eres muy importante para mí –dijo con tanta sinceridad –Puedo esperar, puedo hacer todo lo que tú quieras, pero no te apartes de mí.-dijo acercándola a él –Has podido olvidar tu vida, has olvidado a todo el mundo, pero no me has olvidado a mí, ni lo que sentimos el uno por el otro, sé que me sigues queriendo.

-No se... –dijo confusa.

-Te he buscado desde que desapareciste, creí volverme loco.

-Debes comprenderme.

-Lo hago, sé que todo esto es muy duro para ti... para los dos, pero lo vamos a superar –dijo abrazándola –Lo haremos juntos.

-Juntos –repitió ella sintiendo sus labios sobre su frente, sintiendo que entre sus brazos nada podría ir mal. Cuando el timbre de la puerta comenzó a sonar.

-¿Quién será? –Dijo Ken –Seguro que es tu madre.

-O la bruja malvada –dijo ella riendo. -¿Abro?

-Espera que me ponga los pantalones –dijo él poniéndoselos rápidamente.

-Voy a vestirme –dijo ella sin dejar de reír mientras se dirigía al dormitorio.

-Espera –le dijo él sujetándola al pasar -Sigues siendo mi princesa.

-¿La descarada?

-La única –le dijo Ken dándole un rápido beso en los labios, tras lo cual se dirigió a abrir la puerta. –Hola teniente –saludo Ken al ver al policía en la puerta

-Buenos días –dijo el policía –Vaya, veo que estás de buen humor, me alegro de que hayas encontrado a tu esposa.

-Yo también –dijo Ken –Pasa.- ¿Le han cogido? –le preguntó mientras se sentaban en el sofá.

-Aún no, pero me he enterado de que era un buen amigo tuyo.

-Jamás hubiera sospechado de él, me llamó para ofrecirme su apoyo, ¡Hijo de puta!, incluso me dijo que tenía una chica esperándole, cuando a quien tenía era a mi mujer –dijo alterado -¿Cómo no me di cuenta?, jamás sospeché que estaba obsesionado con mi mujer, éramos amigos, hemos salido tantas veces juntos..., ha venido tantas veces a mi casa...

-Eso explica el vaso de Whisky, el que tu esposa le dejara entrar –le dijo el teniente.

-Ella huía de él cuando tuvo el accidente. ¿Han averiguado a que hospital la llevó?

-No la llevó a ningún hospital. Ese tipo es un enfermo. Puedes dar gracias a que esté viva.

-Las daré todos los días de mi vida -dijo Ken, cuando en ese momento Joanna entro en el salón. -Ven cariño –la llamó Ken –Te voy a presentar, él es el teniente Ramírez, el policía que nos está ayudando.

-Así que tú eres la famosa Joanna –dijo estrechando su mano.-Eres mucho más guapa que en las fotos.

-Gracias por ayudarnos –dijo Joanna sentándose junto a Ken.

-Tienes un marido muy persistente, no veas la murga que nos dio hasta que logró que lo escucháramos –le dijo en tono de broma.

-Me alegro de que lo hiciera –dijo ella sonriendo.

-Lamento mucho lo que te ha ocurrido.

-Gracias –dijo Ken cogiéndola de la mano –Sus heridas curarán y ella volverá a recobrar la memoria –dijo besando la mano de Joanna.

-Estoy seguro –dijo el policía – Me tengo que ir, ha sido un placer conocer a tu esposa, te mantendré al corriente de todo –dijo levantándose para salir del domicilio, seguido por Ken que lo acompañó a la puerta.

-¿Qué ocurre? –le preguntó Ken en la puerta al ver que Joanna había vuelto al dormitorio.

-El psiquiatra de la policía ha hecho un perfil de tu amigo.

-No es mi amigo –dijo Ken rotundo –Alguien que hace eso a la mujer de un amigo solo es un enfermo o...está loco.

-Bueno, lo importante es que ese tipo tiene fijación con tu esposa, el siquiatra dice que volverá a intentarlo.

-Jamás volverá a acercarse a ella –dijo Ken rotundo.

-Es peligroso, tened cuidado... los dos.-le advirtió el policía.

-Lo tendremos, gracias –se despidió Ken, cuando Abby salía del ascensor.

-¿Cómo está mi hija? –preguntó Abby entrando en el apartamento.

-Pasa, no te cortes –musito Ken cerrando la puerta.

-¡Joanna!, ¿Dónde estás? –la llamó al entrar.

-Creo que está en el baño –le dijo Ken.

-¿Cómo está?, debía de estar en casa.

-Está en casa –dijo Ken.

Durante todo el día, el apartamento estuvo lleno de gente, Abby, Ben y los amigos de Joanna, cuando al fin se fueron, Joanna se sentó junto a Ken en el sofá.

-Cuéntame –dijo Joanna -¿Por qué me fui con él?

-Tú no te fuiste con él –dijo Ken mirándola muy serio – Tú me quieres, esa noche íbamos a celebrar nuestro aniversario, habíamos quedado en un restaurante y

no apareciste.

-No lo celebramos.

-No –dijo Ken –Pero lo celebraremos, espera un momento -dijo sacando del bolsillo un anillo –Lo dejaste o alguien lo dejo sobre la mesita de nuestra habitación, nunca te lo has quitado desde el día de nuestra boda.

-Eres un encanto –dijo ella dejando que él se lo volviera a poner en el dedo.- Tom dice que eres el dueño de una empresa de construcción.

-Bueno, digamos que soy socio, yo solo soy el arquitecto que dirige los trabajos –le dijo Ken.

-No tienes pinta de arquitecto-dijo ella riéndose.

-¿Y qué pinta tiene un arquitecto? –dijo Ken riendo también

-No como tú, tú eres...

-Joanna, ¿Cómo soy? –dijo tan divertido.

-Eres tan alto, tan fuerte..., tienes el pelo largo –dijo Jo acariciando su negra melena.

-¿Mi pelo es un problema?

-No, me gusta tu pelo –dijo sin dejar de acariciarlo –Me gusta cómo eres.

-Jo... -dijo Ken sin dejar de mirarla –Esto es muy difícil para mí, tu eres una tentación muy grande para mí –le dijo mientras unía sus labios a los de ella con tanta ternura.

-Perdóname, tampoco es fácil para mí –dijo ella apartándose.

-Joanna...-dijo tan apasionado.

-Dame tiempo. ¿Crees que recordaré algún día?, ¿Que recordaré nuestra vida?

-Lo harás, recordarás, nuestra vida, nuestros proyectos, nuestros planes.

-Ojala tuviera tu seguridad, pero tengo tanto miedo, miedo de no recordar

jamás, miedo de que Richard..., Jared vuelva –rectificó Joanna.-Miedo de no recordar mi vida contigo...

-Joanna –dijo Ken sujetando su cabeza dulcemente –No tengas miedo, yo estoy contigo, mi amor, confía en mí, todo se va a arreglar, todo volverá a ser como antes.

-¿Podrías hacerme un favor?

-Lo que tú quieras –le dijo Ken.

-¿Podrías abrazarme hasta que me duerma?

-Podría abrazarte toda la noche –dijo él con cara de felicidad –Vamos a la cama –dijo levantándose alargando la mano hacia ella, a la que se agarró feliz, dirigiéndose los dos hacia el dormitorio.

A la mañana siguiente, Ken se apresuró a apagar el despertador para no despertar a Joanna, levantándose de la cama despacio.

-¿Dónde vas? –preguntó ella, viendo como él se ponía los pantalones.

-Voy a la oficina, llevo sin ir desde que tú desapareciste y es hora de dar la cara –le dijo sonriéndole –Sigue durmiendo, Doris está al llegar, y tu madre también.

-También vendrá Betty –le dijo Joanna.

Yo vendré enseguida, y cuando venga vamos a salir...

-No quiero salir.

-Jo, no puedes encerrarte, tengo que darte algo.

-¿El qué?

-Ya lo verás –dijo dándole un beso, mientras se marchaba.

Al llegar a la oficina todos lo recibieron con alegría preguntándole como estaba Joanna.

-Está mejor –respondió Ken alegre de recibir las muestras de cariño de todos los que trabajaban en su empresa.

-Todo va bien -le dijo Tom entrando en el despacho –Joanna ¿Está bien?

-Está mejor –dijo Ken.-Solo he venido porque he quedado aquí con O’Neill, no quiero preocupar más a Jo.

-¿Sabes algo de Jared? –preguntó Tom.

-Nada, ese hijo de puta parece haber desaparecido. Peter ha estado en los Ángeles buscándolo, pero nada.

-¿Se puede? –preguntó Peter en la puerta.

-Pasa Peter –dijo Ken acercándose a saludarlo.

-Nos vemos luego –dijo Tom dirigiéndose a la puerta.

-¿Hay alguna novedad? –le preguntó Ken.

-Ninguna –le contesto Peter –El F.B.I lo sigue buscando, la policía de los Ángeles también, te he traído algunas cosa de Joanna que estaban en la casa –dijo dándole una maleta que Ken abrió, comprobando que era la ropa de Joanna, su teléfono móvil y un cuaderno de dibujo.

-No sé si será el momento de darle esto –dijo Ken –Solo quiero que olvide lo que ha pasado.

-Deberías mirar sus dibujos –le sugirió Peter .Mientras el cogía el bloc ojeándolos, sonriendo al ver los dibujos de su espalda de los que ella le hablo.

-Mi trabajo ha terminado –dijo Peter –El resto está en manos de la policía.

-Gracias Peter –dijo Ken sacando un sobre con el dinero de sus honorarios.

-Si necesitas cualquier cosa no dudes en llamarme –dijo alargando su mano hacia Ken.

-Lo haré, gracias de nuevo- dijo Ken estrechándole la mano.

-Da un beso a Joanna –dijo saliendo de la oficina.

Mientras, Ken se sentaba en la silla de su despacho mirando los dibujos de Joanna, tenía razón, ella había olvidado sus recuerdos, pero no lo había olvidado a él, sus dibujos, de ese primer momento donde se conocieron, ese encuentro tan importante para los dos. Se levantó pensando que aún tenía que recoger el coche de Joanna del garaje de la policía y llevarlo a un taller para que lo arreglaran, y tenía que saber porque no funcionó el airbag, si hubiese funcionado, ella no hubiese recibido el fuerte golpe que la hizo perder la memoria, tenía tantas cosas que hacer, pero sobre todo, al fin le iba a entregar la casa que con tanta ilusión había hecho para los dos y que no pudo entregarle el día del aniversario, pensó mientras cogía el teléfono para llamarla.

-Diga –contestó ella.

-Soy yo linda –dijo alegre de que fuese ella la que contestara al teléfono en vez de su suegra.

-Hola –dijo ella alegre de oír su voz –Ya ha venido Doris –le dijo en voz baja –¿Siempre es así?

-¿Así cómo? –le preguntó Ken.

-No deja de darme abrazos, y de reñirme por haber abierto la puerta, y además está haciendo muchísima comida.

-Sí, -dijo Ken riendo –Doris te conoce desde que eras una niña, te quiere mucho.

-Betty quiere que salga con ella.

-¿Vas a ir? –yo te puedo recoger donde tú digas.

-No, aún no -¿Vas a venir?

-¿Es que me echas de menos?

-No seas presumido –dijo riendo -¿Tú me echas de menos a mí?

-Mucho, en media hora estoy ahí, tengo que enseñarte algo que no puede esperar más.

-Me tienes intrigada, ¿Qué es?

-Ya lo verás, enseguida estoy allí, te quiero –dijo colgando el teléfono.

-Yo también te quiero –dijo ella cuando él ya había colgado.

Media hora después, tal y como le había prometido, Ken volvió al apartamento.

-¡Jo!, estoy aquí –dijo Ken al entrar.

-Qué manera más vulgar de llamar a mi hija –protestó Abby saliendo a su encuentro.

Ken se reprimió el deseo de decir algo indebido, deseaba tanto que los dejara solos, pero sabía que Joanna en estos momentos los necesitaba a los dos. -¿Dónde está?

-Está en su habitación con Betty, ¿Dónde la vas a llevar?

-Es una sorpresa –le dijo Ken dirigiéndose al dormitorio, del que en ese momento salía Joanna y su amiga.

-¿De qué vas vestida? –le preguntó al verla con un sombrero y esas enormes gafas de sol que apenas dejaban ver su cara.

-Dijiste que íbamos a salir –dijo ella un poco desconcertada.

-Sí, pero no hace falta que te disfraces –le dijo el quitándole las gafas que ocultaban diversos moratones.

-Ken, no puedo salir así –dijo señalando su cara.

-Para mí eres preciosa, no importan esos moratones, solo me importas tú –dijo acariciando su cara –Pero si quieres ir de incognito –dijo sonriéndole al ver la expresión seria de su cara.

-De incognito –dijo ella sonriendo volviendo a ponerse las gafas.

-Vamos a ir en tu regalo de aniversario –le dijo Ken mientras bajaban a la cochera, donde estaba el Porsche que ella le había regalado y que aun él no había utilizado.

-¿Yo te regale un Porsche? –preguntó Joanna al ver el coche.

-Tú misma.

-¿Y te gusta?

-Me encanta, aunque aún no lo he probado –dijo mientras los dos montaban en el coche. Poniendo Ken rumbo hacia la casa que con tanta ilusión había hecho para Joanna.

-Joanna, cierra los ojos y no los abras hasta que yo te diga -le dijo cuando estaban a punto de llegar.

-Estoy emocionada –dijo ella cerrando los ojos.

-No los abras –le dijo Ken parando el coche y dando rápidamente la vuelta para abrir la puerta del copiloto, al tiempo que con una mano cubría sus ojos y con la otra la sujetaba guiándola hasta la casa.-Ya puedes abrirlos –le dijo quitando la mano de sus ojos.

-¡Una casa! –exclamó Joanna asombrada al ver la bonita casa que se erguía ante sus ojos, de dos plantas y de aspecto moderno, y único. Joanna jamás había visto una casa tan original, tan bonita.

-¿Te gusta? –le preguntó Ken emocionado.

Joanna se había quedado sin palabras al ver aquella hermosura, permanecía callada mirándola fijamente.

-¿No te gusta? –volvió a preguntar Ken ante el silencio de ella.

-¡Me encanta! –dijo al fin abrazándose a él. –¡Es preciosa!

-Me alegro de que te guste –dijo Ken levantándola en sus brazos con cara de felicidad.

-¿La has hecho tú?

-La he hecho yo, pero la diseñamos los dos, no te dije nada porque quería que fuera una sorpresa, tú querías una casa con jardín donde nuestros hijos pudieran jugar...-dijo Ken, al tiempo que sus palabras fueron calladas por el apasionado beso de Joanna.

-Eres un encanto –dijo Joanna al separar su boca de la de él.

-Tú sí eres un encanto –dijo Ken volviendo a unir su boca a la de ella.

Ya en el interior, Joanna recorrió una y otra vez todas las habitaciones, admirada de la enorme amplitud y luminosidad de la casa. Tras lo cual Ken la cogió de la mano para enseñarle el amplio jardín que rodeaba a la casa, con varios árboles y un bonito césped.

-Aquí pondré un columpio para los niños –le decía Ken tan emocionado como ella.

-Ken ¿Queremos niños? –le preguntó Joanna.

-Siempre hemos querido formar una familia.

-¿Y por qué si llevamos dos años casados, porque aún no tenemos?

-Las cosas se planean pero no siempre salen como tú quieres.

-¿Yo quiero niños?

-Los dos queremos.

-Entonces ¿Es que no podemos tener un bebé?

-Sí que podemos, el año pasado, los dos nos hicimos pruebas de fertilidad –le explicó Ken -Y los dos podemos, el único motivo es que tú estabas tan ansiosa por tenerlos que tu ansiedad provocaba el que no te quedaras embarazada, eso fue lo que dijo el médico. –le explicó sin soltarla de sus brazos.

-¿Tú quieres?

-Los dos queremos tener hijos, formar una familia. Bueno –dijo Ken cambiando de tema –La casa está hecha, los muebles son cosa tuya.

-¿Quieres que yo compre los muebles? –preguntó divertida.

-Quiero que sean a tu gusto, además tú tienes más dinero que yo –dijo en tono de broma –Imagino que tu madre ya te habrá puesto al tanto de nuestra finanzas.

-Creo que mi madre a veces habla demasiado.

-¿Solo a veces?

-No hablemos de madres –dijo Joanna –Porque sé que a alguien no le gusta mucho la pija pelirroja –dijo observando la cara de él, que agacho la cabeza para contener la risa.

-Una por pija y el otro por pobre. Está bien, dejemos a las madres a un lado como hemos hecho siempre, siempre hemos sido tú y yo, nunca nos ha importado lo que piensen los demás. –le dijo Ken pasándole el brazo por los hombros.

Esa noche después de comer, Ken estaba recostado en el sofá viendo los deportes en la tele, oyendo a Joanna salir y entrar de una habitación a otra, evidentemente estaba nerviosa, se levantó acercándose al dormitorio, parándose junto al marco de la puerta.

-¿Te pasa algo? –le preguntó desde la puerta. Dando ella un salto al oírlo volviéndose hacia él.

-Me encanta –pensó Joanna al verlo en la puerta, pues él ocupaba todo el hueco de la puerta, su silueta solo reflejada con la débil luz de la lamparita de la habitación y el reflejo de la tele, se veía imponente.

-Jo, ¿Estás bien? –volvió a preguntarle al no obtener respuesta.

-Sí, sí, estoy bien, es que me has asustado.

-¿Tan feo soy? –comentó irónico mientras volvía al salón.

-Ni mucho menos –pensó Joanna. –Ni mucho menos.-se dijo a si misma saliendo al salón tras él, que había vuelto a tenderse en el sofá. Joanna se apoyó sobre el respaldo mirándolo fijamente.

-¿Qué? –le preguntó él al verla mirándolo tan fijamente. ¿Has recordado algo? –preguntó incorporándose.

-No conozco a tus amigos, a tu familia ¿Qué pensarán cuando sepan que tu mujer, ha estado con otro, que no te recuerda? –le preguntó tan nerviosa.

-Eh, eh –dijo Ken sujetándole la cara con ternura –Lo que ha ocurrido solo nos importa a los dos, a ti y a mí. Tú no tienes la culpa de nada, tu solo has sido una víctima, a mi lo único que me importa es que estás conmigo, que vuelves a estar conmigo.

-¿No te importa si tuve relaciones íntimas con él? –le preguntó viendo el cambio en su rostro.

-¿Qué quieres que te diga, que no me importa?, claro que me importa, eres mi mujer y te quiero, pero si las tuviste no fue Joanna, fue Ellen y yo amo a Joanna, solo a Jo.

-Desde que volví no has hablado de lo que pasó, no me has preguntado si tuve sexo con él.

-¿Lo tuviste?

-No –dijo rotunda –Es cierto que se acostaba junto a mí, es cierto que lo intento, pero no tuve sexo con él. ¿Tú me crees?

-En nuestra relación siempre ha habido verdad, nunca mentiras. Nunca he dudado de ti y no lo voy a hacer ahora, si tú dices que eso fue lo que paso, yo te creo.

-Pero los demás pueden pensar...

-Jo, no hay peros. Me importa un bledo lo que piensen los demás, ni a ti ni a mí nos ha importado nunca lo que piensen la gente. Anda duerme un poco.

-¿Sabes que soñaba contigo todas las noches?, incluso hice dibujos tuyos.

-Lo sé –dijo él sonriéndole –He visto esos dibujos.

-Ken –le dijo ella muy seria –No quiero tener que volver a soñar contigo.

-Siempre has sido sincera –dijo Ken repentinamente serio,-¿Quieres que me vaya del apartamento?

-¡No! –gritó Joanna al comprender lo que él creía. –No es eso –dijo acariciándole la cara dulcemente. –Lo que quiero decir es que quiero estar contigo, no tener que soñar contigo.

-¿Estás diciendo?...

-Quiero que vuelvas a nuestra cama, que nuestra vida vuelva a ser como antes.

-¿De verdad? –dijo levantándola en sus brazos.

-Gracias por creer en mí –dijo dándole un beso en los labios –Gracias por no darte por vencido –dijo volviéndolo a besar -Gracias por no dejar de buscarme, gracias por estar ahí –dijo Joanna sin dejar de besarlo.

-Gracias por existir –le dijo Ken devolviéndole esos besos tan apasionado mientras cogiéndola en sus brazos se dirigían al dormitorio.

NUEVA VIDA

Esa noche Ken, elegantemente vestido, esperaba a que Joanna terminara de decidir lo que se iba a poner para ir al restaurante donde al fin iban a celebrar su aniversario

-Jo, cariño –la reserva era para las siete.

-¡Ya voy! –Dijo Joanna saliendo al fin con el pelo suelto y un bonito y escotado vestido rosa –¿Estoy bien?

-Estás preciosa –le dijo Ken besándola.

-¿Se me nota mucho? –le preguntó señalado el morado de su ojo.

-Jo, nadie se va a fijar en tu ojo, teniendo ese escote –dijo riéndose.

-Eres tonto.

-Anda, vamos –le dijo mientras bajaban para ir al restaurante.

Como en la vez anterior, el camarero los acompañó a la mesa, solo que esta vez Joanna sí estaba. Al terminar de cenar se dirigieron a un romántico local en el que había una pista de baile que una orquesta amenizaba con románticas melodías.

-¿Cuándo nos mudamos a la casa? –le preguntó Joanna entusiasmada.

-Mañana, tengo una reunión con el alcalde, en cuanto termine paso a recogerte y vamos a una tienda de muebles y eliges lo que más te guste, ¿Te parece bien?

-Perfecto, pero lo demás...

-Jo, lo que te quieras llevar a la casa, dile a Doris que te ayude y lo empaquetáis, cuando esté listo, lo trasladamos en la furgoneta o llamamos a una empresa de mudanzas.

-Tengo ganas de vivir allí.

-Yo también –dijo él sonriendo –pronto estaremos allí –Me alegro de que te haya gustado.

-Es..., es divina.

-Tú sí eres divina, vamos a bailar –dijo él cogiéndola de la mano y saliendo a

la pista.

-¿Hacíamos esto a menudo? –le preguntó Joanna mientras salían a la pista, a bailar tan juntos, tan unidos.

-A veces –dijo Ken sonriendo. –A veces odias las discotecas y a veces insistes tanto en ir que no ves la hora de volver a casa.

-¿Tan complicada soy? –dijo Joanna sin contener la risa.

-Eres mucho más –dijo el uniéndole sus labios dulcemente a los de ella.

-Cuéntame.

- Cocinas fatal.

-¿De veras?-preguntó divertida.

-De verdad, pero lo que más odio es que te pongas a dieta.

-¿Por qué? –siguió preguntando sin dejar de reír.

-Porque cuando lo haces, solo comemos verde, tú no pierdes ni un gramo y yo pierdo de 15 a 20 kilos.-dijo Ken riendo.

-Eres un exagerado, no puedo ser así –dijo Joanna riendo a carcajadas.

-Me encanta verte reír –dijo Ken con cara de felicidad –Me gusta cómo eres, no sabes cómo te he echado de menos, no tienes idea la falta que me has hecho -dijo acariciando su cara mientras la besaba apasionadamente.

-Kenny –dijo Jo rodeándolo con sus brazos sintiendo la sinceridad de sus palabras y el profundo amor de ese hombre hacia ella –Vámonos a casa.

-Vámonos –dijo Ken cogiéndola por la cintura mientras se dirigían a la salida para buscar su coche y volver a casa.

Al llegar a su casa, los dos se fueron directamente a su dormitorio sin dejar de besarse tan apasionadamente, sin poder separarse el uno del otro.

-Kenny, soñaba contigo todas las noches, no recordaba nada, pero recordaba tu cara, tus caricias... tu voz diciéndome te amo...

-Te amo, te amo -dijo Ken sin dejar de besarla mientras la tendía sobre la cama cubriéndola de besos y caricias tan apasionadas, tan sinceras.

No sabía qué hora era, cuando despertó abrazada a Kenny, pero debía ser tarde porque la luz del día inundaba toda la habitación.

-¿Dónde vas? -preguntó Joanna al ver como Ken se levantaba de la cama poniéndose los calzoncillos.

-Enseguida vuelvo –le dijo con una sonrisa mientras salía de la habitación.

Al poco rato Ken volvió a entrar en la habitación con una bandeja con tostadas, café y zumo.

-Hoy no es domingo –dijo Joanna sonriendo al verlo entrar solo con los ajustados slips negros, la bandeja en la mano y una servilleta en el brazo al más propio estilo de los camareros.

-Y qué más da, estamos juntos y estamos en la cama –dijo Ken poniendo la bandeja sobre la cama.

-¡Estás loco!-dijo Jo besándolo.

-Puede ser –dijo el apoyando la cabeza sobre sus pechos.

-¿Cuándo tienes la cita?

-A las once, sobre las doce o doce y media vendré por ti.

-Voy a ir con Betty, Claire y Diana, al centro, quiero comprar ropa para la casa.

-Mejor –dijo él –No quiero que te quedes sola aquí.

-Kenny, tengo que volver a la rutina, tú tienes que trabajar, no puedes estar siempre aquí conmigo.

-Me encanta estar contigo.

-Y a mí –dijo ella acariciando su cabeza.

-Entonces cuando termines con Betty, llámame y paso a recogerte.

-Genial –dijo Joanna. ¿Fumas? –le preguntó sorprendida al verlo encender un cigarrillo.

-Desde los 15 –contestó Ken riendo viendo la cara de sorpresa de Joanna.

-¿Y yo?

-Tú no, ni que yo me entere –dijo bromeando.

-No te he visto fumar desde...

-Es verdad –dijo Ken, pensando que era cierto, no había cogido un cigarrillo desde que lo encerraron.

-Uf, que mal huele –dijo ella al oler el humo del cigarrillo.

-¿Te molesta el humo? –preguntó extrañado.-Nunca te ha molestado.

-No, si no me molesta –dijo ella al tiempo que retiraba la cabeza de el -Pero huele fatal.

-Bueno, pues lo apago– dijo él apagando el cigarro.

Días después, todo estaba preparado para trasladarlo a la casa, al igual que los muebles que serían entregados ese mismo día. Joanna estaba recordando pequeñas cosas, estaba tranquila, feliz, incluso parecía haber olvidado a Jared, no así Ken, que no podía olvidar lo que había hecho, y lo peor, que aún seguía suelto. Pero se sentía feliz viendo como su esposa poco a poco volvía a ser la de siempre. Ken se disponía a marcharse de la oficina para recoger algunas cosas del apartamento para llevarlas a la casa, pues ese mismo día ya pensaban quedarse allí. Tanto él como Joanna estaban entusiasmados con la idea, no así Abby y Ángela a quien no les hacía mucha gracia que sus respectivos hijos se fueran de su lado.

-Quiero que Adams y compañía me hagan un ropero –dijo Joanna entrando en la oficina, volviéndose Ken al instante al oírla.

-Le mandare a mi mejor hombre –dijo Ken sonriendo acercándose a ella.

-Al mejor ya lo tengo –dijo Joanna con cara de felicidad abrazándolo.

-¿Qué haces aquí?, creí que estarías ya en casa –dijo besándola.

-He venido con mamá, se va a hacer una analítica. Y he pensado que podíamos irnos juntos.

-Me parece estupendo, iba a recoger unas cosas del apartamento e ir a la casa.

-¿Estarás allí cuando traigan los muebles?

-Por supuesto. –dijo Ken, cuando el claxon de un coche comenzó a sonar. Asomándose Ken por la ventana. –Es tu madre le dijo al ver a Abby en el coche que tocaba insistentemente el claxon.

-Estaremos en la consulta del doctor Meller, ¿Tardarás mucho?

-No, solo recojo unos planos y paso a recogerte a la consulta.

-Estupendo, ¡Ya voy! –Dijo Joanna a su madre asomándose a la ventana – Tanta prisa para sacarse sangre –comentó sarcástica -Hasta luego señor Adams – dijo riendo mientras salía de la oficina.

-Hasta luego compañía –le dijo él riéndose viendo como ella le lanzaba un beso con la mano.

Al llegar a la consulta, Ken fue directamente a la enfermera de recepción.

-Perdone, ¿La señora Abigail Coleman ya ha sido atendida? –le preguntó Ken.

-Ella sí, pero ahora están atendiendo a su hija –le dijo la enfermera.

-¿A Joanna? –preguntó preocupado.

-La señora Joanna Adams –dijo mirando la nota.-Ha sufrido un desvanecimiento –le dijo mientras Ken se dirigía a la puerta con intención de entrar.

-No puede entrar –le dijo la enfermera.

-Es mi mujer –dijo Ken abriendo la puerta viendo a Joanna y Abby, ya dispuestas a salir de la consulta.

-¡Joanna!, ¿Qué ha pasado? –preguntó preocupado acercándose a ella.

-Ken –dijo ella sorprendida al verlo –Nada, solo me he mareado un poco – dijo agarrándose a él.

-¿Un poco? –Dijo Abby -¡Se ha desplomado al ver la sangre!

-No sirves para vampiro –comentó Ken riendo.- ¿Estás bien, nos vamos? –le preguntó sujetándola por la cintura.

-Sí estoy bien, vámonos.

-¿Pero te vas a ir así? -protestó Abby

-Estoy bien mamá. –le dijo mientras ella y Ken salían de la consulta, montándose en el coche de él.

-¿De veras estas bien? –le preguntó Ken ya en el coche.

-Que sí –contestó ella –Como tú dices no sirvo para vampiro –dijo riéndose.

Joanna se sentía feliz de pasar su primera noche en la maravillosa casa que Ken había construido, recorriendo las cuatro habitaciones que había en la parte de arriba y que ya habían destinado; la más grande como su dormitorio, en la que Ken había hecho un “Ropero” como el que hizo en el apartamento, tan grande como una habitación, en otra habían decidido poner un despacho

para Ken, y las dos restantes, una estaría destinada a invitados y la otra para el bebé que tuvieran, todas tan luminosas, y grandes. Aunque aún quedaban cajas que vaciar, y ropa que colocar, pero Jo estaba feliz recorriendo la casa una y otra vez tan emocionada. Mientras Ken la observaba desde la cama sin dejar de reír.

-¿Quieres dejar de recorrer la casa y venir a la cama?

-¡Me encanta!, ¡Es la casa más bonita que he visto en mi vida! –le dijo Joanna desde la puerta de la habitación.

-Tú eres la más bonita, ven aquí, que quiero abrazarte. Recuerda que mañana cenamos con el alcalde.

-No tengo ropa para mañana.

-¿Qué no tienes ropa? –Preguntó asombrado -¿Entonces qué es eso que hay ahí? –Comento irónico señalando el enorme vestidor –Cenicienta, no tienes excusa, solo es una cena, volveremos a casa antes de que el coche se convierta en calabaza.

-¿Pero por qué tengo que ir yo?

-¿Por qué eres mi esposa?, Jo, no puedes esconderte siempre, tú nunca has sido cobarde, y yo te necesito a mi lado.

-Vale, pero como alguien diga algo de mi cara, le atizo.

-Trato echo –dijo Ken tirando de ella hacia la cama.-Pero como te pongas el vestido rosa tendré que atizarles yo –dijo mientras los dos reían con ganas.

Esa mañana la enorme claridad que entraba por los enormes ventanales de la amplia terraza del dormitorio, los despertó a los dos.

-Kenny, ¿Estas despierto? –le preguntó apoyando la cabeza sobre su pecho.

-¿Quieres callarte y dormir?

-No quiero dormir –dijo Joanna riendo.

-¿Pues qué quieres? –le preguntó Ken metiendo la mano por su espalda.

-Vas muy bien, sigue -dijo ella con picardía.

-Sigues siendo la misma descarada de la que me enamoré –dijo Ken poniéndola sobre él, mientras ella lo besaba en el pecho con pasión.

-¿Y no te gusta?

-Me encanta –dijo él respondiendo a las caricias de su mujer.

Tras hacer el amor, los dos permanecían abrazados en la cama.

-Joanna tengo que irme –dijo Ken levantándose -¿Quieres que te deje en algún sitio o te quedas aquí?

-Me quedo, van a venir Betty, Steven, Gloria...

-Sí, toda la panda –dijo Ken.

-No te enfades.

-No, si no me enfado, me encanta que vengan.

-¿De verdad? –dijo ella entrando en la ducha.

-Son tus amigos –dijo dándole un beso. -Así no estás sola, te llamo luego.- dijo mientras el teléfono comenzó a sonar.

-¿Sí? –contestó Ken.

-¿Señora Adams, Joanna Adams? –preguntó una voz femenina.

-Sí, es aquí, soy su marido ¿Quién la llama? –preguntó Ken.

-Es de la consulta del doctor Meller, su esposa sufrió ayer un desvanecimiento en su consulta y su madre insistió en que le hiciéramos una analítica, ya tenemos los resultados. Enhorabuena –dijo la mujer.

-Perdone –dijo Ken sin comprender -¿Por qué me da la enhorabuena.

-Su esposa está embarazada –dijo la mujer.

-¿Qué está diciendo?, ella no lo está –dijo Ken sorprendido por la noticia.

-Sí que lo está –dijo la enfermera.

-¿Está segura?

-Completamente, debe ir a su ginecólogo lo antes posible.

-Gracias –dijo Ken colgando el teléfono con una mezcla de alegría y sorpresa, pues lo que menos esperaba en estos momentos era un embarazo. Después de dos años intentándolo, ahora, precisamente ahora, Joanna se había quedado embarazada, pensó mientras miraba como ella salía de la ducha envuelta en su albornoz.

-¿Qué pasa? –preguntó Joanna al verlo quieto mirándola fijamente.

-Estas embarazada –le dijo aun sorprendido sin dejar de mirarla.

-¿Qué estás diciendo? –le preguntó Joanna tan sorprendida como él.

-Acaban de llamar de la consulta del doctor Meller.

-¿Vamos a tener un bebé? -dijo emocionada abrazándose a él.

-Un bebé –dijo el abrazándola - Dice que tienes que ir al ginecólogo.

-Después de dos años –dijo Joanna tan feliz -Nuestro hijo.

*-Si –dijo Ken –Nuestro hijo, mañana mismo iremos al médico -¿Te parece?-
dijo acariciando dulcemente su cara.*

-Kenny, por fin.

*-Llevamos mucho tiempo esperándolo –dijo Ken sin soltarla.-Ahora tienes
que cuidarte. Debemos saber si el bebé está bien después del accidente.*

-Kenny ¿Estás contento?

*-Claro que lo estoy, aún no me lo creo, lo último que esperaba en este
momento es un hijo, pero me encanta -le dijo mientras sus labios se fundían en un
apasionado beso.*

*Joanna estaba tan contenta con la noticia de su maternidad, que no podía
aguantar, tenía tantas ganas de que todo el mundo supiera lo feliz que era que en
cuanto sus amigos se fueron, se dispuso a ir a casa de su madre para darle la
noticia.*

-¡Mamá! –la llamó Joanna al entrar en la casa.

-Hola cariño –la saludó su madre al oírla –No te esperaba, ¿Estás bien?

-Mejor que bien –dijo ella con una gran sonrisa. –Solo he venido a darte una gran noticia.

-¿Te quedas en el apartamento?

-No, mamá, pero deberías ver la casa que ha hecho Ken, es preciosa.

-No lo dudo, con tu dinero...

-Mama, ¿Por qué lo atacas?

-Yo no ataco a nadie, dime cual es esa gran noticia.

-Estoy embarazada, Ken y yo vamos a tener un bebé –dijo emocionada.

-¿Qué? –dijo tan sorprendida.

-¡Vas hacer abuela!

-Vaya, todos los chulos tienen suerte, primero dio el bragetazo contigo y ahora te amarra con un hijo.

-¿Qué dices?

-Joanna, cariño eres muy joven para atarte a los hijos.

-Mamá, sabes lo mucho que los dos deseamos un bebé.

-Sobre todo él, que consiguió engatusarte y ahora te embaraza.

-Estás muy equivocada con él, creía que te haría ilusión ser abuela, pero veo que no –dijo Joanna dirigiéndose a la puerta sin poder creer lo que acababa de oír de boca de su madre.

-¡Joanna, espera!, solo es que eres muy joven, puedes esperar...

-Hasta luego mamá –dijo ella saliendo de la casa. Dirigiéndose a su coche con la intención de comunicar la noticia a sus amigos. Cuando llego al bar donde solían reunirse, se dirigió a la mesa donde estaban Betty, y Steven, Claire, Frank y Diana.

-¡Enhorabuena! -le dijeron sus amigos dándole un beso.

–Hemos visto en tu Facebook que vas a ser mamá.-le comentó su amiga

Claire.

-Vosotros sabéis lo mucho que Ken y yo deseábamos un bebé –dijo Joanna exultante de felicidad.-No he podido resistirme, quería que todos vosotros compartierais mi alegría.

-¿Y tú cómo estás?–preguntó Steven.

-Estoy feliz, y Ken también –comentó entusiasmada.

También en la oficina de Adams y compañía, Ken, que sentado en su despacho, revisaba los papeles de una obra a la que iría más tarde, estaba feliz con la noticia. Las cosas se iban arreglando, Joanna había vuelto, y poco a poco estaba recordando, estaban viviendo en la casa en la que querían formar una familia, y al fin, tras dos años intentándolo iban a tener un hijo. Cogió el teléfono marcando el número de su hermano Ben, que tras la vuelta de Joanna había vuelto a Los Ángeles.

-Diga –respondió Ben al otro lado de la línea.

-Hola hermanito –dijo Ken contento.

-Que tal estáis, te noto contento –dijo Ben.

-Lo estoy –dijo Ken sin poder contener su alegría –Solo te llamo para darte una noticia.

-¿Cómo esta Joanna?

-Embarazada, vas a ser tito –dijo riendo.

-¿De verdad? –preguntó Ben emocionado.

-De verdad –dijo Ken -Lo acabamos de saber.

-¡Joder, tío, es la mejor noticia que me podías dar! Da un beso muy fuerte a Jo, la llamaré esta noche, ¿Estáis ya en la casa?

-Sí, nos instalamos ayer, Joanna quiere reunir a la familia para “inaugurarla” –comentó divertido. –Ven el fin de semana.

-¿Sabes si irá su amiga Diana?-preguntó Ben.

-No lo sé, es probable que sí, es una de sus mejores amigas –le dijo Ken.

-Veré lo que puedo hacer. Ken, me alegro mucho, estoy deseando malcriar a mi sobrino.

-Te esperamos este fin de semana, llámanos e iremos a recogerte.

-Te llamaré, cuida mucho a mi cuñada y a mi sobrino.

-Lo haré –dijo Ken colgando el teléfono.

-¿He oído que la familia Adams crece? –dijo Tom desde la puerta del despacho.

-Crece –dijo Ken con una gran sonrisa.

-No sabes cómo me alegro, sé lo mucho que los dos lo deseabais. ¿Cómo esta Joanna?

-Está feliz, ninguno de los dos esperábamos esta noticia, mañana iremos al médico, solo espero que no haya problemas por el accidente de Joanna.

-Ya verás que no. –Dijo Tom –Tenemos una reunión, y hay que ir a la obra que está en marcha; Ah, y la reunión con el alcalde...

-Yo iré a la obra, tú ve a la reunión, y lo del alcalde ya está. Esta noche Joanna y yo cenaremos con él. –le dijo Ken.

-A la orden jefe –dijo Tom saliendo de la oficina seguido por Ken, dirigiéndose cada uno a su coche.

Ken se dirigió a la obra que estaba en plena construcción, llamando desde el móvil a su madre.

-Hola mamá.

-Hola hijo –respondió Ángela.- ¿Estáis ya en la casa?

-Sí –dijo Ken –Joanna quiere hacer una pequeña fiesta este fin de semana, solo para la familia, avísame y paso a recogerte.

-¿Cómo estáis?

-Muy bien, Joanna está embarazada.

-Bueno, a ver si cuida de su hijo más de lo que cuida de ti y del apartamento.

-Mamá, Joanna me quiere a mí y yo la quiero a ella, y no voy a permitir que te metas en nuestro matrimonio.

-No, si estoy feliz, solo me ha sorprendido, me alegro mucho hijo.

-Bueno tengo trabajo, llámame e iré a recogerte –dijo colgando el teléfono y parando el coche junto a la obra, donde estuvo hablando con el encargado de la misma, tras lo cual se puso un casco para subir a hablar con sus trabajadores sobre unos cambios.

Aún después de estar con sus amigos, Joanna seguía sintiéndose mal por las palabras de su madre, en vez de alegrarse por ella, atacaba al hombre a quien amaba, y Ken no se merecía esos ataques, y tampoco ese bebé que estaba en camino, pensaba mientras se dirigía a la obra donde la secretaria de Ken le había dicho que él estaría, aparcando el coche junto a la furgoneta de Ken. Joanna bajo del coche mirando a ver si veía a su marido, cuando una lluvia de silbidos de admiración comenzó a sonar.

-¡Eh, bombón! –le gritó uno desde arriba mientras ella se dirigía hacia la pequeña oficina de la obra, donde suponía estaría el encargado. También Ken oyó los silbidos, mirando a ver a quien iban dirigidos, sonriendo al ver que era Joanna

– ¿Que disfrutando de la vista? - comentó Ken a los nuevos obreros que Tom había contratado, que lanzaban piropos a Joanna, y que evidentemente no sabían de quien se trataba.

-Menuda pelirroja –exclamó admirado –Está para hacerle un favor.

-Pues háztelo a ti mismo y sigue trabajando, porque la pelirroja es mi mujer- le dijo Ken mientras bajaba para reunirse con ella.

-Lo siento no lo sabía -dijo el hombre marchándose - Menudo planchazo –le comentó al acercarse a uno de los trabajadores fijos de Ken.

-¿No conocías a la esposa del jefe? –Le preguntó uno de la plantilla de Ken – Porque hay fotos de ella por todos lados, todos hemos estado poniendo carteles con su foto por toda la ciudad.

-¿Ella es la que secuestraron?

-La misma, el jefe ha estado buscándola por todos sitios.

-No conocía ni al jefe, a mí me contrató Tom. Solo llevo tres días aquí.

-¿Buscas a alguien guapa? –le preguntó Ken acercándose a ella, al tiempo que ella se volvía hacia él al oírlo.

– A ti -dijo ella sonriendo al verlo, mientras lo besaba.-Estás muy guapo con el casco.

-¿Qué haces aquí?

-Fui a la oficina y me dijeron que estarías aquí.

-Jo, ¿Ocurre algo?

-No, ¿Te molesta que haya venido?

-Ni mucho menos, pero antes nunca venías a las obras.

-Aún no sé lo que hacía antes –dijo ella sonriendo.

-Me encanta que hayas venido, ¿Le has dado la noticia a tu madre?

-Sí.

-¿Y cómo lo ha tomado?

-Bien, le ha hecho mucha ilusión –dijo Joanna sin mucha convicción en la voz.

-Ya –dijo Ken adivinando lo ocurrido. –Yo casi he terminado, ¿Comemos aquí o vamos a casa?

-Podemos comer en casa, Doris ha hecho mucha comida.

-Doris es muy exagerada –le dijo Ken rodeándola por la cintura mientras se dirigían al coche.

Era tarde cuando Ken y Joanna, salieron del restaurante donde habían cenado con el alcalde y su esposa, volviendo a casa en el coche de Ken.

-¿Seguro que quieres reunir a toda la familia en un mismo sitio?-le preguntó Ken.

-¿Qué es, que se van a matar? –dijo ella riendo.

-Espero que no –dijo él contagiado por la risa de ella.

-A Ben si le caigo bien –comentó Joanna.-Es un encanto, te quiere mucho.

-Sí, también a ti -dijo Ken. -Si no hubiera sido por él...-recordó Ken.

-¿Qué prefieres niño o niña?- le preguntó Joanna, cambiando el tema de conversación, evidentemente ella no quería recordar nada de lo ocurrido.

-Creo que aún no hay bebes a la carta –dijo Ken sonriendo.-Me da igual, siempre que esté sano –le dijo Ken.

-Sí a mí también –dijo Joanna.

Enseguida llegaron a su casa, realmente era la más bonita de la zona. Ken abrió la verja con el mando a distancia introduciendo el

coche en el amplio garaje. Mientras los dos entraban en la casa, dirigiéndose directamente al dormitorio, donde Ken empezó a quitarse la ropa mientras Joanna salía del vestidor, con un camisón blanco, sumamente transparente que dejaban ver sus diminutas braguitas tanga a juego con el camisón y sus exuberantes y perfectos senos

-Kenny aún no se me nota nada –le dijo ella tendiéndose en la cama, levantándose el camisón, dejando al descubierto su barriga.

-Debe de ser más pequeño que un garbanzo-le dijo Ken riendo.

-¿Estas comparando a nuestro bebé con un garbanzo? –le preguntó ella

divertida.

-Anda tapate –dijo él cubriéndola con la sabana.

-¿Por qué? –le preguntó insinuante.

-Porque uno no es de piedra, y esas braguitas que llevas...

-¿Es que no te gustan?- le preguntó con un gesto provocativo.

-¿Me estas provocando, nena?

-¿Tu qué crees? –dijo Joanna acariciándole el pecho con sus manos.

-Estás embarazada.

-¿Y? –preguntó echándose sobre él mientras recorría su cuerpo con sus besos.

-Estás loca –dijo él, al tiempo que dulcemente recorría sus pechos con su lengua, y sus manos bajaban lentamente por todo su cuerpo, sintiendo como la excitación se iba apoderando de los dos, la pasión y el deseo los consumía con desesperación, deseando unir sus cuerpos en un torbellino de amor y pasión tan grande, tan fuerte, tan inmenso.

Joanna abrió los ojos sintiendo como el sol entraba por el ventanal de la gran terraza de su habitación, ¿Dónde estaría Ken? , se preguntó al no verlo en la cama, mientras miraba el reloj, eran más de las once, seguramente se habría ido a trabajar. Cuando el teléfono comenzó a sonar.

-Sí –respondió Joanna medio dormida.

-¿Te he despertado? –preguntó la voz de Ken con tono burlón

-Ya estaba despierta.

-¿Te has despertado hace dos segundos?

-¿Dónde estás, no te he oído irte?

-Estoy con un cliente –dijo Ken –Estabas tan dormida, tan a gusto, tan bonita, que no quise despertarte. ¿Cómo estás?

-Estoy bien

-Joanna, recuerda pedir cita para el médico.

-Lo haré ahora mismo –dijo ella –Recuerda tú que hoy es la fiesta que ha organizado mi madre.

-¿Hoy?

-Sí, a las cinco.

-Intentaré llegar a tiempo, pero tengo una reunión con un cliente en las afueras.

-Ten cuidado.

-Sí, tú también. Te quiero.

-Yo también –le dijo ella mientras colgaba el teléfono.

Esa tarde, los invitados ya habían llegado a la enorme casa de Abby, todos sus amigos, Abogados, empresarios, banqueros, hombres de finanzas, todos gente importante, en la “pequeña fiesta” que Abby había organizado para celebrar la vuelta de Joanna. Un

montón de camareros circulaban por el gran salón atendiendo a los invitados. Joanna estaba hablando con su madre.

-Ya están todos –le dijo Abby a su hija.

-Todos no –dijo Joanna –Ken aún no ha venido.

-¿Pues donde esta?, son más de las seis.

-No habrá podido llegar antes –le dijo Joanna –Tenía una reunión en las afueras de la ciudad.

-A saber con quién.

-Con un cliente mamá –dijo Joanna molesta por la insinuación de su madre. Cuando en ese momento Ken entraba en el salón, vestido con vaqueros, camisa blanca, una americana azul, y unas deportivas, que contrastaba con los elegantes trajes de los allí reunidos.

-Y mira como viene –dijo Abby despectivamente, mientras Joanna corría hacia él.

-Hola –dijo abrazándolo.

-Hola linda –le dijo Ken besándola en los labios –Me ha sido imposible llegar antes, de camino hacia aquí se me ha pinchado una rueda –dijo enseñándole las manos manchadas de grasa –Voy a lavarme las manos, ¿De qué te ríes?-le preguntó al ver como ella aguantaba la risa.

-Estás muy gracioso con las manos negras.

-¿Ah, sí? –Dijo dándole en la nariz –Oye estás muy graciosa con esa nariz tiznada.-le dijo Ken riendo también.

-¡Joanna te estamos esperando! -la llamó Abby acercándose, al tiempo que los dos se volvían hacia ella.-¡Oh, Dios mío!, ¿Qué le has hecho a mi hija? – exclamó al ver la nariz tiznada de Joanna, provocando aún más la risa de los dos al ver la cara de Abby.

-Anda, vamos a lavarnos, antes de que tu madre me fusile –dijo Ken mientras los dos se dirigían al baño sin dejar de reír.

Nada más volver al salón, Ken y Joanna fueron abordados por un tipo bajito y rechoncho, de unos sesenta años y ojos azules.

-Hola Joanna, cuanto gusto de verte –le dijo a la joven. –Estuvimos muy preocupados por tu desaparición, y estuvimos todo el tiempo apoyando a tu madre hasta que apareciste.

-Hola señor...-dijo Joanna que aún no recordaba.

Harry Ford –le dijo el hombre –Tu madre ya nos dijo que hay cosas que aún no recuerdas.

-Señor Ford –le dijo Joanna –Le voy a presentar a mi marido, Ken Adams.

-Hola muchachote –le dijo Ford condescendiente dándole a Ken una palmada en el hombro. –Abby me ha hablado mucho de ti, y creo que podías hacer algunos trabajos para mi empresa, eres un buen albañil -le dijo riendo con ironía burlándose de él, mientras le volvía a dar una palmada en el hombro con una sonrisa.

-Arquitecto –le rectificó Ken.

-Caramba, que listo es el muchacho, ar-qui-tec-to –pronuncio Ford silabeando en tono guasón -Bueno del gremio de la construcción. Yo necesito hacer un cuartito en mi jardín y otras cosillas, y creo que podrías trabajar para mí.

Ken se había dado perfecta cuenta que Ford se encontraba divertido avasallando a alguien que creía de un status inferior, y aunque su primera intención fue la de darle un puñetazo por sus burlas, por respeto a Joanna, trató de no perder las buenas maneras.

-Yo no trabajo para capullos como usted, así que búsquese a otro –le dijo Ken educadamente, cogiendo a Joanna de la cintura alejándose de él, mientras ella rompió a reír sin poder aguantar más la risa.

-¿Nos vamos? –le preguntó Ken mirando a Joanna que no dejaba de reír.

-Gracias por sacarme de aquí, no aguanto a ese pingüino –le dijo Joanna, al tiempo que Ken la miraba con sorpresa, pues ella siempre había llamado pingüino al señor Ford.

-¿Le recordabas? –le dijo mirándola.

-Sí –dijo ella riendo –Pero así evito hablar de tonterías.

-¿Eso quiere decir que recuerdas todo? –preguntó Ken con cara de felicidad.

-Todo lo importante –le dijo Joanna echándose en sus brazos y dándole un beso.-Vámonos a casa.

Ken y Joanna se fueron de la fiesta de la que algunos de los invitados sentían

el mismo desprecio por Ken, como Abby el día que lo conoció.

Aquel día, hacía ya un par de años, nada más marcharse Ken de su apartamento al que fue a construirle el vestidor, Joanna, se fue rápidamente a casa de su madre, entrando en la casa corriendo.

-¡Mamá, mamá! –gritó al entrar en casa de su madre.

-Joanna ¿Qué te pasa? –le preguntó su madre alarmada al oír los gritos de su hija.

-Mamá, he conocido al hombre de mi vida –dijo Joanna entusiasmada.

-¿Otra vez? –comentó Abby

-Esta vez es de verdad, él es el hombre con el que me voy a casar, es tan guapo, tan alto, es el mejor hombre que he conocido en mi vida –le dijo Joanna sin poder parar de hablar. –Es enorme, altísimo, muy fuerte, y tan guapo, tiene unos ojos azules maravillosos, es un tío impresionante, es..., es..., es divino. –terminó diciendo.

-¿Divino? –Comentó su madre divertida al ver el enorme entusiasmo de su hija.- ¿Cuándo le has conocido?

-Hoy –le respondió Joanna.

-¿Hoy, y ya quieres casarte con él?

-Es mi gran amor, he encontrado al hombre de mi vida –dijo la joven soñadoramente.

-¿Y cómo le has conocido? –le preguntó Abby.

-Ha venido a hacerme un armario.

-¿Un armario?, ¿Que es un carpintero? –preguntó Abby.

-No –respondió Joanna –Es un albañil.

-¿Un albañil? –preguntó Abby desconcertada. –¿Y cómo le has conocido?

-Encontré su número en una farola y lo llamé para que me hiciera el armario.

-¡Dios Mío! –exclamó Abby, pensando que su hija había perdido completamente la cabeza.

Al día siguiente, Joanna esperaba impaciente la llegada de Ken Adams, pues el día anterior le dijo que a las nueve estaría ya trabajando y ella estaba deseando volver a verlo. A las nueve en punto sonó el timbre de la entrada, mientras corría a abrirle la puerta del apartamento. Al verlo nada más abrirle la puerta, con esos vaqueros, y esa camiseta negra, tan pegada a su cuerpo, que dejaba adivinar sus pectorales, con la caja de herramientas en una mano y unas tablas de madera en la otra, Joanna no pudo reprimirse lanzándose a sus brazos, agarrándose a su cuello con frenesí, haciendo que Ken soltara lo que llevaba en las manos para sujetarla, mientras ella no dejaba de besarle tan apasionada, el enorme ruido provocado por la caída de las tablas y la caja de herramientas, hizo que las puertas de los vecinos se abrieran intrigados por el ruido.

-¿Joanna, que haces? –le preguntó Ken sorprendido por la reacción de la joven.

-¡Te he echado tanto de menos! –le dijo ella sin dejar de besarle en el cuello.

Ken entró en el apartamento sin soltar a la muchacha, mientras ella empujaba la puerta con el pie, dirigiéndose al dormitorio y echándola sobre la cama.

-¿Siempre recibes así a los que vienen a trabajar a tu casa? –le preguntó Ken que apoyado sobre ella la miraba divertido.

-Solo a ti –dijo Joanna mirándolo con pasión, agarrándolo del pelo.

-He venido a trabajar –le dijo Ken que apoyado sobre ella no dejaba de mirarla, sintiéndose cada vez excitado por esa loca de ojos verdes.

-Pues empieza –dijo Joanna provocativamente besándolo apasionadamente en los labios.

Tanto le había hablado Joanna de aquel tipo, del que decía estar locamente enamorada que Abby estaba ansiosa por conocerlo, por lo que había ido al apartamento de su hija, tocando el timbre nuevamente.

-Pasa mamá, ven, que te lo voy a presentar –le dijo Joanna llevando a su madre hasta su habitación, donde encontró a Ken, descamisado y con unos pantalones manchados, haciendo mezcla para poner unos ladrillos. –Este es Ken –dijo Joanna orgullosa presentándole a su madre –Ken, esta es mi madre.

-Encantado señora, perdone que no le de la mano, pero es que las tengo manchadas de cemento –le dijo Ken mostrándole las manos a Abby.

-¡Ay por Dios!, ¡Mi hija se quiere casar con un albañil!, ¡Que espanto! -pensó Abby aunque disimulando un poco el mal semblante que le había dejado en la cara la impresión de ver a su hija con un obrero, se repuso saludando a Ken.

-Encantada, no sabe lo que mi hija me ha hablado de usted.

-Cosas buenas, espero –dijo Ken.

-¡Buenísimas! –dijo Joanna abalanzándose sobre Ken con entusiasmo para darle un beso, abrazándose a él.

-¡Hija, que te vas a manchar! –le gritó Abby mientras interiormente pensaba -¡Qué horror!, ¡Que habré hecho yo para merecer esto!

Después de marcharse Abby, ya por la tarde, había llegado el momento de dar de mano en el trabajo.

-Quédate –le dijo Joanna abrazándolo por la espalda, cuando Ken se disponía a recoger sus cosas para marcharse.

-¿Quieres que me quede? –Le preguntó él, volviéndose hacia Joanna,

mientras ella asentía con la cabeza.-¿Nadie te ha dicho que estás loca?

-Tú –dijo ella sonriéndole.

-Eres una loca preciosa –dijo Ken besándola apasionadamente.

Desde ese día como en los cuentos, Ken y Joanna no volvieron a separarse jamás.

EL PAQUETE

Ken y Joanna se encontraban en la cocina, mientras Ken preparaba café, Desde donde por los cristales de las ventanas se divisaba la entrada a la casa y parte del jardín.

-En cuanto desayunemos nos vamos –dijo Ken que se encontraba ansioso por que el médico les confirmara que el bebé estaba bien después del accidente y la paliza recibida por Joanna.

-Gracias por venir conmigo –le dijo ella.

-También es mi hijo –le dijo Ken dándole un beso.

-He contratado un catering para mañana –le comentó Joanna –Esta tarde

vendrán a traer las mesas y las sillas, lo haremos en el jardín.

-Jo, no quiero que gente extraña entre en la casa.

-No son extraños, me los ha recomendado Betty, estuvieron en su fiesta de cumpleaños.

-Haz lo que quieras, pero espera a que yo esté aquí, no abras a nadie si estás sola –le dijo Ken en tono preocupado.

-De acuerdo –dijo ella dándole un beso, cuando el timbre de la puerta comenzó a sonar. Dirigiéndose los dos hacia la puerta.

-Hola –saludó un joven –Traigo un paquete para Joanna Adams.

-Yo soy –dijo ella.

-Firme aquí –dijo el joven alargando un papel para que Joanna lo firmara, tras lo cual entregó la pequeña caja a la joven.

-Tome –dijo Ken dándole una propina, cerrando la puerta tras él.

-¿Es tuyo? –preguntó Joanna disponiéndose a abrir el paquete.

-¿Por qué te voy a enviar un paquete si te lo puedo dar personalmente? –dijo Ken.

-Tienes razón –dijo Joanna sonriendo –¿Entonces de quién es?

-Ábrelo y lo sabremos –le dijo Ken. Mientras ella se disponía a terminar de abrirlo, viendo una nota y unas diminutas y sexi braguitas- tanga.

-¿Qué es? –le preguntó Ken.

-¡Las has mandado tú! –Le dijo Joanna sonriendo enseñándole las braguitas –¿Quieres que las estrenemos esta noche?

-Joanna, yo no te he mandado eso –dijo Ken con voz seria.

-Sí, has sido tú –dijo ella repentinamente seria cogiendo el sobre en el que ponía, “Con todo mi amor”.

Ken se apresuró a coger el sobre leyendo la nota que había en su interior,

“Volveré a follarte con ellas, solo que esta vez estarás consciente, me he masturbado muchas veces pensando en ti, mientras lamia estas braguitas con mi lengua, espero que cuando te las pongas, tú también recuerdes nuestro amor”. Y estaba firmado por Jared “El padre de tu hijo”

P.D .Lo siento Ken, aun inconsciente te aseguro que disfrutó como una loca.

-¡Hijo de puta! –gritó Ken furioso.

-Kenny, te juro que no tuve sexo con él, te lo juro –le dijo Joanna sin poder evitar ponerse a llorar. -¡No es su hijo, no es su hijo!

-Tranquila cariño –dijo Ken abrazándola –Lo sé perfectamente, ese niño es mi hijo. ¿Son tuyas? –le preguntó cogiendo las braguitas.

Joanna las miro, poniéndose a llorar aún más fuerte asintiendo con la cabeza

-¡Vamos a acabar esto de una vez! –dijo Ken tan furioso. –Dirigiéndose al teléfono para llamar al teniente Ramírez, si en ese momento lo hubiera tenido delante se le habrían acabado de una vez las ganas de molestar a su mujer. Tras hablar con el policía, Ken volvió a buscar a Joanna que no dejaba de llorar acurrucada en un

extremo del sofá, se sentó junto a ella apretándola fuertemente entre sus brazos. -La policía va a venir, lo van a coger y todo esto solo nos va a parecer una pesadilla –le dijo sin dejar de apretarla junto a su pecho.

-Kenny –dijo Joanna entre sollozos –Las llevaba el día del accidente, me las puse para celebrar nuestro aniversario, recuerdo que intenté adelantar una furgoneta y un camión venia hacia mí, intenté evitarlo pero no pude evitar el árbol –le contó Joanna.

-¿Recuerdas algo más? –preguntó Ken.

-Cuando desperté me dolía muchísimo la cabeza, tanto que parecía que iba a estallar, me dolía todo el cuerpo y no me podía mover.

-Estarías aún bajo los efectos del accidente.

-Estaba atada a la cama –dijo Joanna –El médico dijo que no me moviera de la cama, que estaba tan mareada que podía caerme.

Ken se sentía cada vez peor al escuchar el relato de su mujer, no solo la secuestró, provocando que ella tuviera un accidente que casi le cuesta la vida, sino que además ni siquiera la llevó a un hospital, atándola a la cama sin saber las lesiones que hubiera podido sufrir con el accidente. ¿Qué clase de hombre era ese al que él había llamado amigo durante tanto tiempo?, Nunca había odiado a nadie, pero en ese momento odiaba a Jared con todas sus fuerzas.

-Joanna, no hubo ningún médico –le contó Ken.

-Sí –dijo Joanna convencida –Él dijo que me curaron y me pusieron una venda en el hospital.

-No te llevó a ningún hospital.

-¿Estás seguro? –preguntó escéptica.

-Completamente –dijo Ken rotundo –Lo primero que hice fue buscarte por todos los hospitales de la ciudad.

-Pero él me dio medicinas.

-Él te dio calmantes para el dolor, y somníferos para tenerte controlada.

-¿Cómo sabes tú todo eso?

-Porque no he dejado de buscarte desde que no llegaste a tu cita conmigo en el restaurante.

-¿Por qué me hace esto? –preguntó Joanna desesperada sin moverse de entre los brazos de su marido.

-Ojala lo supiera mi amor, ojala lo supiera –dijo Ken besando dulcemente la cabeza de su mujer.

Al marcharse los policías, Ken y Joanna se dirigieron a la consulta del médico donde ella tenía la cita con su ginecólogo, y donde el médico le hizo un montón de preguntas a Joanna, sobre todo del

accidente, tras lo cual procedió a diversas pruebas físicas, entre las que estaba una ecografía para determinar el estado del feto.

-Todo parece estar bien–dijo el médico viendo las imágenes de la pantalla de la ecografía. -Es un milagro que este niño haya sobrevivido al accidente y la paliza –les dijo el médico. -Estas de muy poco.

-¿De cuánto? –le preguntó Joanna.

-De cuatro semanas –dijo el médico. – Ven la semana que viene, vamos a controlar que este niño salga adelante sin más incidencias ¿Te parece? –preguntó el médico amigablemente.

-Lo haremos –dijo Ken mientras él y Joanna salían de la consulta dirigiéndose a su coche.

Camino a casa los dos permanecían callados, quizás pensando que ese era el tiempo en que ella estuvo en manos de Jared. –

-No quiero el hijo de un violador –dijo Joanna repentinamente.

-¿Qué estás diciendo?-dijo Ken al oírla.

-Lo que has oído –Dijo Joanna con firmeza – No quiero un hijo de Jared.- ¡No podría vivir con un hijo de él! –dijo rompiendo a llorar.

-También puede ser mi hijo –dijo Ken al tiempo que aparcaba el coche en un lateral de la carretera. -Nuestro hijo.

-¿Cómo sé que es tuyo? –le preguntó desesperada.

-¿Cómo sabes que es de Jared? –le dijo Ken tan desesperado como ella.

-¡Has leído la nota, me violó! –gritó Joanna.

-¡Jared no ha dicho una verdad en mucho tiempo!, ¡Es un mentiroso, un enfermo!

-¿Y si es de él? –dijo ella bajando la voz.

-¿Y si es mío? –Dijo Ken abrazándola –Joanna debemos hablar de esto con calma. –le dijo Ken con seguridad en la voz, volviendo a arrancar el coche.

Al llegar a casa, Joanna subió directamente a su habitación, tendiéndose en la cama sin poder dejar de llorar. Ken desde la puerta de la habitación se sentía tan desesperado por la situación, tan impotente viendo a su esposa tirada en la cama sin dejar de llorar, cuando debería estar contenta y feliz después de tanto tiempo y la

enorme ilusión que ella..., que los dos tenían por tener un hijo.

Ken subió a la habitación acercándose a Joanna que permanecía en la cama, con los ojos rojos de llorar.

-Jo, cariño, no me gusta verte así. –dijo Ken acariciándole la cara con la mano suavemente.

-¿Cómo quieres que este?, acabo de enterarme de que mi hijo, al que tanto he deseado, posiblemente no es de mi marido, ¡sino de un tipo que me secuestró y me violó estando inconsciente!

-Jo, hubiera hecho cualquier cosa para evitar que esto ocurriera –dijo Ken abrazándola fuertemente, intentando consolarla, intentando que atendiera a sus razonamientos. –Joanna, cariño, deja de llorar ya, eso es lo que pretende ese indeseable, amargarnos la vida, no podemos permitir que lo consiga, el bebé que esperas es tuyo y no de Jared, al que pronto encontrará la policía para detenerlo y mandarlo a la cárcel. Jared siempre fue un embustero y hasta que nazca el niño, todo esto es algo que tienes que olvidar.

-¡Pero tú no lo entiendes! –Dijo Joanna llorando aún más fuerte -¡Lo que ha pasado es muy grande!, ¡Y yo no puedo olvidarlo!, ¡Ni perdonarlo! –dijo Joanna en voz alta un tanto histérica al tiempo que entraba Abby en la habitación.

-¿Qué te ha pasado? –le preguntó su madre que había oído la última frase que había dicho Joanna, creyendo que le había pegado su marido. -¿Qué te ha hecho este muerto de hambre?

-Señora, sin ofender –le dijo Ken en tono apacible.

-¡Como hayas tenido la dicha de pegarle a mi hija, te meteré en la cárcel, convenceré al alcaide de que tire la llave de la celda al río Hudson, y contrataré a una banda de negros para que te violen todos los días en la cárcel, hasta que te pudras allí dentro! –Dijo Abby completamente furibunda mientras se acercaba a abrazar a su hija.

-¡Joder con la señora! –exclamó Ken estupefacto por las palabras que

acababa de escuchar.

-No mamá, Ken no me ha hecho nada, solo me estaba consolando –le dijo Joanna.

-¿De verdad, que no te ha hecho nada? –le volvió a preguntar a Joanna algo más calmada.

-No señora, no le he hecho nada –le dijo Ken. ¿Y se puede saber cómo ha entrado usted aquí?, ¿Tiene el don de la ubicuidad?, parece un fantasma.

-Yo le di una llave de la casa –le dijo Joanna algo más calmada, cuando sonó el timbre de la puerta.

-Yo iré –dijo Ken.

-Kenny no me encuentro con ánimos para una fiesta -le dijo Joanna -Si son los del catering, por favor diles que se vayan, que dejaremos la fiesta para más adelante –le dijo Joanna.

-Muy bien, como tú quieras –le dijo Ken que empezó a bajar las escaleras, mientras Joanna le contaba a su madre lo ocurrido.

-Mamá, yo no puedo tener un niño que no sé si voy a querer, los bebés son para quererlos, y yo no estoy segura –dijo Joanna comenzando a llorar.

-Te comprendo hija mía, te comprendo –le dijo su madre dándole palmaditas en la espalda mientras la abrazaba.

-¿Tú que me aconsejas?, ¿Qué puedo hacer? –le preguntó Joanna.

-Que abortes –Le dijo Abby secamente.

-¿Qué? –Preguntó Joanna que no daba crédito a lo que acababa de oír de su madre.- ¿Y si es de Ken?

-Qué más da –le dijo su madre –Tú eres muy joven, solo tienes veinticuatro años, y has abandonado tu carrera de derecho, para convivir con este impresentable.

-Lo dejé porque no me gustaba ser abogada mamá, Ken no tuvo nada que ver en esto.

-Con mis contactos, de abogada tendrías el mejor bufete de Nueva York, y triunfarías en la vida.

-Para mí triunfar en la vida es ser feliz –le dijo Joanna en tono serio. -Y con Ken soy la persona más feliz del mundo.

Ken se había quedado abajo, en el salón despidiendo a los empleados del catering, y emplazándolos para una próxima ocasión. Cuando vio como Joanna más calmada bajaba las escaleras junto con su madre.

-Y no te preocupes por eso –le dijo Abby a su hija. –Tú haz lo que te he dicho y veras como todo se soluciona.

-¿Qué?, ¿Has visto ya que yo no tengo la culpa? –le preguntó Ken a Abby.

-Sí, perdona –dijo Abby excusándose de mala gana. –No estuve muy atinada en mis palabras.

-Pues la próxima vez pregunta primero y dispara después –le dijo Ken abriéndole la puerta de la calle. –Y sobre todo llama antes de entrar.

Tras la marcha de Abby, Ken y Joanna se quedaron solos en el salón de su casa, sentándose ambos en el sofá, echando Ken el brazo sobre los hombros de Joanna mientras hablaban.

-Bueno –dijo Ken -¿Qué es lo que te ha dicho la bruja de tu madre?

-Nada –dijo Joanna -No hables así de ella.

-¿Nada? –Replicó Ken -¿Entonces por qué dijo que hicieras lo que ella te había dicho?.

Joanna antes de contestar se quedó unos segundos en silencio como presagiando el anuncio de algo importante.

-Ken, voy a abortar, lo tengo decidido.

-¡Dirás que lo ha decidido tu madre!

-Es lo mejor, mi madre tiene razón.

-¡Lo mejor para quien!, ¿Para tu hijo? Que le privaras del derecho a vivir

antes de nacer, privándole del amor que le puedes dar a tu bebé y de sentirlo en tus brazos.

-Es que tú no lo entiendes –dijo Joanna empezando a llorar. ¿Cómo podría querer al hijo del que me ha violado? –dijo la joven mientras Ken la estrechaba en sus brazos.

-Joanna, Joanna –le dijo con cariño –Para saber si es hijo de Jared o es mío, habría que hacerle al niño la prueba de A.D.N, pero aunque no sea mío, será tu hijo, porque tú lo parirás y le darás todo el amor del mundo que tu hijo se merece, porque es injusto que pague tu hijo por los delitos cometidos por su padre, y una cosa te garantizo, que yo lo querría igual por el simple hecho de ser hijo tuyo, y yo sería su único padre.

-No sé, me haces dudar –le dijo Joanna confusa con lágrimas en los ojos.

-Joanna cariño –le dijo Ken en tono sereno –No voy a dejar que hagas eso a alguien que puede ser hijo mío, nosotros vamos a

criar a ese niño porque es nuestro hijo, y si después de nacer y verle la carita, si después de haberle hecho las pruebas de paternidad, decides que no lo quieres, lo puedes dar en adopción antes de quitarle la vida, pero de una cosa puedes estar segura, y es de que yo querré a ese niño con todas mis fuerzas, y conmigo no le faltará nunca un padre.

-Kenny –le dijo Joanna abrazándose a él –Que bueno eres.

-Porque te quiero. –le dijo Ken fundiéndose ambos en un apasionado beso.

Esa noche ninguno de los dos durmió mucho, aún era temprano cuando Ken abrió los ojos con Joanna entre sus brazos, viendo que ella también tenía los ojos abiertos mirando fijamente hacia ningún lugar.

-Jo, ¿Estas despierta?

-Sí –le respondió ella sin volverse hacia él.

-Jo, he pensado que si sería una buena idea hacer esa reunión para que nuestros amigos vean nuestra casa. –dijo inclinándose sobre ella.

-¿Tú crees?

-Sí –dijo él convencido. –Seguro que les gusta.

-A los chicos les ha encantado.-dijo ella volviéndose hacia él.

El teléfono comenzó a sonar, descolgándolo Ken rápidamente, el cual hablo unos momentos, pasándole acto seguido el teléfono a Joanna.

-Es Diana –dijo dándole el teléfono.

-Espero no haberte despertado –le dijo su amiga Diana.

-No, ya estábamos despiertos, no sé si viene Ben –dijo cuando vio la sonrisa de Ken. –Vale díselo a los chicos, hasta luego –dijo colgando el teléfono. –Diana pregunta si tu hermano va a venir –le preguntó a Ken.

-Creo que mi hermanito ha hecho una nueva conquista –comentó Ken riendo, provocando también la sonrisa de Joanna.

-Diana dice que está loca por él.

-A Ben también le gusta, estuvieron juntos pegando carteles con tu foto por toda la ciudad –le contó Ken. –Seguro que si sabe que ella estará aquí vendrá –dijo Ken.-Creo que deberías volver a llamar a los del catering.

-Lo haré a hora mismo –dijo ella levantándose de la cama.

-Jo, te quiero –le dijo Ken sujetándola del brazo.

-Y yo a ti –dijo ella besándolo en los labios.

-Haré el desayuno mientras tú los llamas –le dijo Ken levantándose tras ella.

Cuando Joanna bajo a la cocina, Ken ya había preparado el café y las tostadas, y Doris acababa de llegar.

-Pero bueno, me retraso un poco y el señorito Ken me quita el puesto –dijo bromeando.

-Doris, la próxima vez que me llames señorito, te tiraré a la piscina de mi suegra desde aquí –le dijo Ken acercándose a ella, mientras ella corría tras Joanna para darle un beso con alegría, sonriendo ken tímidamente al ver la escena.

-Anda se bueno –dijo Doris, que era una mujer de mediana edad, bajita y algo regordeta de cabello rubio –Que te he traído filetes de los que a ti te gustan –

dijo dándole un beso.

-Sabía que estás loca por mí –le dijo Ken dándole un abrazo.

-Anda, anda, tú sí que sabes camelar a una mujer, ¿Y a ti que te pasa? – preguntó mirando a Joanna.

-Nada –respondió ella.

-Nunca se te ha dado bien mentir, y a mí no puedes engañarme, te conozco mejor que tu madre -le dijo acercándose a ella, al tiempo que Joanna se echaba a llorar abrazándose a Doris.

-¿Le ha pasado algo al bebe? –preguntó Doris preocupada.

-No es eso Doris – le dijo Ken –El bebé está bien. –le dijo Ken,

Mientras las dos iban al salón sentándose en el sofá, donde Joanna se desahogó con ella contándole todo lo ocurrido

-Joanna, mírame -le dijo cogiéndole la cara –Tú, que siempre has luchado por lo que quieres, ¿Vas a dejar que un cabrón, hijo de puta te amargue el momento que tanto deseabais tú y Ken?-le dijo secándole las lágrimas de la cara. –Ahora vas a subir a tu habitación y te vas a poner guapa para recibir a tus amigos, y lo vas a pasar bien con ese gigante que tienes por marido y que está loco por ti –le dijo Doris dándole un beso. Tras lo cual, Joanna más tranquila, subió a su habitación a vestirse y Doris salió del salón viendo a Ken que las observaba desde la puerta.

-Ken, perdona las palabrotas, pero conozco a esa niña desde que tenía cinco años y la quiero mucho y me repatea que ese..., ese asqueroso le esté haciendo tanto daño, que os esté haciendo tanto daño a los dos.

-Lo sé Doris, no tienes que disculparte –le dijo Ken –A veces creo que tú eres más madre de ella que Abby.

Ben llegó a casa de su hermano varias horas antes de la fiesta, tenía tantas ganas de abrazar a Ken y a Joanna después de todo lo que habían pasado ambos, y le parecía una magnífica idea la de organizar una fiesta, no solo para celebrar la casa nueva sino por la alegría de que su hermano y su cuñada estuvieran de nuevo juntos, y de que su amor resultó ser más fuerte que las adversidades,

reiniciando ambos, el camino de la felicidad que siempre habían tenido.

Ken y Ben se encontraban sentados en el salón tomando una copa de jerez.

-Está bueno –le dijo Ben saboreando el vino.

-Sí, lo ha traído Diana, en su familia nunca falta el jerez en sus fiestas.

-Tienen buenos gustos las pijas –dijo Ben riendo –Además están buenísimas.

-Que no te oiga Diana que la llamas pija –le dijo Ken riendo también.

-¿Tú crees que querrá salir conmigo?, me vuelve loco cada vez que la veo.

-Pregúntaselo tú – le dijo Ken, que había visto como entraba Diana en la casa momentos antes subiendo a la primera planta con su mujer para hablar las dos chicas –Está en la habitación con Joanna.

-Antes vi a Joanna un poco triste, pensé que estaría más contenta. –le comentó Ben.

-Joanna está pasando ahora un calvario – le dijo Ken algo serio, contándole a su hermano lo ocurrido acerca de Jared,

quedándose Ben realmente preocupado.-De manera que Joanna está dudando si tiene al bebé o no, porque piensa que puede ser de ese mal nacido –continuo diciendo Ken. –He puesto los hechos en conocimiento de la policía, pero he pensado en volver a contratar al detective O’Neill, para ver si lo encuentra.

-Y le daremos una paliza –dijo Ben con determinación. –Cuando lo encontremos, le pienso dar una paliza tan grande que no se va a acercar a Joanna a menos de diez kilómetros después de que salga de la cárcel.

-Eso es cosa mía – le dijo Ken seriamente a su hermano que parecía no haberle oído puesto que seguía hablando con frenesí.

-Le pondré una talega en la cabeza, y con el cabo de un pico, le estaré dando leñazos con todas mis fuerzas, hasta que se me olvide porque le pego.-Lo que hizo que Ken se echase a reír, pensando en lo bruto y buena gente que era su hermano –Y te prometo que tengo buena memoria –terminó diciendo Ben.

-Gracias Ben por tu entusiasmo –le dijo Ken –Pero esto es solo entre él y yo, y además te digo una cosa –le dijo Ken muy serio. –Que ojalá lo encuentre la policía, porque como lo encuentre yo, te prometo que lo mataré. –le dijo Ken con determinación, mirando fijamente a su hermano.

Cuando Joanna y su amiga Diana bajaron de la habitación, Ben había ido a recoger a su madre y Ken recibía a los primeros invitados, a sus amigos, los cuales trabajaban en su empresa como

profesionales de la construcción, y conocían a Ken desde niños. Y los amigos de Joanna que llegaron casi a la vez.

Todos se dirigieron a esa zona del jardín donde estaban colocadas las mesas y sillas, cerca de una gran mesa donde había gran variedad de comida y bebida. Joanna se encontraba junto a Ken hablando con los amigos de él, cuando llegó Ben con su madre, que se acercó a saludar a su hijo y a su nuera

-Ben – le dijo Joanna cogiéndolo del brazo

-Dime cuñada –le dijo Ben

-¿Por qué no vas a la cocina y traes un poco de hielo? –le dijo la joven.

-Yo que tu iría a por el hielo, ya –le dijo Ken, mientras él y Joanna veían como el joven entraba en la casa sonriendo.

-¿Me he perdido algo? –preguntó Ángela al ver las miradas cómplices de su hijo y su nuera.

-No –dijeron los dos a la vez, al tiempo que Ken acercaba a Joanna hacia él.

-Mira, ya ha llegado mamá –le dijo Joanna acercándose a recibir a su madre. Al tiempo que Ángela cogía a su hijo del brazo apartándolo a un rincón.

-Tu hermano me ha contado lo que ha pasado. –le dijo su madre. –¿Cómo esta Joanna?

-Puedes imaginártelo –le dijo Ken –Ninguno de los dos esperábamos esto, ella está destrozada, incluso se está planteando abortar.

-Pues déjala que aborte.

-¿Cómo? –le dijo Ken incrédulo.

-Tú para que vas a criar al hijo de otro.

-Mamá –le dijo Ken con semblante serio –Ese no es el hijo de otro, es mi hijo, y me gustaría mucho que tú fueras para él su abuela. -dijo Ken apartándose de ella mientras iba a buscar a Joanna, la cual se encontraba hablando con su madre.

-Mama, Ken y yo hemos decidido esperar a que nazca –le dijo Joanna a su madre, cuando esta le comunico que le había organizado una cita para el aborto, cuando Ken se acercó rodeando a Joanna por la cintura.

-Pero...-protestó Abby.

-Señora las decisiones en nuestro matrimonio las tomamos su hija y yo, nadie más. –dijo con firmeza mientras se alejaba con Joanna de allí.

-Ha venido con su amiga –le comentó Joanna a Ken, indicándole a una mujer muy elegantemente vestida que se acercó a Abby al verla sola.

-Ya me parecía a mí que a esa cacatúa no la conocía yo–dijo Ken.

-Ken cállate, te va a oír –dijo Joanna riendo.

-Me encanta tu risa –dijo mirándola dulcemente mientras unía sus labios a los de ella.

-No dejes que tu madre entre al salón –le dijo Joanna.

-¿Por qué, hay fuego? –le preguntó Ken intrigado.

-En cierto modo, Ben y Diana están “hablando” -le comentó Joanna sonriendo con doble intención.

-¿Y por qué te hace tanta gracia?

-Porque si siguen hablando así –dijo Joanna sin dejar de reír –Tu madre va a tener que aguantar a dos pijas. -Le dijo Joanna a Ken mientras veían por la puerta del salón como Ben y Diana se besaban apasionadamente.

-Pues dejamos que sigan “hablando”. Eres incorregible –le dijo Ken riendo

también mientras la volvía a besar.

La fiesta transcurría animadamente, todos se estaban divirtiendo, incluso Joanna, que olvidó en esos momentos sus

preocupaciones, pues allí se respiraba verdadera amistad, y el amor reinaba en el ambiente.

-Joanna, ¿Sabes dónde hay hielo?, se ha acabado el de la cubitera –le dijo Claire que se acercó hacia ella.

-Claro en el frigorífico, coge todos los que quieras –le dijo Joanna a su amiga.

-Joanna, estás arrebatadora, ese vestido te queda genial –le dijo Claire mirando el bonito vestido rojo fuego ajustado al cuerpo y con un amplio escote palabra de honor, que resaltaba aún más la exuberante belleza de Joanna.

-¿Te gusta?, es un modelito que tenía en mi armario y que estoy estrenando hoy con los zapatos a juego –le dijo Joanna mostrándole unos elegantes zapatos rojos de tacón alto, que realzaban aún más su figura.

-Estás divina, seguro que el bebé que esperas va a ser niño, porque estas cada vez más guapa.- le dijo Claire dirigiéndose finalmente a la cocina.

Joanna se repartía entre todos los invitados a la fiesta, procurando que no faltara comida ni bebida, y que todos se divirtieran, mientras Ken atendía a sus amigos sin perderla de vista, pensando que había sido un acierto lo de la fiesta, pues Joanna estaba relajada y tranquila, era un alivio verla reír, y aunque sabía

que las cosas no iban a ser fáciles para ninguno de los dos, al menos en esos momentos, los problemas quedaban fuera.

Joanna se encontraba hablando con su amiga Betty en un balancín que Ken había puesto junto a la puerta de entrada a la casa.

-¿Has visto que guapo está? –le preguntó Betty a Joanna.

-¿Quién? –le preguntó Joanna.

-Tom, al amigo de tu marido. –Es tan guapo, y tan alto como Ken.

-¿Y qué haces aquí hablando conmigo?. Él está ahora mismo allí –le dijo Joanna con una sonrisa.

-Si lo veo no podré resistirme a él, es tan fuerte, tan guapo, tan...

-No te resistas, si te gusta lánzate a por él.

-¿Y que pensarán mis padres si me enamoro de un obrero?

-De un hombre –le dijo Joanna –Tom es muy buena gente, muy trabajador.

-A mi padre le daría un infarto, si me enamoro de alguien sin carrera y sin dineros.

-Manda a la porra a tus padres, y sé feliz –le dijo Joanna -Cuando yo conocí a Ken, solo era un obrero sin un dólar en el bolsillo, lo nuestro fue un flechazo, y no me arrepiento, él es la mejor persona del mundo y está tan loco por mí como yo lo estoy por él.

-Pero tú eres caso aparte –le dijo Betty riendo –Tu siempre has estado un poco loca.

-El amor es la locura más maravillosa del mundo, si no hubiera sido por el amor y la confianza que Ken tiene en mí, yo seguiría en manos de ese loco.

-Tienes razón –dijo Betty –Todos creían que le habías abandonado, pero él jamás lo creyó, él y su hermano movilizaron a toda la gente para buscarte, es bonito que a una la quieran de esa manera.

-Pues si quieres a Tom, no lo dejes escapar por convencionalismos estúpidos, mándalos a la mierda y no rechaces al amor.

-¿Tú crees?

-Totalmente –dijo Joanna convencida –El amor no entiende de convencionalismos ni clases sociales.

En aquel rincón del jardín, junto al estanque con los nenúfares en flor que Ken hizo plantar, él y Tom, se encontraban

hablando mientras tomaban algo de comer para acompañar a la bebida.

-Muchas gracias Tom –le dijo Ken que conversaba con él con una copa en la mano. –Muchas gracias por dirigir la empresa el tiempo que no me he podido ocupar de ella, y sobre todo, muchas gracias por el esfuerzo que habéis hecho tú y los muchachos por buscar todos a mi mujer.

-No las merece Ken, los chicos y yo somos tus amigos, no te podíamos dejar en la estacada, los amigos se ayudan hasta la muerte.

-Sí, y sobre la amistad habéis dado una lección con el esfuerzo tan grande que habéis llevado estos días.

-Ken, te quería pedir un favor –le dijo Tom inseguro, con actitud algo embarazosa.

-Pide lo que quieras –le contestó rápidamente Ken.

-¿Tu podías hablarle de mi bien a Betty?, la amiga de tu mujer.

-Yo siempre hablo bien de ti.

-Verás, es que últimamente noto como que me rehúye cuando me acerco a ella. Cuando estuvimos pegando carteles de Joanna por la ciudad, pasamos muchas horas juntos, compartiendo los sentimientos que nos producía la desaparición de tu esposa,

compartiendo el trabajo y las preocupaciones, y yo creo que llegamos a congeniar. El día que nos enteramos que habías rescatado a tu mujer en Los Ángeles, quedamos todos los chicos con las amigas de Joanna para descorchar unas botellas de champan para celebrarlo, y yo creía que le había hecho tilín, y en nuestra euforia, cogí y la besé en la boca, y me sorprendió que Betty no solo me devolviera el beso, sino que se enganchara en mi cuello a besarme como una loca, tanto que solo me faltó hacerle el amor aquella noche.

-Pues eso está muy bien, la cosa marcha.

-Sí, pero desde entonces es imposible hablar con ella por teléfono, y cuando me acerco siempre tiene una excusa para salir corriendo.

-Ay, Tom, viejo amigo, toda la vida quitándote de encima a las chicas como a

las moscas y ahora suspirando por una mujer –le dijo Ken echándole el brazo por los hombros.

-Ese creo que puede ser el problema Ken, que haya llegado a sus oídos mi fama de mujeriego y por eso me rehúye.

-¿Pero cuando te ha rechazado a ti una mujer por eso?, a las mujeres les gustan los mujeriegos, el sentir que la has elegido a ella sobre las demás, eso las excita, las pone, y si tiene la cara tan dura como tú, más todavía. –le dijo Ken riéndose.

-Déjate de chorradas Ken; A lo mejor se cree que solo la quiero para pasar el rato y por eso se aleja de mí.

-No te preocupes, yo hablaré con Betty y le diré lo buen tipo que eres, lo bien que trabajas, en todos los sentidos, claro, lo bien que cantas y hasta lo bien que guisas –le dijo Ken a carcajadas, pues le hacía gracia esta situación, ante el semblante serio de Tom.

-Me parece a mí que eres un poquito cabrón-le dijo Tom empezando a reír también.

-Le diré a Joanna que le hable bien de ti –terminó diciendo Ken mientras ambos seguían riendo.

Muy cerca de ellos se encontraba Abby, que estaba oyendo la conversación y no perdía oportunidad para criticar con cruel ironía a Ken y sus amigos.

-Vaya vocabulario tan exquisito que tienen los carpinteros estos –le dijo a su amiga Barbará con la que estaba conversando. –Como para presentarlos en sociedad, se dicen cabrón y se quedan tan a gusto. De todas maneras qué podemos esperar de esta gentuza analfabeta, que seguro que no saben ni firmar.

-Pues tu hija dice que tu yerno es arquitecto y que su amigo también tiene estudios –hizo notar Barbará.

-Es igual, son analfabetos ignorantes que no saben ni hablar, no sé cómo mi hija se ha podido mezclar con esta gente –Dijo Abby –Míralos –dijo señalando a los amigos de Ken que estaban algo más

allá disfrutando de comer unos aperitivos de una mesa con unas bebidas. - Son incorregibles, se tiran a la mesa de los canapés como buitres, parece que no han comido nunca. Solo hay una cosa de la que me alegro, que no esté aquí Pamela, la esposa del gobernador, porque entonces me moriría de vergüenza –dijo Abby. Mientras los amigos de Ken, se dirigieron hacia él, eufóricos de felicidad por ver a Ken con su esposa juntos.

-¡Ken, Ken, Ken es cojonudo, como Ken, no hay ninguno! -cantaban sus amigos a voces, mientras se dirigían a por Ken al que cogieron para mantearlo con sus manos.

-Esto no se hace, sois unos cabrones. –Dijo Ken riendo mientras lo soltaban en el suelo,-Ven aquí preciosa–le dijo a Joanna al verla frente a él, que reía con ganas, sin dejar de mirarlo y que corrió a sus brazos abrazándose a él.

-¡Ay, madre mía!, !Esto no lo puedo soportar! –Le dijo Abby a su amiga.- ¡Que espectáculo más bochornoso! menos mal que no está aquí ninguna de mis amigas, excepto tú –rectifico Abby -¿Pero tú no se lo contarás a nadie? –le preguntó asustada.

-A nadie querida, de mí no saldrá ni una palabra –le comentó Barbará, la cual ya estaba pensando lo bien que se lo iba a pasar con sus amigas comentando la fiesta.

Mientras, Ken y Joanna seguían abrazados junto a todos los amigos de Ken, que empezaron a cantar al tiempo que todos se

agarraban por la cintura y empezaban a bailar la conga por todo el jardín.

Los días pasaban, tranquilos, Ken se sentía feliz de que Joanna hubiera decidido seguir con su embarazo, incluso la sentía más fuerte y segura, poco a poco volvía a ser la Joanna de siempre, su Joanna, las risas volvían a inundar su casa, ninguno de los dos había vuelto a hablar de Jared, y la ilusión por ese bebé cada vez era más fuerte.

Esa mañana, Ken llevaba un rato despierto mirando a Joanna, contemplando la suave curva que se iba formando en su vientre ,ella se veía tan tranquila, tan a gusto dormida junto a él, hasta que empezó a desperezarse, abriendo los ojos, viendo

los ojos de su marido fijos en ella.

-¿Qué pasa?

-Nada –le dijo Ken –Solo miraba lo preciosa que eres.-dijo dándole un beso.

-Eres un mentiroso –bromeó ella acurrucándose junto a él.

-Jamás lo he sido –le dijo Ken riéndose mientras le apartaba su larga melena rojiza de la cara.-Eres preciosa, pero desde que estás embarazada estás más bonita si cabe.

-¿Tú crees? –preguntó ella con una sonrisa. ¿Y cuando me ponga tan gorda como un balón?

-¿Un balón? –Comentó el divertido -¿De rugby?

-De playa –comentó riendo.

-Seguirás estando preciosa –le dijo Ken besando sus labios. –Además, mira, ya empieza a notársete –le dijo acariciando su barriga.-¿Has pensado que nombre quieres ponerle?

- No quiero pensar en eso –dijo ella repentinamente seria –Hasta que no le hagamos la prueba.

-Como tú quieras, ya habrá tiempo. Tenemos que ir al médico hoy ¿Recuerdas?

-Sí, pero después, ¿Me dejarías en casa de Diana?

-Donde tú quieras, ¿Pero qué vais a hacer ahora?

-Hemos quedado allí con Betty, y Claire, es el cumpleaños de tu hermano, y Diana le está organizando una fiesta sorpresa para esta noche.

-Es cierto –recordó Ken –Hoy es el cumpleaños de mi hermanito, no le he comprado nada.

-Sí -dijo Joanna sonriendo. -Le has comprado la moto esa de la que te hablé.

-Que esplendido que soy, y yo sin saberlo, como se nota que me sobra el dinero -dijo Ken divertido.

-Él se lo merece, ha luchado mucho por encontrarme, y por cierto, tendrás que ir a recogerla, para dársela esta noche.

-¿Y dónde será la fiesta?

-En casa de Diana. -Le dijo Joanna riendo -No se te ocurra decirle nada a Ben, si no, Diana me mata, y no olvides decírselo a Tom.

-¿Vas a seguir ejerciendo de Cupido?

-Yo no he hecho nada -dijo ella inocentemente.-Fue Cupido el que lanzo las flechas.

-¿Cupido?, me encanta este Cupido pelirrojo -dijo Ken besándola.

Tras la visita al médico, en cual les confirmo que el bebé estaba perfectamente, Ken dejó a Joanna en la enorme casa de su amiga Diana.

-Debes traer la moto antes de las cinco -Le recordó Joanna.

-Iré ahora mismo a por ella, pero tú no te vayas hasta que yo vuelva.

-No voy a ningún sitio -le dijo Joanna -Voy a ayudar a Diana.

-Parece que la cosa va en serio -comentó Ken.

Solo les faltaba un empujoncito.

-Y se lo has dado tú, supongo, -dijo Ken riendo.

-El empujón se lo han dado ellos solos -dijo ella sonriendo -Al menos lo ocurrido, ha servido para unir a dos parejas.

-Jo, eres única-dijo Ken besándola, pensando que a pesar de lo ocurrido ella le había sacado algo positivo a la situación.

A las cuatro, Ken volvió a la casa de Diana con la moto en la furgoneta, viendo la casa llena de gente mientras entraba a buscar a Joanna.

-Hola Ken –le saludó Diana al verlo.

-¿Dónde está Jo?

-Está en la parte de atrás, junto a la piscina.-dijo Diana –Espera –le detuvo la joven enseñándole una bonita cazadora de piel -¿Crees que le gustara a Ben?

-Seguro que sí –le dijo Ken sonriendo.-He traído la moto, ¿Dónde la pongo?

-Ponla junto a la piscina.

Ken se dirigió a la piscina con la moto, viendo como las chicas habían colocado varias mesas con comida y una pancarta en la que ponía “FELIZ CUMPLEAÑOS BEN”

-¿Crees que le gustará? –le preguntó Joanna tras él.

-Estoy seguro –dijo Ken volviéndose hacia ella –Pero ¿No es excesivo?

-Es cosa de Diana –le dijo Joanna sonriendo –Esta muy enamorada de Ben, le ha comprado una cazadora para la moto, incluso le ha comprado un casco con su nombre –le dijo Joanna mostrándole una mesa donde había varias cajas incluido el casco.

-Ben va a flipar en colores. Jo, tengo que irme. ¿Estarás bien?

-Estoy bien, no te preocupes -dijo ella acariciando su cara –Aquí hay mucha gente, no estoy sola.

-Volveré enseguida –dijo besándola y dirigiéndose a la salida.

Apenas se había marchado Ken, cuando el móvil de Joanna comenzó a sonar.

-Estoy bien –dijo la joven al creer que se trataba de Ken.

-No, si eso ya lo sé, te he visto salir del médico, eres una embarazada preciosa –dijo esa voz al través del teléfono, al instante que la cara de Joanna cambiaba.

-¿Por qué no me dejas en paz? –dijo ella al reconocer la voz de Jared.

-Solo quiero decirte que vuelvas conmigo, tú y mi hijo tenéis que estar conmigo.

-¡Tú estás loco! –Gritó Joanna alterada –No es tu hijo, es de Ken.

-¿De veras lo crees?, después de dos años sin conseguir preñarte, y aun sigues pensando que es de él?, Ken, es un inútil que no sirve para tener hijos, convéncete de que el bebé que llevas dentro es mío, recuerda cuando follabas conmigo como una loca y gritabas de placer pidiéndome que siguiera..., que te penetrara una y otra vez.

-¡Basta!, me violaste, eso no es amor!, ¡Es hijo de Ken, es hijo de Ken!

-Volveremos a ser una familia, tú, yo, y nuestro hijo.

*-¡Estás loco! –Gritó histérica mientras sus amigos acudieron al oír los gritos
-¡No te acercarás a mí ni a mi hijo!*

-Entonces tendré que pedir la custodia compartida, mis derechos de visita para ver a mi hijo.

En ese momento Joanna sintió que ya no podía más -¡Eres un hijo de puta! – le gritó al tiempo que caía al suelo desvanecida.

No sabía cuánto tiempo había pasado, solo que cuando abrió los ojos estaba en una cama con los ojos de Ken fijos en ella y rodeada de sus amigos.

-¿Cómo estás? –le preguntó Ken preocupado.

-¡Kenny está loco, quiere que vuelva con él, quiere la custodia compartida, quiere...!-dijo ella tan nerviosa y alterada.

-¡Me importa un pito lo que él quiera! –Dijo Ken alterado mientras la abrazaba.-Tienes que tranquilizarte –dijo acariciándole suavemente la cara -Todo se va a arreglar, te lo prometo, jamás va a volver a acercarse a ti, ni a nuestro hijo.

-Ken –le llamó Diana –Ya ha venido el médico -le avisó la joven tan preocupada por su amiga como todos los que se encontraban a su alrededor, mientras el hombre entraba en la habitación, de la que salieron los amigos dejando a solas a Ken y Joanna con el médico. Después de que el doctor la reconociera, Ken le pregunto,

-Doctor, ¿Cómo se encuentra, que le ha pasado? –le preguntó Ken con preocupación.

-No es nada –le respondió el médico –Solo ha sido un desvanecimiento motivado por los nervios y la ansiedad del momento, que se tome un par de estas al día, durante tres días –le dijo a Ken dándole unas pastillas.-La marcha de su embarazo va

bien, y he observado una cosa muy positiva, que ha recuperado casi por completo la memoria de lo sucedido antes del accidente.

Después de hablar con él, Ken lo acompañó hasta la puerta, en el momento en que Ben y Tom llegaban a la casa. Ya en el interior, todos esperaban las palabras de Ken.

-¿Cómo está? ¿Qué ha dicho el médico?-le preguntaron todos preocupados - ¿El bebé está bien?

-El bebé está bien, ella estaba muy nerviosa, el médico le ha dado un tranquilizante –explicó Ken. -Ahora está dormida. Diana ¿Dónde está su móvil?

-Está fuera –dijo Claire -Espera, te lo traeré –dijo la joven corriendo hacia afuera.

-¿Qué vas a hacer? –le preguntó Ben.

-Antes de nada llamar a la policía y entregarles el móvil de Joanna, por si pueden localizar el número. –dijo Ken.

-Ese tipo no os va a dejar en paz –comentó Tom.

-¿Crees que no lo sé? –dijo Ken tan agobiado apartando el pelo de su cara. – Lo que menos necesita ahora Joanna es preocuparse por los delirios de un loco.

-¿En qué podemos ayudar? –le preguntó Tom.

-¿Podrías ocuparte de la empresa un tiempo? –le preguntó Ken.

-Todo el que haga falta –le dijo Tom.

-¿Qué piensas hacer? –volvió a preguntar Ben.

-Me voy a llevar a Joanna de aquí hasta que encuentren a Jared, o al menos hasta que ella esté más tranquila, y el bebé no corra peligro.

-¿Adónde?

-Es mejor que nadie lo sepa, no sé cómo lo hace pero está al tanto de todo lo de Joanna. -les dijo Ken volviendo a la habitación con su mujer.

Cuando Joanna despertó, empezó a sentir la gran mano de su marido acariciando su cara.

-Kenny, lo siento.-dijo Joanna al tiempo que era abrazada por los fuertes brazos de su marido.

-Tú no tienes que sentir nada, no has hecho nada –le dijo Ken apretándola junto a su pecho.

-Me dijo tantas cosas...

-Joanna olvida todo lo que ha dicho, no debes hacerle caso, está loco, y muy pronto terminará en la cárcel –dijo Ken sentándose en la cama junto a ella –Jo, he estado hablado con el teniente

Ramírez de todo esto, y piensa que lo mejor es que nos alejemos un tiempo de Nueva York, por lo menos hasta que todo esto haya pasado, y hayan podido agarrar a Jared para meterlo en la cárcel -le dijo Ken en tono preocupado.

-Ken, pero ahora estoy volviendo a empezar a ser yo misma, a recordar mi pasado, a mis amigos, a mi madre, a ti, Kenny a recuperar mi vida –le dijo Joanna mientras se ponían vidriosos sus bonitos ojos verdes, que miraban fijamente a los ojos de su marido esperando una respuesta.-No me quiero ir ahora abandonándolo todo para volver a empezar de nuevo en otro lugar.

-Cariño será solo provisional, no es para siempre, solo hasta que atrapen a ese mal nacido y podamos volver sin que tú corras peligro –le dijo Ken que abrazaba a Joanna contra su pecho mientras acariciaba su bonito pelo pelirrojo.

-¿Y si no le atrapan nunca? -preguntó Joanna con voz lánguida.

-Lo atraparan –dijo Ken seguro –El teniente Ramírez ha vuelto a poner el caso en conocimiento del F.B.I, que están buscando alguna pista. Mientras tanto

quiero que lleves esta pistola, es fácil de disparar –le dijo Ken dándole un arma.

-Yo nunca he disparado a nadie, no creo que pueda.

-Es fácil –dijo Ken solo tienes que apuntar y darle al gatillo.

-Está bien, como tú quieras –asintió Joanna -¿Y dónde iremos?, tendremos que decírselo a la familia.

-Eso no Joanna, no le podemos decir a nadie donde vamos, eso es lo primero que me advirtió el teniente, ni siquiera a la familia, es mejor que nadie sepa dónde estamos.

-Si tú lo ves bien así, será como tú dices –le dijo Joanna conforme con la decisión de su marido.-¿Y dónde podemos ir?

-Donde tú quieras cariño, he pensado que nos podíamos ir una temporada a Canadá, al lago Ontario, allí alquilaremos una casita cerca del lago, donde podríamos practicar la pesca, y comeríamos pescado todos los días para cenar.

-Entonces lo íbamos a aborrecer, y a mí el frío no me gusta mucho. ¿Y si vamos a Florida?, allí hace mejor clima, y yo podría ponerme modelitos de ropa corta para tomar el sol –dijo Joanna con una sonrisa.

-Entonces revolucionaras Miami –le dijo Ken riendo.

-No creo, allí hay muchas chicas monas con poca ropa tomando el sol.

-Pero ninguna es tan bonita como tú –le dijo Ken dándole un beso.-Nos iremos lo antes posible. ¿Estás bien para irnos a casa?

-¿Bromeas? –dijo ella riendo.-No voy a dejar que Jared me estropee la fiesta de Ben.

-¿Quieres quedarte en la fiesta? –le preguntó Ken sorprendido.

-He dormido mucho, estoy descansada, quiero bailar con el más guapo.

-Estas como una cabra –dijo Ken sin poder contener la risa. ¿Y dónde está ese hombre?

-Lo tengo justo delante –le dijo besándolo apasionadamente.

Cuando Ken y Joanna salieron de la habitación, todos los amigos estaban sentados en el salón con cara de circunstancias.

-¿Cuándo empieza la fiesta? -dijo Joanna.

-¿Qué dices? –Dijo Ben acercándose a ella al tiempo que la abrazaba –La fiesta empieza ahora, ¿Estás lista para bailar conmigo?, Diana pon música. –dijo Ben alegre.

-Será un placer –dijo Joanna agarrándose a él, mientras los demás reían alegres, poniéndose todos a bailar.

-Diana, nos han dejado solos –dijo Ken sacando a bailar a la novia de su hermano.

La fiesta se animó rápidamente, pues todos bailaban alegres. Joanna se acercó a la mesa donde estaba la comida, seguida por Ken –Dijiste que bailarías con el más guapo y has bailado con todos menos conmigo –se quejó Ken.

-Es que para el más guapo reservo los mejores bailes –dijo Joanna sonriendo.

-Pues vamos –dijo él cogiéndola de la mano mientras salían a bailar, así, tan juntos, tan enamorados como habían estado desde siempre.

La fiesta siguió animada, unos pocos bailaban otros hablaban y algunos decidieron perderse en la oscuridad, dando rienda suelta a su amor. Ken y Joanna se sentaron en el sofá.

-Estoy cansada –dijo la joven apoyándose sobre él.

-No lo dudo –comentó Ken –Has bailado como una peonza,

-Me ha dicho Claire, que ya que están emparejadas, Diana y Betty, que a ver si le averiguas, otro de tus obreros mazizotes y musculosos, pero sobre todo que tengan buena artillería –le dijo Joanna con picardía.

-¿Artillería de qué? –preguntó Ken simulando no saber a lo que se refería su mujer.

-Yo no sé –dijo Joanna inocentemente –Es lo que me ha dicho Claire, ella

sabr  a que artillería se refiere.

-Me parece que yo s  s  qué clase de fusil desea coger Claire –dijo Ken sin dejar de abrazar a Joanna

HOLA MIAMI

Al día siguiente, Ken y Joanna se encontraban en un hotel de Miami, Joanna se encontraba sobre la cama pint ndose las uñas de los pies, mientras Ken se acercó al escucharla reír.

- De qué te ríes? –le preguntó Ken sentándose junto a ella.

-Nos hemos ido tan rápido, que me pregunto qué estar  pensando mamá.

- D nde vas a llevar a mi hija, que vas a hacer con ella? –bromeo Ken simulando la voz de su suegra.

-No seas malo –le dijo Joanna riendo.

-Eso es lo que dijo  No?,  Pues señora!,  Qu  voy hacer?, !Ni que fuera el lobo!,  Aunque no me faltan ganas de com rmela! –dijo provocando la risa de Joanna.

- Crees que yo tengo pinta de caperucita? –bromeó Joanna

-No, pero en serio, est s para comerte.-dijo Ken besándola apasionadamente.

- Qu  vamos a hacer?

-Vamos a alquilar una casita junto a la playa, vamos a tranquilizarnos, vamos a olvidarnos de todo, y solo vamos a pensar en nosotros y en nuestro bebé–le dijo Ken.

-Me encanta –dijo Joanna besándolo. –Mira aún me puedo pintar las uñas de los pies, dentro de poco me las tendrás que pintar t  –dijo riendo.

-Yo te har  lo que tú quieras –dijo él con doble intención mientras la besaba.

Días más tarde, los dos se habían trasladado a una bonita casa junto al mar, con una amplia terraza.

-¡Joanna! –La llamó Ken saliendo de la ducha completamente desnudo y mojado.-¿Dónde están las toallas?

-¡Guau! -Exclamó ella al verlo. -¿Quieres guerra chaval? –dijo burlonamente.

-Solo quiero una toalla –dijo Ken.

-¿Solo? –dijo Joanna al tiempo que cogía con su mano el miembro de su marido.

-Joanna, ahora no es el momento –dijo él.

-Siempre es el momento –le dijo ella sin soltarlo mientras comenzaba a besar su cuerpo.

-Joanna, no sigas –le dijo Ken sin poder resistirse a la excitación del momento.

-Te necesito...-dijo ella sin parar sintiéndose tan excitada.

-Y yo a ti mi amor, y yo a ti –dijo Ken tan apasionado cogiéndola en sus brazos sin dejar de besarla.

Los días pasaban tranquilos, Ken y Joanna, daban largos paseos por la playa, también la barriga de Joanna iba creciendo, los dos estaban tranquilos viviendo ese dulce momento como habían imaginado, lejos de problemas, lejos de Abby, pensó Ken. Incluso Joanna, que había empezado comprar ropita para el bebé, había empezado las clases de preparación al parto. Sentado en la arena de la playa, Ken miraba el mar, mientras pensaba en el bebé y en Joanna, sin saber que haría ella si el bebé resultaba ser de Jared. Cuando sintió como esas manos tan queridas para él lo rodearon por la espalda.

-¿Qué piensas? –le preguntó Joanna apoyando la cabeza sobre los hombros de él.

-Nada –dijo el dándole un beso.- ¿Dónde te habías metido?

-Mira, he comprado esto –dijo enseñándole un trajecito blanco.-Como no

sabemos si es niño o niña.

-Claro, no quisiste saberlo –dijo él –Es muy bonito –dijo mirando la pequeña prenda.

-Me tienes que prometer dos cosas –dijo ella muy seria.

-¿Solo dos? –preguntó divertido.

-Ken, va en serio.

-Está bien –dijo él más serio –Te lo prometo. ¿Qué quieres?

-Lo primero, dirás que me pongan la epidural, no quiero sentir dolor.

-De acuerdo –dijo sonriendo – Pero eso se lo puedes decir tú misma, ¿Y lo segundo?

-Nada más nacer, quiero que le hagan la prueba de A.D.N.

-Creí que habías cambiado de opinión al sentirlo moverse dentro de ti.

-Kenny deseo tanto que este bebe sea tuyo...

-Es mío –dijo abrazándola –Sea o no biológico, es tuyo, y lo importante es el amor que le des, yo amo a su madre y amo a ese niño, para mi es mi hijo, desde que supimos que estabas embarazada.

-Pero...

-Joanna –dijo él poniendo un dedo sobre sus labios.-Mi padre nos abandonó cuando yo apenas tenía ocho años, y Ben aún no había cumplido cuatro, y era nuestro padre biológico, así que fíjate lo que nos quería, jamás sentí amor de él, solo alguna que otra

bofetada cuando venía bebido o cuando las cosas no le habían salido como él quería, y cuando venía sereno simplemente nos ignoraba, así que no me hables de amor, sé muy bien lo que es, y es lo que siento por vosotros dos.-Le dijo Ken al tiempo que ella se echaba en sus brazos.

-Te quiero –le dijo Joanna besándolo, -Tienes razón, a nuestro hijo lo querremos igual, no tenemos por qué hacerle ninguna prueba, te quiero.

-Y yo a ti, anda, vamos a comer –dijo levantándose.

-Kenny, ayúdame –dijo ella sin poder contener la risa al ver que no se podía levantar de la arena.

-Vamos, gordy –le dijo Ken levantándola y cogiéndola en brazos. –Cada vez pesas más –dijo riendo, mientras se dirigían a la casa.

-Mira que vista –dijo Joanna mirando el mar desde la terraza de la casa que tenían alquilada.

-Es precioso –dijo Ken acercándose a ella.

-Ken, si es niño quiero que se llame Kenneth Michael Adams.

-¿Otro Ken? –Dijo divertido –A tu madre le dará un infarto si le pones Ken. Y además, me parece bien que lleve el nombre de tu padre también.

-Elige tú el nombre si es niña –le dijo Joanna.

-Catherine.

-Ese es mi segundo nombre –dijo ella.

-Ya lo sé, pero yo con una Joanna ya tengo bastante –dijo riendo.

-Serás payaso –dijo ella bromeando.

-Anda, ven aquí –dijo abrazándola. ¿Quieres que salgamos?

-Podemos quedarnos aquí –dijo sentándose junto a él en el sofá.

-¿Qué te pasa?

-Nada, ¿Por qué me lo preguntas? –le preguntó extrañada.

-Solo me sorprende que no quieras salir.

-Me duelen los pies, los tengo hinchados, no me valen los zapatos, solo me quedan bien las zapatillas de la playa –dijo poniéndose a llorar.

-Por eso vas a llorar –dijo Ken sin poder contener la risa

-Para ti es muy fácil, pero ahí tengo unos manolos y no me los puedo poner. – le dijo refiriéndose a una exclusiva marca de zapatos.

-Joanna –dijo apretándola junta a él –Mientras estés embarazada, en lugar de manolos te pones unas juanitas.

-¿Unas juanitas? –dijo Joanna riendo –¿Y eso que es?

-Eso es algo, que te comprare mañana para que estés cómoda y no te duelan los pies –dijo cogiéndole los pies.-Y ahora te voy a dar un masaje para que te relajes y se te baje un poco la hinchazón –dijo al tiempo que empezaba a masajearle los pies con sus manos.

-Eres un encanto –dijo Joanna dándole un beso.

Al día siguiente, Joanna se encontraba sentada en la arena de la playa, entre las piernas de Ken, que la abrazaba acariciando su vientre.

-¿Qué le pasa hoy? –le preguntó Ken al notar como la barriga de Joanna no dejaba de moverse.

-Querrá que lleves a su madre a bailar –le dijo ella riendo.

-Pues tendremos que ir esta noche –dijo Ken riendo también –Antes de que se enfade, ¿Jo, estas bien, te duele? –le preguntó preocupado.

-No, solo... –dijo ella doblándose un poco –Esa sí, ¿La has sentido?

-¡Menuda patada! –exclamó Ken al sentirla. –Jo, deberíamos ir al médico.

-En las clases dicen que es normal, que de patadas.

-Pataditas sí, pero el nuestro parece que está boxeando.

-Boxeando –dijo ella sin dejar de reír.-Kenny, tengo hambre.

-Siempre tienes hambre –comentó divertido.

-Si estuviéramos en Nueva York, mamá me tendría a dieta.

-No necesitas dieta, tienes que comer por dos, ¿Qué quieres comer? –dijo

levantándose.

-Una hamburguesa, con todo, coca cola, patatas..., y no te olvides de las galletas de chocolate.

-Enseguida vuelvo, no te vayas –dijo Ken dirigiéndose hacia una tienda cerca de la playa.

-¿Bromeas? –dijo Joanna -Si no puedo levantarme. –le dijo viendo como él se dirigía rápido hacia la tienda. Momento qué aprovecho para llamar a su madre, desoyendo los consejos de Ken, de no decir a nadie donde se encontraban, pero ella quería que su

madre estuviera presente cuando naciera el bebé, dándole la dirección de la casa de la playa donde se alojaban, y aprovechando para saludar a sus amigas Diana y Claire, que habían acudido a visitar a Abby.

A Joanna le faltaba solo una semana para cumplir los nueve meses de embarazo y lucía una espectacular barriga, con las molestias normales en estos casos.

-Ken, ¿Aunque este así de gorda, tú me quieres igual? –le dijo Joanna que estaba en el sofá acurrucada en los brazos de Ken mientras veían una vieja película por televisión.

-Tú serás siempre mi gorda favorita –le dijo Ken bromeando un poco mientras le acariciaba el pelo.

-Te lo digo en serio –protestó ella en tono meloso -¿Me prometes que no vas a mirar a otras mujeres más delgaditas y con mejor tipo que yo?

-Te prometo que yo no miro a otra mujer que no seas tú –le dijo Ken en tono convincente mientras la miraba a los ojos.

-¡Ay!, ¡Que embustero! –Le dijo Joanna asombrada mientras que bromeando le daba en el hombro con su mano .-¿Me vas a decir a mí que no miraste ayer a las chicas que estaban junto a nosotros en la playa?

-Bueno, habría que ser ciego para no verlas.

-Sí, sobre todo cuando se pusieron a hacer top-les con un bikini tanga –le recriminó Joanna en tono suave, lo que provocó la risa espontanea de Ken.

-Bueno, me has pillado, a lo mejor se me fue alguna mirada sin yo querer, pero te prometo que para mí, la mujer más bonita del mundo, eres tú. –le dijo Ken besándola en los labios. –Mi gordy.

-¿De verdad?, ¿Lo dices en serio?, ¿Te sigo gustando?

-Tú eres la más sexy, y con barriga y todo, estoy loco por hacer el amor contigo –le dijo mientras acariciaba sus pechos.

-¡Me vuelves loca, Kenny! –dijo Joanna tirándose a sus brazos, con evidentes signos de deseo.

-¿No te apetece? –le preguntó Ken un poco sorprendido y excitado por su repentina actitud.

-¿Sabes lo que de verdad me apetece? –Dijo retirando sus manos, repentinamente eufórica -¡Me apetecen galletas de chocolate!

-¿Galletas de chocolate? –dijo Ken tan extrañado, y que hubiera preferido seguir con ella en plan romántico.

-Sí, ¿No querrás que nuestro hijo nazca con una mancha de galleta de chocolate en la frente, por no haber satisfecho un antojo de la madre?

-Eso no, sería horrible –le dijo Ken bromeando, siguiéndole el juego y levantándose para ir al supermercado de enfrente, a comprarle las dichas galletas de chocolate antes de que cerrara y tuviera que ir a comprarlas aún más lejos.

Al poco rato de haber salido Ken, sonó el timbre de la puerta de la casa, yendo Joanna a abrir, mirando primero por la mirilla, viendo a un chico de unos quince años de edad, que con un bonito ramo de flores le hablaba a través de la puerta.

-¿Señora Joanna Adams? –preguntó el chico.

-Sí-dijo ella escuetamente.

-Le traigo este ramo de flores de parte del señor Ken Adams –le dijo el muchacho.

-Este Ken siempre tan romántico –pensó Joanna mientras abría la puerta alagada por el regalo.

-Tiene que firmar aquí –le dijo el joven mostrándole una bloc de notas y un bolígrafo que dio a Joanna.

-Ah, sí –dijo Joanna al tiempo que apareció Jared que estaba escondido tras la puerta.

-Hola Ellen, estás más irresistible que nunca –le dijo Jared al verla tan avanzada en su embarazo, mientras entregaba un billete de cincuenta dorares al muchacho –Ni una palabra de esto a nadie –le dijo tras entregarle el dinero, quedándose Joanna totalmente paralizada, en estado de shock, como el pajarillo que de súbito ve ante él a una serpiente.

-No se preocupe, no diré ni una palabra –dijo el joven al tiempo que Jared se introducía en la casa. -¡Eh!, ¿Que hago con esto?-le preguntó el chico mostrándole las flores.

-¡Cométe las! –le dijo Jared en tono seco cerrando la puerta.

Joanna, tras ver a Jared corrió instintivamente al interior de la casa para coger el teléfono y llamar a la policía.

-No sabes las ganas que tengo de echarte un polvo –le dijo Jared dándole un tirón al cable del teléfono, lo que provocó que Joanna nuevamente corriera por su móvil.

-Estoy embarazada –le dijo Joanna, mientras intentaba recordar en qué lugar de la habitación había puesto el móvil.

-Bueno, ¿Y qué? –dijo Jared en forma chulesca. –Ya es hora de que el niño conozca a su padre. –le dijo mientras se desabrochaba los botones de la bragueta, al tiempo que Joanna cogía por fin el teléfono móvil, intentando marcar el número de la policía, cuando de una fuerte bofetada, Jared hizo que Joanna y el móvil rodaran por

el suelo. Joanna empezó a llorar, estaba aturdida, aterrorizada, sin saber qué hacer.

-Ken está al llegar –le dijo entre lágrimas. –Si te encuentra aquí te matará, más vale que te marches antes de que llegue.

-Eso es lo que quiero, que llegue –le dijo Jared. –Para que vea como me follo a su mujer antes de matarlo. Ya es hora de que empecemos a ser una familia, solo nosotros tres, tú, yo, y el niño.

-¡Socorro! –gritó Joanna antes de intentar abrir la puerta de cristal de la terraza, al tiempo que Jared la sujetaba fuertemente con sus brazos.

Ken, que en ese momento volvía de comprar las galletas, al oír el grito de auxilio de su mujer se apresuró a coger la llave para abrir la puerta.

-Tú eres amigo de Ken, ¿Por qué haces esto?

-En la guerra y en el amor todo vale, y tú eres el amor de mi vida –le dijo Jared, mientras tumbaba a Joanna en el suelo, la cual se resistía como podía, bajándole las bragas con intención de violarla allí mismo, cuando Ken, que acababa de entrar en la habitación, se tiró sobre Jared, rodando ambos por el suelo, produciéndose un intercambio de golpes en los que Jared se llevó la peor parte, mientras Joanna, esta vez sí ,lograba contactar con la policía, pidiendo socorro.

Ken se había sentado sobre el cuerpo de Jared, que permanecía tumbado sobre el suelo, y empezó a propinarle fuertes puñetazos en la cara.

-Ahora te voy a hacer pagar todo el daño que le has hecho a mi mujer –le dijo Ken, cuando Jared reuniendo todas sus fuerzas logro con sus manos parar el puño de Ken, y aunque tenía la nariz rota y la boca ensangrentada, Jared aún pudo pronunciar unas palabras.

-Solo quiero follarla muchas veces, para hacerle los hijos que tú eres incapaz de hacer –balbuceó Jared, lo que provocó la ira de Ken, el cual en un momento de locura lo agarro con sus manos del cuello y sin ni siquiera pensar le apretó en la garganta con todas sus fuerzas hasta impedir por completo a Jared respirar.

-¡No, Ken! –gritó Joanna. -¡No lo mates, la policía está en camino!

-¡Este no volverá a hacer daño a nadie más! –gritó Ken, sin ni siquiera escuchar las palabras de su esposa y sin dejar de apretar sus manos.

-¡Ken, no! –seguía gritando Joanna aproximándose a él, para abrazarlo entre llantos.-Ken tú no eres un asesino, tú no eres como él, deja que actúe la justicia.

-Matar a este bicho es hacer justicia –dijo Ken sin dejar de apretar con ira, desoyendo a su mujer.

-¡Kenny, mírame, no eres un asesino, tú no eres un asesino! –le dijo Joanna llorando mientras se abrazaba a su marido cogiéndolo de las manos para intentar levantarlas del cuello de Jared.

-Perdóname Joanna –le dijo Ken tan aturdido, soltando la garganta de Jared, para levantarse y abrazarla. –Tienes razón, dejemos que se ocupe la policía. -Al tiempo que Jared tosiendo intentaba tomar aire con todas sus fuerzas y aprovechando un momento de distracción de Ken, metió la mano en su chaqueta, sacando una pistola oculta, apuntando con ella a Ken.

-Debiste haberme matado cuando tuviste oportunidad –le dijo con voz débil a Ken, mientras se levantaba del suelo. –Pero ahora, seré yo el que te mate a ti.

-¡Dispara!, ¡Mátame a mi si tanto odio me tienes, pero deja libre a mi mujer! –le gritó Ken apartando a Joanna de su lado.

-¿Yo, odio?, no –le dijo Jared irónicamente. –Solo me estorbas, tú tienes algo que yo necesito y que es tu mujer, ahora ella, yo y el bebé seremos una familia, al tiempo que tú ya estás muerto –le dijo Jared apuntándole con el arma al corazón. - ¡Despídete del mundo! –le gritó Jared antes de disparar. Cuando sonó en la habitación el estruendo de un disparo, cayendo al suelo muerto el cuerpo de Jared, al tiempo que Ken se volvía, viendo como Joanna

sostenía en sus manos, la pistola aún humeante, que un instante antes había sacado de su bolso.

-¡Ken, lo he matado! –gritó ella sin creer lo que había hecho, mientras Ken quitaba el arma de sus manos abrazándola, intentando consolarla, notando ambos

como de golpe le caía a los dos en los pies una cantidad de líquido que los mojaba. - ¡Ken, he roto aguas!, ¡Y me duele mucho la barriga!

Ken, que durante toda la pelea con Jared no había sentido miedo, se quedó pálido, atemorizado, ya era la hora, el niño ya estaba aquí, y el shock que Joanna había sentido, le había provocado el parto y quién sabe si daños en el feto, o había puesto la vida de Joanna en peligro. Ken no sabía qué hacer, solo sujetar fuertemente a su mujer, mientras volvía a llamar de nuevo a la policía, para que enviaran una ambulancia.

-El coche patrulla llegará en un instante –le dijo el policía de la centralita al ver que se trataba de la misma dirección.

-Sí, pero ahora necesito una ambulancia -le dijo Ken impaciente.

-¿Herida de arma blanca, de balas? –le preguntó el agente intentando obtener datos.

-¡De parto! –gritó Ken nervioso.

-¿De Parto? –preguntó el policía incrédulo.

-¡Mi esposa va a dar a luz ya!, vengan rápido.

Fuera de la casa, había una mujer que aguardaba esperando, y que al oír el disparo entró en la casa corriendo para abrazar a Jared, creyendo que había terminado el trabajo disparando su pistola, pero al entrar quedó realmente aterrorizada al ver que el cuerpo que yacía en el suelo era el de Jared, mientras Ken permanecía sin soltar a Joanna, que se había escurrido hasta el suelo por los nervios, intentando tranquilizarla hasta que llegara la ambulancia. Mientras la mujer que acababa de entrar dio un alarido de dolor postrándose en el suelo junto al cuerpo sin vida de Jared, poniéndose a llorar, era Claire, la amiga íntima de Joanna.

-¡No!, !Te han matado! –gritó Claire entre sollozos. –Te dije que olvidarás a Joanna, que yo era suficiente mujer para ti.

Ken y Joanna se quedaron estupefactos, sin dar crédito a lo que veían sus ojos, era evidente, pensó Joanna, Claire era la que mantenía a Jared informado de todo, quedándose realmente dolida, al pensar, que siempre había confiado en ella,

considerándola una buena amiga. En el momento que llegó la policía, procediendo a detener a Claire y trasladando a Joanna rápidamente al hospital en la ambulancia que esperaba fuera.

Claire había sido siempre íntima amiga de Joanna, y contaba con la confianza de Abby, ya que pertenecía a una de las familias más acaudaladas de Nueva York, pero Claire tenía un vicio

inconfesable, sobre todo para una niña bien de la alta sociedad, siendo Jared ese vicio desde que lo conoció, pues desde ese momento, la voluntad de Claire estaba supeditada a la de Jared, a la que él trataba, como a su esclava, a veces dándole toda clase de malos tratos y azotes, que ella esperaba ansiosa recibir y que agradecía.

-¿Por qué sigues obsesionado con Joanna?, ¿No me tienes a mí?, conmigo puedes hacer todo lo que quieras, no la necesitas a ella –le dijo Claire celosa en una ocasión, en que llevó a Jared a su apartamento, a lo que él le respondió dándole un fuerte bofetón, tirándola al suelo.

-¡Te he dicho que no me digas lo que tengo que hacer, yo puedo tener más de una mujer si me place! –le dijo Jared.

Claire se había quedado en el suelo llevándose la mano a la cara, ella llevaba con orgullo cada uno de los moratones que le había hecho en el cuerpo, pero no quería que le señalara la cara.

-Eres un cerdo –le dijo Claire –En la cara no, vete de mi casa –le dijo entre sollozos, lo que provocó el enfado de Jared.

-¡Yo puedo hacer contigo lo que quiera!, ¡Te enteras!, ¡Lo que se me antoje! –le dijo Jared en tono irritado, lo que excitó sexualmente sobremanera a Claire, que sabía que cuando se ponía así, terminaría dándole algún castigo, el cual ella ansiaba con todas sus fuerzas.

-¡Venga, levántate! –le ordenó severamente Jared, al tiempo que ella accedía sumisa a levantarse con gusto ansiando poder complacerle y recibir su castigo.

-Ponte de espaldas a la pared !Ya! –le dijo él al tiempo que con una mano la agarraba del pelo, bajándole las bragas y dándole unos fuertes cachetes en el culo,

penetrándola sin miramientos, lo que provocó en ella un primer gemido de dolor, seguido de otro de placer, hasta que Jared se cansó de utilizarla, quedándose ella tirada en el suelo besándole los pies extasiada.

-Cariño, perdona –le dijo Claire –Gracias por hacer conmigo lo que quieras, y confía en mí, en cuanto me entere donde se ha ido Joanna, te pasaré la información, y ojalá disfrutes con ella tanto como lo has hecho conmigo, - le dijo esa mujer con su energía sexual tan gravemente enferma como la de su amante.

EPILOGO

Dos horas más tarde, en una habitación de aquel hospital, dos personas se sentían felices de dar la bienvenida a ese bebé decidido a nacer de improviso.

-Ken, es precioso –dijo Joanna acariciando la pequeña cabecita junto a su pecho.

-Sí lo es –dijo Ken, que sentado en la cama junto a su mujer, acariciaba su cabeza sin dejar de mirar a ese pequeño. –Jamás pensé que asistiría al parto de mi hijo.

-No dijiste que me pusieran la epidural –dijo Joanna riendo.

-Pero si ni siquiera nos dio tiempo de llegar al hospital, por poco si me tienen que atender a mi cuando le vi la cabeza en la ambulancia –dijo Ken.

-Se te puso la cara blanca –dijo ella divertida.

-¿Te parece divertido, Eh? –Dijo besándola, -Lo has hecho muy bien.

-No podría haberlo hecho sin ti.-dijo con picardía.

-Prométeme una cosa –dijo el muy serio.

-¿El qué?

-Que el próximo lo tendrás en el hospital. –dijo Ken provocando la risa de Joanna.

-Te lo prometo –dijo Joanna.- ¡Mira a abierto los ojos!

-Tiene mucho pelo –dijo Ken.

-Y es morenito como tú–dijo Joanna.-Kenny, al final no me trajiste las galletas –dijo riendo.

-Eres imposible –dijo Ken besándola en los labios. -Te quiero.

-Y yo a ti. Mira que a gusto está –comentó Joanna al ver como el pequeño se estirazaba abriendo sus manitas.

-Cualquiera se mete con él –dijo Ken. –Mira que manos más grandes tiene.

-¿Viste como lloraba al nacer?

-Tan pequeñito y mira la que ha organizado él solito...-dijo Ken dándole un beso.

-No es tan pequeño –dijo Joanna –Ha pesado casi tres kilos y medio.

-Tengo que llamar a tu madre, a la mía, a Ben –dijo Ken.

-A mi madre no hace falta que la llames –le dijo Joanna.

-¿Y eso?, estoy seguro que cuando conozca a su nieto se le caerá la baba.

-Yo llamé a mamá ayer –le dijo ella. –Le pedí que viniera.

-Joanna... - se quejó Ken –Te dije que no dijeras a nadie donde estábamos.

-No te enfades, solo quería que estuviera conmigo cuando naciera el bebé.

-No me enfado –dijo dándole un beso. –Gracias a Dios tú y el bebé estáis bien, y eso es lo único que importa.

-Kenny, ¿Me van a meter en la cárcel? –le preguntó angustiada.

-¿Qué dices?, ha sido en defensa propia, me has salvado la vida.

-¿Cuándo me van a dejar salir de aquí?

-No seas impaciente, acabas de dar a luz en una ambulancia, estaremos aquí un par de días, los médicos quieren comprobar que el niño y tú estáis bien.

-Estoy bien –dijo ella feliz. –Y él también –dijo besando a su pequeño.

-Vosotros sí, pero yo necesito unas vacaciones.

-Pues no te relajes mucho –dijo Joanna mirándolo a la cara –No pienso esperar otros dos años para tener más niños.

-¿Qué quieres crear un equipo?-preguntó divertido.

-Uno muy grande –dijo ella sin dejar de reír. Mientras los dos se abrazaban felices, mirando embelesados ese pequeño milagro que Joanna tenía en sus brazos.

Tras insistir mucho, al fin Joanna había conseguido que Ken bajara a la cafetería a comer algo.

-Joanna, cariño –dijo Abby entrando en la habitación del hospital donde Joanna se encontraba en la cama mientras le daba un beso -¿Cómo estás?, ¿Dónde está el niño?

-Ahora esta durmientito en la cuna –le dijo Joanna con una sonrisa de orgullo señalando hacia su bebé. –Yo estoy bien, aunque el médico me ha dicho que guarde reposo.

-Ay, que chiquito es, es precioso –le dijo Abby contemplando a su nieto, que dormía estirado, observando lo largo que era ese niño. –Es muy delgadito y muy largo aunque no comprendo a quien ha salido con ese pelo tan negro –le dijo su madre alzando un poco la voz en tono de disgusto. –Porque en la familia ninguno tenemos ese pelo.

-Es igual que su padre, ha salido a él –le dijo Joanna orgullosa. –Procura bajar un poco la voz, no quiero que se despierte. –le dijo de forma cordial.

-¿Pero igual a que padre, a Ken o al otro? –le dijo en voz alta, con tono desagradable.

-Él solo tiene un padre y ese es Ken –dijo Joanna de manera rotunda.

-Pero tendrás que hacerle una prueba de paternidad, para saber quién es el padre.

-Mira mamá –le dijo Joanna que ya estaba un poco molesta de ver como su madre no bajaba la voz, y del desagradable tono que empleaba.-Ken y yo hemos hablado, él es nuestro hijo y Ken es su

padre, no tenemos que hacerle ninguna prueba para quererlo, así que te agradecería que en esto no te metas.

-Está bien, como tú quieras –le dijo su madre en tono más pausado. –Pero tenías que haberme avisado antes, y no hubieras tenido el niño sola en una ambulancia.

-No estuve sola, Ken estuvo conmigo. –respondió Joanna un poco exasperada. –Y además, la razón por la que el niño nació antes de lo que esperábamos, fue el que Jared me encontrara, y fue porque yo te di mi dirección y tú se la diste a Claire.

-¿Y qué tiene que ver Claire en esto? –le dijo Abby indignada de que metiera a Claire en medio, una chica bien de la sociedad.

-Ella es cómplice de Jared, y la que le pasaba toda la información, y a la que tienen detenida en la cárcel en espera de juicio.

-Eso es imposible –le dijo Abby incrédula y con aire déspota.-Su padre tiene una de las mayores fortunas de Nueva York, y su madre es Jueza del tribunal superior de justicia. –le dijo volviendo a alzar la voz.

-¿Ah sí? –le dijo Joanna irónica y sin poder aguantar más.-Pues ahora tendrá la oportunidad de juzgar a su hija y dictar sentencia. –dijo la joven al tiempo que el niño empezó a llorar despertado por las voces.

-¿Has visto?, ya has despertado al niño –le dijo Abby.

-Es igual, creo que tiene hambre, ya le toca comer –dijo Joanna que se levantó de la cama para coger al niño y sentarse en un sillón de la habitación, donde

se dispuso a darle el pecho.

-¿Pero qué haces? –le dijo Abby asombrada. -¿Le vas a dar el pecho?, es mejor que le den un biberón, ¿Cómo se te ocurre?

-Porque el pecho es lo mejor para mi hijo, y porque yo me siento bien dándoselo-le dijo Joanna mientras él bebé, se enganchaba con ansia al pecho de su madre.

-Se te pondrán los pechos como los de la mujer de un obrero –dijo Abby en tono despectivo.

-Mira mamá, estás diciendo disparates, para estar así te agradecería que te fueras.

-Está bien –dijo Abby en tono más calmado, mientras Joanna seguía amamantando a su hijo, tras lo cual ella lo puso de nuevo en la cunita, recostándose de nuevo en el sillón, momento en que Abby aprovecho, para coger al niño rápidamente y avisar de manera despótica a una enfermera que pasaba por el pasillo.

-¡Enfermera, rápido!, vaya a hacerle a este niño una prueba de paternidad, es urgente –dijo, cuando Joanna salió tras ella arrebatándole el niño de las manos.

-¡Dame a mi hijo! –le gritó indignada. -¡No te consiento que cojas a mi hijo sin mi permiso!.-Cuando en ese momento volvía Ken de la cafetería.

-¿Qué pasa aquí? –preguntó Ken sorprendido al ver la escena.

-Nada que mamá ya se marcha de la habitación. –dijo Joanna al tiempo que su madre se alejaba hacia la sala de espera, y Ken y Joanna con el niño en brazos volvían a la habitación, donde ella le contó a su marido el episodio ocurrido con su madre.-No entiendo este interés de mi madre por hacerle al bebe la prueba de paternidad, si los más interesados somos nosotros y no nos importa.-dijo la joven.

-Yo creo que es por el afán de controlarte –comentó Ken.

-¿Cómo? –preguntó Joanna.

-Yo creo que para tu madre, yo solo soy un estorbo –dijo Ken convencido.-Ella me echa la culpa de que tú abandonases tus estudios de derecho, y de que te casaras con un obrero.

-Pero yo te quiero, y soy feliz contigo. –dijo Joanna con sinceridad.

-Lo sé mi amor –dijo Ken –Pero ella cree que mereces algo más que yo, y que si tienes un hijo conmigo te amarrarías a mí para siempre, mientras que si el niño es de otro, siempre cabría la posibilidad de que algún día te canses de mí y poder dejar al hijo de Jared en un orfanato, para que tu quedaras libre.

-Eso no ocurrirá jamás, yo te amo, ¿Tú me crees, no?

-Sí, porque nuestro amor es más grande que el odio y los prejuicios- le dijo a Joanna agarrándola con sus brazos para darle un apasionado beso.

Tras un buen rato de estar a solas los tres en la habitación, la puerta se abrió dando paso a Ben que entraba con una caja de

bombones para la nueva mamá, viendo como en aquel instante Ken tenía al niño en sus brazos.

-¡Hombre!, que imagen más perfecta, mi hermano con mi sobrino en sus manos, espérate que os voy a echar una foto –dijo Ben sacando su teléfono móvil, echándoles una foto. -¡Es precioso! –exclamó asombrado. –Y que carita más bonita tiene –dijo mirándolo extasiado.-Claro, se parece a su tío, este niño va a ser un ligón como yo.

-¿Es guapo, verdad? –Dijo Joanna orgullosa.-Mira que largo es –le dijo descubriendo un poco su ropita.

-¡Es precioso!, pero si tiene de todo –le dijo Ben al mostrarle Joanna su cuerpecito desnudo.- ¡Vaya!, ¡Es un campeón! –Dijo asombrado al ver sus atributos masculinos. -¡Con esto vas a triunfar, sobrinito, te lo digo yo! – le dijo al bebé, mientras Ken y Joanna se echaban a reír y el niño abría los ojos, mirándolos como si adivinara que él era el centro de atención.

-¿Y tú como estas cuñada?, te veo más guapa que nunca.

-Estoy bien, después de tener que matar a Jared, me sentí muy mal, pero en cuanto nació mi hijo y lo vi entre mis brazos se me olvido todo.

-Hiciste bien cuñada –le dijo Ben con aire despreocupado. –Quitando a ese bicho de en medio, hiciste un favor a la humanidad, solo siento que no me dejaras que yo le diera una paliza antes de que le dispararas –le dijo en tono de broma.

-No te preocupes por eso –le dijo Ken.-La paliza ya se la di yo. Ben, acabo de recordar que aún no he comprado flores a la mamá más linda del mundo, ayúdame a elegir las –le dijo entregando el niño a Joanna, y saliendo los dos al pasillo, donde Ken explicó a su hermano el episodio que acababa de suceder con su suegra.

-Mira Ken, sé que es la madre de tu mujer, pero tu suegra es una bruja, la bruja de Blanca Nieves a su lado es una hermanita de la caridad.

-Ben, quiero que me hagas un favor –le dijo Ken. –Quiero que avises al doctor Loan, quiero que le hagan al niño la prueba de paternidad

-¿Y por qué?, creí...-le preguntó Ben.

-Y así es –dijo Ken adivinando a lo que se refería su hermano.-Ni a Joanna ni a mí, nos hace falta esa prueba lo más mínimo, pero si sale que yo soy el padre, quiero restregárselo a mi suegra por la cara.

-¿Y si sale que no?-le preguntó Ben

-Entonces quiero que me prometas que nadie sabrá nada, y esto quedará entre tú y yo, porque salga lo que salga, él será siempre mi hijo.-dijo Ken con firmeza.

Tras un par de horas, Ken volvía a la habitación de Joanna eufórico, con los resultados de la prueba de paternidad en la mano, encontrándose al entrar a Joanna que estaba sentada en un sillón

junto a su madre que conversaba con ella sentada en una silla. Ken atravesó la puerta como un rayo, y dirigiéndose a su suegra lleno de felicidad, le tiro los papeles a la cara.

-¡Ten, esta es la prueba de paternidad! –le dijo Ken.-Para que ya no tengas duda de que el niño es mío. –le dijo mientras Abby asombrada, se disponía a recoger los papeles que se habían caído al suelo. –Sí, léelos bien, porque no te ha salido bien la jugada de intentar venir a separarnos –le dijo Ken con tono de enfado.

-Yo no he venido a separar a nadie –dijo Abby –He venido a estar con mi hija, pero si no me queréis aquí, me iré a Nueva York.

-Pues me parece muy bien. –le contestó Ken.

-Eso me lo tendrá que decir mi hija, ¡Palurdo! –dijo Abby algo exaltada.

En ese instante tanto Abby como Ken dirigieron sus miradas hacia Joanna, que sonreía divertida al ver la situación.

-Mamá, ya sabemos el nombre que le vamos a poner al niño, se llama Ken Adams junior, porque es igualito a su padre.

Palabras que hicieron enfurecer por dentro a Abby.

-Ya se, ya comprendo –dijo en tono serio. –Aquí no me necesitáis –dijo con voz tenue.-Creo que me marcharé a esperaros en Nueva York. –dijo con tristeza.

-Mamá –dijo Joanna dirigiéndose a su madre.-Me gustaría que aceptaras a Ken como mi marido, el único hombre al que amo y amaré siempre, y que aceptaras al niño, porque él necesita el cariño de sus dos abuelas. –le dijo mientras cogía las manos de su madre,

que después de darle un beso a ella y a su nieto, salió de la habitación.

-¿Tú crees que tendremos más problemas con ella? –le preguntó Ken, sentándose junto a su mujer.

-Creo que los problemas que nos tocaba pasar en esta vida, ya los hemos pasado con creces, y que a partir de ahora, nos tocan solo momentos de felicidad con nuestro hijo. –dijo Joanna cogiendo las manos de su marido, mientras se levantaban ambos del asiento, quedándose muy juntos, mirándose a los ojos.

-Bueno, pero por si acaso, disfrutaremos un par de meses más en Miami, antes de volver a Nueva York. –le dijo Ken mientras los dos se fundían en un beso, expresando el enorme y profundo amor que sentían el uno por el otro, y que había sido capaz de superar todos los problemas y adversidades que les había tocado vivir, porque nadie conocía mejor que ellos

“El poder del amor”.

FIN

